

DOCUMENTACION

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 26-II-1979, A LOS PARTICIPANTES EN EL CONGRESO EUROPEO DE «MOVIMENTI PER LA VITA»

[...] Fiel a la misión recibida de su Fundador Divino, la Iglesia ha afirmado siempre, pero con particular vigor en el Concilio Ecuménico Vaticano II, el carácter sagrado de la vida humana. ¿Quién no recuerda aquellas palabras solemnes? «Dios, Señor de la vida, ha confiado a los hombres la insigne misión de proteger la vida, que se ha de llevar a cabo de modo digno del hombre. Por ello, la vida ya concebida ha de ser salvaguardada con extremados cuidados» (Const. past. *Gaudium et spes*, n. 51). Firmes en esta convicción, los padres conciliares no dudaron en condenar sin medias tintas «todo cuanto atenta contra la vida —homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado—; cuanto viola la integridad de la persona humana, como, por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, cuanto son condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana» (*Ibid.* n. 27).

En este contexto se sitúa vuestro empeño. Consiste en primer lugar en una acción, inteligente y asidua, para *sensibilizar las conciencias* acerca de la inviolabilidad de la vida humana en todos sus estadios, de forma que el derecho a ella se reconozca eficazmente en las costumbres y en las leyes, como valor fundamental para cualquier convivencia que quiera llamarse civil; ese empeño se expresa, después, en la *valiente toma de posición* contra cualquier forma de atentado a la vida, venga de donde venga; se traduce, por último, en el ofrecimiento desinteresado y respetuoso, de *ayudas concretas a las personas* que encuentran dificultades para conformar su propio comportamiento con los dictámenes de la conciencia.

Se trata de una obra de gran humanidad y de generosa caridad, que no puede sino hallar la aprobación de cualquier persona consciente de las posibilidades y de los riesgos con que tropieza nuestra sociedad. [...]

CARTA ENCICLICA «REDEMPTOR HOMINIS» DE JUAN PABLO II, DE 4-III-1979

[...]

17. *Derechos del hombre: «letra» o «espíritu»*

Nuestro siglo ha sido hasta ahora un siglo de grandes calamidades para el hombre, de grandes devastaciones no sólo materiales, sino también morales,

más aún, quizá sobre todo morales. Ciertamente, no es fácil comparar bajo este aspecto, épocas y siglos, porque esto depende de los criterios históricos que cambian. No obstante, sin aplicar estas comparaciones, es necesario constatar que hasta ahora este siglo ha sido un siglo en el que los hombres se han preparado a sí mismos muchas injusticias y sufrimientos. ¿Ha sido frenado decididamente este proceso? En todo caso no se puede menos de recordar aquí, con estima y profunda esperanza para el futuro, el magnífico esfuerzo llevado a cabo para dar vida a la Organización de las Naciones Unidas, un esfuerzo que tiende a definir y establecer los derechos objetivos e inviolables del hombre, obligándose recíprocamente los Estados miembros a una observancia rigurosa de los mismos. Este empeño ha sido aceptado y ratificado por casi todos los Estados de nuestro tiempo y esto debería constituir una garantía para que los derechos del hombre lleguen a ser en todo el mundo, principio fundamental del esfuerzo por el bien del hombre.

La Iglesia no tiene necesidad de confirmar cuán estrechamente vinculado está este problema con su misión en el mundo contemporáneo. En efecto, él está en las bases mismas de la paz social e internacional, como han declarado al respecto Juan XXIII, el Concilio Vaticano II y posteriormente Pablo VI en documentos específicos. En definitiva, la paz se reduce al respecto de los derechos inviolables del hombre —«opus justitiae pax»—, mientras la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aún más graves violaciones de los mismos. Si los derechos humanos son violados en tiempo de paz, esto es particularmente doloroso y, desde el punto de vista del progreso, representa un fenómeno incomprensible de la lucha contra el hombre, que no puede concordarse de ningún modo con cualquier programa que se defina «humanístico». Y ¿qué tipo de programa social, económico, político, cultural podría renunciar a esta definición? Nutrimos la profunda convicción de que no hay en el mundo ningún programa en el que, incluso sobre la plataforma de ideologías opuestas acerca de la concepción del mundo, no se ponga siempre en primer plano al hombre.

Ahora bien, si a pesar de tales premisas, los derechos del hombre son violados de distintos modos, si en práctica somos testigos de los campos de concentración, de la violencia, de la tortura, del terrorismo o de múltiples discriminaciones, esto debe ser una consecuencia de otras premisas que minan, o a veces anulan casi toda la eficacia de las premisas humanísticas de aquellos programas y sistemas modernos. Se impone entonces necesariamente el deber de someter los mismos programas a una continua revisión desde el punto de vista de los derechos objetivos e inviolables del hombre.

La Declaración de estos derechos, junto con la institución de la Organización de las Naciones Unidas, no tenía ciertamente sólo el fin de separarse de las horribles experiencias de la última guerra mundial, sino el de crear una base para una continua revisión de los programas, de los sistemas, de los regímenes, y precisamente desde este único punto de vista fundamental que es el bien del hombre —digamos de la persona en la comunidad— y que como factor fundamental del bien común debe constituir el criterio esencial de todos los programas, sistemas, regímenes. En caso contrario, la vida humana, incluso en tiempo de paz, está condenada a distintos sufrimientos y al mismo tiempo, junto con ellos se desarrollan varias formas de dominio totalitario, neocolonialismo, imperialismo, que amenazan también la convivencia entre las naciones. En verdad, es un hecho significativo y confirmado repetidas veces por las experiencias de la historia, cómo la violación de los derechos del hombre va acompañada de la violación de los derechos de la nación, con la que el hombre está unido por vínculos orgánicos como a una familia más grande.

Ya desde la primera mitad de este siglo, en el período en que se estaban desarrollando varios totalitarismos de estado, los cuales —como es sabido— llevaron a la horrible catástrofe bélica, la Iglesia había delineado claramente su postura frente a estos regímenes que en apariencia actuaban por un bien superior, como es el bien del estado, mientras la historia demostraría en cambio que se trataba solamente del bien de un partido, identificado con el estado. En realidad aquellos regímenes habían coartado los derechos de los ciudadanos, negándoles el reconocimiento debido de los inviolables derechos del hombre que, hacia la mitad de nuestro siglo, han obtenido su formulación en sede internacional. Al compartir la alegría de esta conquista con todos los hombres de buena voluntad, con todos los hombres que aman de veras la justicia y la paz, la Iglesia, consciente de que la sola «letra» puede matar, mientras solamente «el espíritu da vida» debe preguntarse continuamente junto con estos hombres de buena voluntad si la Declaración de los derechos del hombre y la aceptación de su «letra» significan también por todas partes la realización de su «espíritu». Surgen en efecto temores fundados de que muchas veces estamos aún lejos de esta realización y que tal vez el espíritu de la vida social y pública se halla en una dolorosa oposición con la declarada «letra» de los derechos del hombre. Este estado de cosas, gravoso para las respectivas sociedades, haría particularmente responsable, frente a estas sociedades y a la historia del hombre, a aquellos que contribuyen a determinarlo.

El sentido esencial del Estado como comunidad política, consiste en el hecho de que la sociedad y quien la compone, el pueblo, es soberano de la propia suerte. Este sentido no llega a realizarse, si en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esta sociedad. Estas cosas son esenciales en nuestra época en que ha crecido enormemente la conciencia social de los hombres y con ella la necesidad de una correcta participación de los ciudadanos en la vida política de la comunidad, teniendo en cuenta las condiciones de cada pueblo y del vigor necesario de la autoridad pública. Estos son pues problemas de primordial importancia desde el punto de vista del progreso del hombre mismo y del desarrollo global de su humanidad.

La Iglesia ha enseñado siempre el deber de actuar por el bien común y, al hacer esto, ha educado también buenos ciudadanos para cada Estado. Ella, además, ha enseñado siempre que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad; de aquí derivan sus derechos fundamentales. Precisamente en nombre de estas premisas concernientes al orden ético objetivo, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre. El bien común al que la autoridad sirve en el Estado se realiza plenamente sólo cuando todos los ciudadanos están seguros de sus derechos. Sin esto se llega a la destrucción de la sociedad, a la oposición de los ciudadanos a la autoridad, o también a una situación de opresión, de intimidación, de violencia, de terrorismo, de los que nos han dado bastantes ejemplos los totalitarismos de nuestro siglo. Es así como el principio de los derechos del hombre toca profundamente el sector de la justicia social y se convierte en medida para su verificación fundamental en la vida de los Organismos políticos.

Entre estos derechos se incluye, y justamente, el derecho a la libertad religiosa junto al derecho de la libertad de conciencia. El Concilio Vaticano II ha considerado particularmente necesaria la elaboración de una Declaración más amplia sobre este tema. Es el documento que se titula *Dignitatis humanae*, en el cual se expresa no sólo la concepción teológica del problema, sino también la

concepción desde el punto de vista del derecho natural, es decir, de la postura «puramente humana», sobre la base de las premisas dictadas por la misma experiencia del hombre, por su razón y por el sentido de su dignidad. Ciertamente, la limitación de la libertad religiosa de las personas o de las comunidades no es sólo una experiencia dolorosa, sino que ofende sobre todo a la dignidad misma del hombre, independientemente de la religión profesada o de la concepción que ellas tengan del mundo. La limitación de la libertad religiosa y su violación contrastan con la dignidad del hombre y con sus derechos objetivos. El mencionado Documento conciliar dice bastante claramente lo que es tal limitación y violación de la libertad religiosa. Indudablemente, nos encontramos en este caso frente a una injusticia radical respecto a lo que es particularmente profundo en el hombre, respecto a lo que es auténticamente humano. De hecho, hasta el mismo fenómeno de la incredulidad, arreligiosidad y ateísmo, como fenómeno humano, se comprende solamente en relación con el fenómeno de la religión y de la fe. Es por tanto difícil, incluso desde un punto de vista «puramente humano», aceptar una postura según la cual sólo el ateísmo tiene derecho de ciudadanía en la vida pública y social, mientras los hombres creyentes, casi por principio, son apenas tolerados, o también tratados como ciudadanos de «categoría inferior», e incluso —cosa que ya ha ocurrido— son privados totalmente de los derechos de ciudadanía.

Hay que tratar también, aunque sea brevemente, este tema porque entra dentro del complejo de situaciones del hombre en el mundo actual, porque da testimonio de cuánto se ha agravado esta situación debido a prejuicios e injusticias de distinto orden. Prescindiendo de entrar en detalles precisamente en este campo, en el que tendríamos un especial derecho y deber de hacerlo, es sobre todo porque juntamente con todos los que sufren los tormentos de la discriminación y de la persecución por el nombre de Dios, estamos guiados por la fe en la fuerza redentora de la cruz de Cristo. Sin embargo, en el ejercicio de mi ministerio específico, deseo, en nombre de todos los hombres creyentes del mundo entero, dirigirme a aquellos de quienes de algún modo, depende la organización de la vida social y pública, pidiéndoles ardientemente que respeten los derechos de la religión y de la actividad de la Iglesia. No se trata de pedir ningún privilegio, sino el respeto de un derecho fundamental. La actuación de este derecho es una de las verificaciones fundamentales del auténtico progreso del hombre en todo régimen, en toda sociedad, sistema o ambiente. [...]

PALABRAS DE JUAN PABLO II EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 4-IV-1979

[...]

4. Si vivimos en condiciones de prosperidad o de bienestar, debemos ser tanto más conscientes de toda la «*geografía del hambre*» sobre el globo terrestre; debemos dirigir tanto más nuestra atención a la miseria humana, como fenómeno de masa: debemos despertar nuestra responsabilidad y estimular la prontitud para una ayuda activa y eficaz. Si vivimos en condiciones de libertad, de respeto a los derechos humanos, debemos sufrir tanto más por las opresiones de las sociedades que están *privadas de libertad*, de los hombres que están privados de los fundamentales derechos humanos. Y esto se refiere también a la

libertad religiosa. De modo particular allí donde existe el respeto a la libertad religiosa, debemos participar en los sufrimientos de los hombres, a veces de comunidades religiosas enteras y de Iglesias enteras, a quienes *se niega el derecho a la vida religiosa según la propia confesión o el propio rito*. ¿Debo llamar a tales situaciones por su nombre? Ciertamente. Este es mi deber. Pero no podemos quedarnos sólo en esto. Es necesario que todos nosotros y en todo lugar nos esforcemos por asumir una actitud de solidaridad cristiana con nuestros hermanos en la fe, que sufren discriminaciones y persecuciones. Es necesario además buscar formas en las que esta solidaridad pueda expresarse. Esta ha sido siempre, desde los tiempos más antiguos, la tradición de la Iglesia. De hecho, es bien conocido que la Iglesia de Jesucristo no entró en la historia de la humanidad «en posición de fuerza», sino a través de siglos de sufrir persecuciones. Y precisamente estos siglos han creado la más profunda tradición de la solidaridad cristiana. [...]

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 8-IV-1979, AL VII CONGRESO DE LA UNION NACIONAL DE ENTIDADES BENEFICAS Y ASISTENCIALES DE ITALIA

[...]

Ante todo, es preciso afirmar que el centro y la unidad para medir cualquier sistema de asistencia social es la persona humana, su dignidad, sus derechos y deberes; persona humana, que deberá recibir de la sociedad los auxilios necesarios para su desarrollo y para su realización. En el plano jurídico, esta afirmación se concreta en el derecho del ciudadano a la asistencia; derecho que todos los modernos ordenamientos estatales no pueden por menos de reconocer expresamente.

Es conveniente advertir que no basta con el reconocimiento teórico de este derecho, sino que es necesario que tal derecho sea efectivamente operativo a través de una adecuada organización de los servicios sociales, promovidos y administrados por todos los que están llamados a alcanzar el bien común de la sociedad.

A este propósito, es conveniente señalar que la realización del bien común en el campo de la asistencia, igual que en cualquier otro sector de la vida asociada, es cometido conjuntamente de los poderes públicos, de los cuerpos intermedios, y de las asociaciones libres; de las familias y de las personas singulares. Todos juntos deben colaborar para garantizar al ciudadano cuanto le es necesario, a fin de salir de esa condición de indigencia en la que se encuentra, y para realizar y desarrollar mejor su misma personalidad humana. De este modo, y con la aportación de todos, se lleva a cabo en la sociedad aquella saludable armonización entre las iniciativas públicas y las iniciativas privadas, armonía capaz de proporcionar su justo espacio de acción a todas las energías disponibles.

La oportuna coordinación de las iniciativas asistenciales públicas y privadas, coordinación que garantice un armónico sistema de seguridad social, puede conseguirse hoy a través de ese moderno instrumento que es la programación te-

ritorial, regional y nacional, con tal de que sea verdaderamente democrática, en el sentido de que todos los interesados —quienes trabajan en las obras sociales, públicas y privadas, así como los mismos asistidos— puedan proporcionar su libre contribución dentro de la perspectiva superior del bien común.

De modo particular, por lo que se refiere a la Iglesia, la posibilidad de promover iniciativas asistenciales se configura como un componente, no secundario, de la libertad religiosa, toda vez que las obras de caridad, en sus múltiples formas, son una exigencia fundamental y originaria de la fe cristiana, tal como lo atestigua la historia milenaria del cristianismo, historia que es también la historia de la caridad. [...]

A la luz de estos principios deseo alentar la benemérita acción que vuestra Unión desarrolla desde hace aproximadamente treinta años, para apoyar a todas las instituciones libres de asistencia y de beneficencia, entre las cuales, en Italia, constituyen una importantísima parte las promovidas por el impulso caritativo de los cristianos.

Actuando así, vosotros no sólo incrementáis, en el plano civil, un pluralismo cada vez más amplio de esas instituciones libres que constituyen el tejido conjuntivo de una sociedad verdaderamente democrática, en la que es una realidad la participación responsable de los ciudadanos para la consecución del bien común, sino que, al mismo tiempo, favorecéis los derechos propios del hombre y de sus libertades, particularmente de la libertad religiosa, que en nuestro tiempo adquiere un singular valor y significado, en cuanto que sirve para calibrar el valor del mismo ordenamiento político de una sociedad. [...]

MENSAJE DE JUAN PABLO II, DEL 26-IV-1979, A LA CONFERENCIA DE LA ONU PARA EL COMERCIO Y EL DESARROLLO

Al señor Gamani Corea, Secretario General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y Desarrollo.

Mejorar las condiciones humanas, salir al paso de las expectativas de los pueblos que se mueven en unas condiciones precarias y a menudo opresivas, ayudar a la humanidad a retomar el control del propio universo material y social: Estos son los temas fundamentales del debate de la quinta conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo, que tiene lugar en Manila.

Estas preocupaciones también son compartidas por la Santa Sede y por toda la Iglesia. Le escribo a usted, señor Secretario General, para proporcionar a este empeño común, con mi aliento fraterno, una contribución moral y espiritual que procede de la herencia del Evangelio.

Estamos de acuerdo al opinar que la audacia de las decisiones concretas que deberán tomarse, y la inspiración de las nuevas ideas que condicionarán el futuro, habrán de proceder de una humanidad más consciente de la propia dignidad insuperable y de las posibilidades creadoras de la propia inteligencia; más consciente del poder de las propias culturas particulares; más consciente del poderoso dinamismo moral que la empuja a buscar la justicia, la paz y la cooperación fraterna. Son estas realidades que, a los ojos del creyente, tienen

una profundidad y una garantía que vienen de Dios. Dios nos ha creado a todos a su imagen y semejanza; y su Hijo, Jesucristo, al hacerse Hombre, de algún modo se ha unido a todo ser humano.

Para que el desarrollo resulte eficaz y adecuado, los pueblos deben contar ante todo con el propio trabajo y con sus intercambios. Y esto plantea, prácticamente en todos los puntos del orden del día de esta Conferencia, el problema fundamental del justo precio y del contrato justo.

Se trata de cuestiones eminentemente humanas y morales; y deben examinarse en todos sus aspectos esenciales.

Uno de estos aspectos es, naturalmente, la remuneración del trabajo realmente efectuado por cada individuo. Pero no se trata del único aspecto. También es importante tener en cuenta el derecho de cada pueblo para utilizar los bienes que más directamente han sido confiados a su gestión; bienes cuyo empleo razonable, y de amplias miras, es condición para el libre desarrollo. Por otra parte, y toda vez que el trabajo es una prerrogativa de los seres humanos, su remuneración debe situarlos en condiciones de vivir como corresponde a seres humanos, siendo capaces de afrontar todos sus problemas, todas sus necesidades existenciales, comenzando ya por la necesidad de crear —a través del empleo— la efectiva posibilidad de trabajar. Pero no todo acaba ahí. Los individuos y los pueblos viven en solidaridad. Las retribuciones deben reflejar esta solidaridad dentro de cada país y comparativamente entre un país y otro; se trata de una solidaridad que debe concretarse en una justa distribución de los bienes materiales y culturales que se producen en las distintas etapas de la historia humana, y que siempre tienen un destino universal.

Es necesario que todas esas exigencias, sin excepción, sean valoradas particularmente en los procesos contractuales encaminados a establecer los justos precios. Estas decisiones no se pueden dejar simplemente al juego de los mecanismos de mercado —que, efectivamente, nunca son naturales, sino siempre contruidos por el hombre—, ni tampoco a la influencia dominante de pequeños grupos, o de las mayorías. Todo contrato es un asunto humano, llevado por el hombre, y orientado a servir al hombre. Sólo así los mecanismos de mercado, establecidos y periódicamente reexaminados y diversificados, estarán en condiciones de mantener su beneficioso papel: porque estarán guiados por la responsabilidad de individuos y pueblos que son libres, iguales, y conectados por una solidaridad, de acuerdo con las reglas de las normas morales que vinculan a todos.

Una sana competitividad de este tipo está, por su parte, condicionada por «una más amplia y más inmediata redistribución de las riquezas, y por los controles de las mismas» (*Redemptor hominis*, 16). A la luz de estas perspectivas es como se deben aclarar y resolver los difíciles problemas de los gravámenes que pesan sobre los países pobres; el problema de los fondos comunes; el problema de una estructura institucional más adecuada y eficaz de solidaridad internacional.

Si bien el destino universal de los bienes se lleva a cabo, en parte, mediante transacciones responsables e intercambios, sin embargo requiere la presencia de instituciones que más directamente expresen la solidaridad y la participación. Esto que ya existe, a menudo de un modo verdaderamente ejemplar, en la práctica de la disponibilidad y mutuo socorro entre los pueblos de economías menos adelantadas; esto que, por otro lado, está previsto en los balances nacionales y en los sistemas de seguridad social —es decir, el deseo de asignar una cuota notable de riquezas para facilitar directamente su disponibilidad de cara a las necesidades comunes, manteniendo esas cuotas totalmente al margen de cualquier planteamiento competitivo y comercial—, todo esto debe,

igualmente, encontrar su lugar en el desarrollo de la comunidad humana de todo el mundo. Es cometido de la Conferencia de Manila examinar y alentar, con realismo y generosidad, todas las oportunidades actualmente disponibles para avanzar por este camino, tanto en lo que se refiere al problema de la producción, como en lo que atañe al de la distribución.

Señor Secretario General, expreso mi esperanza más ardiente de que esta Quinta Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, que habéis preparado con tanto esfuerzo y amplitud de miras, llegue a esas decisiones resolutivas que esperan todos los pueblos menos privilegiados y toda la humanidad. Que esta asamblea extraordinaria pueda llegar a ser el lugar donde se siembran nuevas ideas, que maduren, se difundan y, al mismo tiempo, permitan establecer una nueva estrategia de largo alcance, capaz de detener el desarrollo anormal de aquella situación a la que se refiere la palabra bíblica del rico Epulón y el pobre Lázaro. (Cfr. *Redemptor hominis*, 16). Que esta asamblea extraordinaria sea capaz de eliminar situaciones que ahora humillan a toda la humanidad; de conjurar las amenazas del futuro y, por tanto, de infundir nueva esperanza a una parte tan grande de la humanidad.

Yo ruego a Dios, Nuestro Padre común, que quiera bendecir a la Conferencia de Manila.

En el Vaticano, 26 de abril de 1979.

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 29-IV-1979, A LA X ASAMBLEA DE LA APIGLOF

[...]

Con ocasión del Décimo Congreso Nacional promovido por la Asociación Profesional Italiana de Colaboradoras Familiares, que tendrá lugar estos días en Frascati, habéis querido tener esta audiencia para iniciar vuestros intercambios sobre el tema: «El trabajo doméstico en la economía italiana y en la familia».

Vuestras personas representan el trabajo escondido, pero sin embargo necesario e indispensable: el trabajo sacrificado y no aparente, que no se ve aplaudido y que quizás no encuentra siquiera gratitud y reconocimiento. El trabajo humilde, repetido, monótono, y por consiguiente heroico, de una innumerable multitud de madres y de jóvenes mujeres, que con su fatiga cotidiana contribuyen al equilibrio económico de tantas familias, y que resuelven tantas situaciones difíciles y precarias, ayudando a padres lejanos o a hermanos necesitados. [...]

Es triste ver hasta qué punto, a lo largo de los siglos, ha sido humillada y maltratada la mujer. ¡Y, sin embargo, debemos estar convencidos de que la dignidad del hombre, al igual que la de la mujer, se encuentra de un modo total y exhaustivo sólo en Cristo!

Hablando a las mujeres italianas, inmediatamente después de la guerra, mi venerado predecesor Pío XII decía: «En su dignidad personal de hijos de Dios, el hombre y la mujer son absolutamente iguales, lo mismo que respecto al fin último de la vida humana, que es la eterna unión con Dios en la felicidad del cielo. Para la Iglesia constituye una gloria imperecedera haber sacado

a la luz y haber honrado esta verdad, así como haber liberado a la mujer de una degradante servidumbre contraria a la naturaleza». Y, concretando, añadía: «La mujer debe contribuir con el hombre al bien de la *civitas*, en la cual es tan digna como él. Cada uno de los dos sexos debe desempeñar la parte que le corresponde según su naturaleza, sus caracteres, sus aptitudes físicas, intelectuales y morales. Ambos tienen el derecho y el deber de cooperar al bien total de la sociedad, de la Patria. Pero está claro que, si bien el hombre está por su temperamento más dirigido a ocuparse de los asuntos exteriores, de los negocios públicos, la mujer tiene —en términos generales— una mayor perspicacia y tacto, más finos, para conocer y resolver los delicados problemas de la vida doméstica y familiar, que es base para toda la vida social. Lo cual no quita para que algunas puedan dar muestras de una gran pericia también en todos los campos de la actividad pública» (Alocución del 21 de octubre de 1945). Esta ha sido también la enseñanza del Concilio Vaticano II, y del continuo y repetido magisterio de Pablo VI (Cfr., por ejemplo sus intervenciones para el Año Internacional de la Mujer: AAS 67, 1975-AAS 68, 1976). Esta doctrina, tan clara y equilibrada, proporciona también el punto de partida para destacar el valor y la dignidad del trabajo doméstico.

Ese trabajo no debe verse, ciertamente, como una implacable e inexorable imposición, como una esclavitud; sino como una elección libre, consciente y querida, que realiza plenamente a la mujer en su personalidad y en sus exigencias. El trabajo doméstico, en efecto, es una parte esencial en el buen ordenamiento de la sociedad, y tiene una enorme influencia sobre la colectividad; exige una dedicación continua y total y, por consiguiente, constituye una ascética cotidiana que requiere paciencia, dominio de sí misma, longanidad, creatividad, espíritu de adaptación, valentía ante los imprevistos. Y colabora también en la producción de rentas y riquezas, bienestar y valor económico.

De aquí nace también la dignidad de vuestro trabajo de colaboradoras familiares. ¡Vuestro esfuerzo no constituye una humillación, sino una consagración! Vosotras, efectivamente, colaboráis directamente en la buena marcha de la familia. Y esto es un gran cometido; cabría decir que es como una «misión», para la cual se necesitan una preparación y una madurez adecuadas, a fin de ser competentes en las diversas actividades caseras; para racionalizar el trabajo y conocer la psicología familiar; para adquirir la así llamada «pedagogía de la fatiga» que ayuda a organizar mejor las propias prestaciones, y también para ejercitar la necesaria función educadora. Todo esto es un mundo importantísimo y precioso, que cada día se abre ante vuestros ojos y ante vuestra responsabilidad. ¡Mi aplauso se dirige, pues, a todas las mujeres empeñadas en la actividad doméstica; y a vosotras, colaboradoras familiares, que prestáis vuestro ingenio y vuestro cansancio para el bien de la casa!

A lo largo de años de justas reivindicaciones y de un más acentuado respeto a la persona, habéis visto reconocidos vuestros derechos; se han fijado las normas para vuestra retribución, vuestro alojamiento, el cuidado y la asistencia en la enfermedad, la previsión social, el descanso semanal y anual, las justas exenciones, el certificado de trabajo, etc. Quedan todavía muchas cosas por hacer, muchas realidades que deben ser afrontadas. Y vosotras las estudiaréis en vuestro Congreso, especialmente por lo que se refiere a la defensa de los derechos y la personalidad de las colaboradoras que vienen del extranjero. Pero yo quisiera exhortaros a trabajar sobre todo con amor en las familias en las que estáis acogidas. Vivimos unos tiempos difíciles y complicados. Fenómenos grandiosos e inexcusables, como la industrialización, el urbanismo, la culturalización, la internacionalización de las relaciones, la inestabilidad afectiva, la precocidad intelectual, han traído la confusión a las familias, a las

que vosotras podéis proporcionar —con vuestra presencia— serenidad, paz, esperanza, alegría, consuelo y aliento para el bien, especialmente allí donde hay personas ancianas, enfermas o que sufren, niños minusválidos, jóvenes desviados o equivocados. ¡No hay código alguno que prescriba la sonrisa! Pero vosotras podéis proporcionarla. [...]

MENSAJE DE JUAN PABLO II, DEL 23-V-1979, A LA XIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

[...]

¿Cuál tendrá que ser, pues, la actitud de los cristianos responsables y, especialmente, de los padres y de los operadores de los *mass-media* conscientes de sus deberes en relación con la infancia? Deberán, sobre todo, preocuparse del crecimiento humano del niño: la pretensión de mantenerse ante él en una postura de «neutralidad» y de dejarlo «que se haga» espontáneamente esconde —bajo la apariencia del respeto hacia su personalidad— una actitud de peligroso desinterés.

Un desinterés así ante los niños no es aceptable; la infancia, en realidad, tiene necesidad de ser ayudada en su desarrollo hacia la madurez. Hay una gran riqueza de vida en el corazón del niño; pero él no está en condiciones de discernir, por sí mismo, las voces que oye en su interior. Son los adultos —padres, educadores, operadores de las comunicaciones sociales— quienes tienen el deber y están en condiciones de ayudarles a descubrir esa riqueza. ¿Acaso todo niño no se parece, de alguna manera, al pequeño Samuel del que habla la Sagrada Escritura? Incapaz de interpretar la llamada de Dios, él pedía ayuda a su maestro, que al principio le respondió: «No te he llamado; vuelve a acostarte» (1 Sam, 3, 5-6). ¿Será igual nuestra actitud, que sofoca los ímpetus y las vocaciones mejores, o bien seremos capaces de hacer comprender las cosas al niño, al igual que hizo al fin el sacerdote Elí con Samuel: «Si vuelven a llamarte di: "Habla, Yavé, que tu siervo escucha"»?» (*ib.* 3, 9).

Las posibilidades y los medios de que vosotros, los adultos, disponéis al respecto son enormes: estáis en condiciones de despertar el espíritu del niño para que escuche o de adormecerlo o, Dios no lo quiera, de intoxicarlo irremediablemente. Se necesita en cambio actuar de manera que el niño capte, gracias también a vuestro empeño educativo, no mortificante sino siempre positivo y estimulante, las amplias posibilidades de educación personal, que le consentirán inserirse creativamente en el mundo. Secundadlo, especialmente vosotros que os ocupáis de los *mass-media*, en su búsqueda cognoscitiva, proponiendo programas recreativos y culturales, en los cuales el niño encuentre respuesta a la búsqueda de su identidad y de su gradual «ingreso» en la comunidad humana. Es también importante que el niño no sea, en vuestros programas, una simple comparsa, como para enternecer los ojos cansados y desencantados de espectadores u oyentes apáticos; sino un protagonista de modelos válidos para las jóvenes generaciones.

Soy bien consciente de que al reclamaros un tal esfuerzo humano y «poético» (en el verdadero sentido de la capacidad creadora propia del arte), os pido implícitamente que renunciéis a ciertos planes de búsqueda calculada del mayor «índice de atención», de cara a un éxito inmediato. La verdadera obra

de arte, ¿acaso no es aquella que se impone sin ambiciones de éxito y que nace de una auténtica habilidad y de una segura madurez profesional? Tampoco queráis excluir de vuestra producción —os lo pido como un hermano— la oportunidad de ofrecer un estímulo espiritual y religioso al corazón de los niños; y esto quiere ser una llamada confiada de colaboración por vuestra parte en la tarea espiritual de la Iglesia.

Igualmente me dirijo a vosotros, padres y educadores, catequistas y responsables de las diversas asociaciones eclesiales, a fin de que queráis considerar responsablemente *el problema de la utilización de los medios de comunicación social, en relación con los niños, como una cosa de importancia capital*, no solamente en función de una iluminada formación que, además de desarrollar el sentido crítico y —podría decirse— la auto-disciplina en la elección de programas, les promueva realmente en un plano humano, sino también en orden a la evolución de toda la sociedad en la línea de la rectitud, de la verdad y de la fraternidad.

Queridísimos hermanos e hijos: La infancia no es un período cualquiera de la vida humana, del cual sea posible aislarse artificialmente: como un hijo es carne de la carne de sus padres, así el conjunto de los niños es parte viva de la sociedad. Por esta razón en la infancia está en juego la suerte misma de toda la vida, de la «suya» y de la «nuestra», esto es, de la vida de todos. Tenemos, pues, que servir a la infancia valorizando la vida y optando «en favor» de la vida a todos los niveles, y la ayudaremos presentando a los ojos y al corazón delicado y sensible de los pequeños aquello que en la vida hay de más noble y más elevado. [...]

Vaticano, 23 de mayo del año 1979, I del pontificado.

PALABRAS DE JUAN PABLO II, DEL 6-VI-1979, A LOS OBREROS, EN CZESTOCHOWA

[...]

2. Sobre todo *la experiencia del enorme trabajo*. Las riquezas de la tierra tanto las que aparecen en la superficie como las que debemos buscar en lo profundo de la tierra, se convierten en riquezas del hombre solamente a costa del trabajo humano. Es necesario este trabajo —trabajo multiforme, del entendimiento y de las manos— para que el hombre pueda llevar a cabo la magnífica misión que le ha confiado el Creador, misión que el libro del Génesis expresa con las palabras: «Someted y dominad (la tierra)» (Gén. 1, 28). La tierra *está confiada* al hombre y, a través del trabajo, el hombre *la domina*.

El trabajo es también la dimensión fundamental de la existencia del hombre sobre la tierra. Para el hombre el trabajo *no solamente tiene un significado técnico*, sino también *ético*. Se puede decir que el hombre «somete» a sí la tierra cuando él mismo, con su comportamiento, se hace *señor* de ella, *no esclavo*, y también señor y no esclavo del trabajo.

El trabajo debe ayudar al hombre a hacerse mejor, espiritualmente más maduro, más responsable, para que pueda realizar su vocación sobre la tierra, sea como persona irrepetible, sea en comunidad con los demás, y sobre todo en la comunidad humana fundamental que es la familia. El hombre y la mujer uniéndose en esta comunidad, cuyo carácter ha sido establecido por el mismo Creador desde el principio, dan vida a nuevos hombres. El trabajo debe hacer posible a esta comunidad humana encontrar los medios necesarios para formarse y para mantenerse.

La razón de ser de la familia es uno de los factores fundamentales que determinan la economía y la política del trabajo. Estos últimos conservan su carácter ético cuando se toman en consideración las necesidades de la familia y sus derechos. Mediante el trabajo el hombre adulto debe ganar los medios necesarios para la manutención de la propia familia. La maternidad debe ser tratada en la política y en la economía del trabajo como un gran fin y un gran cometido en sí mismo. Con ella está efectivamente vinculado el trabajo de la madre, que da a luz, que alimenta, que educa, que nadie puede sustituir. Nada puede sustituir el corazón de una madre, que en una casa está siempre presente y espera siempre. *El verdadero respeto del trabajo* comporta la debida *estima por la maternidad* y no puede ser de otro modo. De esto depende también la salud moral de toda la sociedad. [...]

HOMILIA DE JUAN PABLO II, DEL 8-VI-1979, EN NOWY TARG

[...]

Este es el grande y fundamental derecho del hombre: *derecho al trabajo y derecho a la tierra*. Por más que el desarrollo de la economía nos lleve en otra dirección; por más que se valore el progreso sobre la base de la industrialización; por más que la generación actual abandone en masa el campo y el trabajo del campo, sin embargo el derecho a la tierra no deja de constituir la base de una sana economía y sociología.

Dado que durante la visita es conveniente que yo exprese mis felicitaciones, deseo de todo corazón a mi patria que *lo que ha constituido siempre la fuerza de los polacos* —incluso en los períodos más arduos de la historia—, es decir, *la vinculación personal* con la tierra, no cese de serlo en nuestra generación industrializada. Que se tenga en consideración el trabajo del campo; que sea apreciado y estimulado. ¡Y que no falte nunca en Polonia el pan y el alimento!

4. A este deseo va unido otro. El Creador ha dado al hombre la tierra para que la «someta» y en este dominio del hombre sobre la tierra ha basado *el derecho fundamental del hombre a la vida*. Tal derecho está estrechamente vinculado con la vocación del hombre a la familia y a la procreación. «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre; y se adherirá a su mujer; y vendrán a ser los dos una sola carne» (*Gén. 2, 24*). Y así como la tierra, por decreto providencial del Creador, da fruto, así también esta unión de dos personas en el amor: hombre y mujer, fructifica en una nueva vida humana. De esta *unidad vivificante de las personas*, el Creador ha hecho el primer sacramento, y el Redentor ha confirmado este sacramento perenne del amor y de la vida, dándole una nueva dignidad e imprimiéndole el sello de su santidad. El derecho del hombre a la vida va unido, por voluntad del Creador y en virtud de la cruz de Cristo, al sacramento indisoluble del matrimonio.

Deseo, pues, amadísimos connacionales, con ocasión de esta mi visita, que este derecho sacro no cese de plasmar la vida en tierra polaca: aquí en los Pretatra, en los Precárpatos, y en todas partes. Se dice justamente que la familia es la célula fundamental de la vida social. Es la comunidad humana fundamental. *Cual es la familia, tal es la nación, porque tal es el hombre*. Deseo pues que seáis fuertes gracias a familias profundamente radicadas en la fortaleza de Dios, y deseo que el hombre pueda desarrollarse plenamente sobre la base del vínculo indisoluble de esposos-padres, dentro del clima familiar que

nada puede sustituir. Deseo también y rezo siempre por ello, *que la familia polaca engendre la vida y sea fiel al derecho sacro a la vida*. Si se rompe el derecho del hombre a la vida en el momento en que comienza a ser concebido dentro de seno materno, se ataca indirectamente todo el orden moral que sirve para asegurar los bienes inviolables del hombre. La vida ocupa entre éstos el primer puesto. La Iglesia defiende el derecho a la vida, no sólo en consideración a la majestad del Creador que es el *primer Dador* de esta vida, sino también *por respeto al bien esencial del hombre*. [...]

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 15-VII-1979, A LA CONFERENCIA MUNDIAL DE LA F.A.O.

Señor Presidente e Ilustres Señores:

Vuestra Conferencia se ocupa en Roma de un tema de extrema importancia para el destino de la familia humana y de vivo interés para la Iglesia que en virtud de su misma misión se siente empeñada en ofrecer una cooperación desinteresada, según su naturaleza, a la elevación humana de las poblaciones agrícolas y rurales.

No hay duda que la reforma agraria y el desarrollo rural, que estáis examinando, señalará un ulterior paso en el camino que las Organizaciones internacionales especializadas en este campo, entre ellas la F.A.O., han recorrido desde su constitución.

Aprovecho con agrado esta singular ocasión para reafirmar, en continuidad con mis predecesores, la profunda estima de la Sede Apostólica por la incisiva y eficiente acción que las Organizaciones de la familia de las Naciones Unidas desarrollan en el sector de la alimentación, de la agricultura y del desarrollo rural (cfr. Juan XXIII, *Mater et Magistra*: AAS 53, 1961, pág. 439).

Vuestro encuentro os ofrece posibilidades de mutua información sobre una extensa gama de experiencias, en la que probablemente surgirán convergencias que sirven de invitación y estímulo para fecundas colaboraciones en los campos que son objeto de vuestro estudio. Expreso el deseo de que tales convergencias os permitan delinear soluciones concretamente posibles, que las políticas internas puedan adoptar; y que sean capaces de lograr una mejor armonización en el plano internacional, considerando la originalidad cultural, los intereses legítimos y la autonomía de cada pueblo, y en correspondencia con el derecho al crecimiento en la vida individual y colectiva de las poblaciones rurales.

Ciertamente el mandamiento divino de dominar la naturaleza, para ponerla al servicio de la vida, comporta que la valoración racional y la utilización de los recursos de la naturaleza se orienten a la consecución de las fundamentales finalidades humanas (cfr. *Redemptor hominis*, 15, pár. 3). Esto en conformidad también con el principio basilár del destino de los bienes de la tierra para beneficio de todos los miembros de la familia humana. Indudablemente se deben «exigir transformaciones audaces, profundamente innovadoras» (Pablo VI, *Populorum progressio*, 32).

En el estado actual de las cosas, dentro de cada país tiene que preverse una reforma agraria que implique una reorganización de la propiedad de las tierras y la asignación de suelo productivo a los labradores de forma estable y con disfrute directo, con la eliminación de esas formas y estructuras improductivas que dañan a la colectividad.

La Constitución Pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II ha

puesto bien en claro tales exigencias (núm. 71, pár. 6), insertando la legítima búsqueda de un uso productivo más eficaz de la tierra en una preocupación más fundamental, a saber, que el trabajo de los labradores se desarrolle en condiciones, modos y en función de aquellos objetivos que están en armonía con su dignidad de personas. Se pueden aplicar aquí las palabras que dirigió en México a los indios de Cuilapán: «El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo, no puede esperar más a que se reconozca plena y eficazmente su dignidad, no inferior a la de cualquier otro sector social. Tiene derecho a que se le respete, a que no se le prive —con maniobras que a veces equivalen a verdaderos despojos— de lo poco que tiene; a que no se impida su aspiración a ser parte de su propia elevación. Tiene derecho a que se le quiten las barreras de explotación, hechas frecuentemente de egoísmos intolerables y contra los que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción. Tiene derecho a la ayuda eficaz —que no es limosna ni migajas de justicia— para que tenga acceso al desarrollo que su dignidad de hombre y de hijo de Dios merece» (AAS 71, 1979, pág. 209).

Al derecho de propiedad sobre la tierra va unida, como he dicho en otra ocasión, una hipoteca social (discurso a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, III, 4: Puebla, 28 de enero de 1979). Por esto, en la reforma de las estructuras, me permito invitarlos a tomar en la más alta consideración todas aquellas formas de contratos agrarios que permiten un uso eficiente de la tierra mediante el trabajo, y que garantizan los derechos primarios de los trabajadores (cfr. Juan XXIII, *Mater et Magistra*: AAS 53, 1961, pág. 430).

Me refiero no sólo a la posibilidad de trabajar eficientemente la tierra, sino también la garantía de un adecuado rédito del trabajo agrícola.

Es urgente realizar el objetivo del derecho al trabajo, con todos los presupuestos requeridos para ampliar las posibilidades de absorción de las muchedumbres disponibles de mano de obra agrícola y reducir la desocupación. Al mismo tiempo, es necesario promover la inserción de los trabajadores en actitud de responsabilidad en el funcionamiento de las haciendas agrícolas, a fin de crear también, dentro de lo posible, una relación particular entre el trabajador de la tierra y la tierra que él trabaja.

Además, debe ser garantizado ese derecho al trabajo de la tierra, junto con unas mejores y más amplias condiciones de vida humana y civil en el ambiente rural. Sólo así se puede favorecer la presencia activa, sobre todo de las jóvenes generaciones, en una economía del desarrollo agrícola, y evitar un excesivo éxodo de los campos.

La reforma agraria y el desarrollo rural exigen también que se prevean reformas para reducir distancias entre la prosperidad de los ricos y la preocupante indigencia de los pobres.

Hay que tener presente, sin embargo, que la superación de los desequilibrios y de las estridentes desigualdades en las condiciones de vida entre el sector agrícola y los demás sectores de la economía o entre los grupos sociales al interior de un país, exige una precavida política por parte de los poderes públicos: una política comprometida en una nueva distribución de los réditos en favor de los más necesitados.

Considero oportuno ratificar lo que dije en otra ocasión, es decir, que una reforma más amplia y una distribución más justa y equitativa de los bienes debe verse «también en el mundo internacional en general, evitando que los países más fuertes usen su poder en detrimento de los más débiles» (discurso a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, III, 4: Puebla, 28 de enero de 1979).

La reforma se amplía, por esto, necesariamente a la de una nueva reglamentación de las relaciones entre los países.

Pero para alcanzar este objetivo «hay que apelar también en la vida internacional a los principios de la ética, a las exigencias de la justicia... hay que dar la primacía a lo moral... a lo que nace de la verdad plena sobre el hombre» (*ib.*).

Se trata, en definitiva, de devolver a la agricultura el puesto que le corresponde en el ámbito del desarrollo interno e internacional, modificando la tendencia que, en el proceso de industrialización, ha llevado, incluso recientemente, a privilegiar los sectores secundario y terciario.

Es grato constatar que, en base a la experiencia, aparece hoy evidente la necesidad de corregir la industrialización unilateral de un país y de abandonar la esperanza utópica de sacar de ella efectos seguros y directos de desarrollo económico y de progreso civil para todos.

La gran importancia de la agricultura y del mundo rural se advierte ya por la aportación decisiva que ella ofrece a la sociedad con la disponibilidad de los productos más necesarios para la alimentación.

Pero hoy se percibe también, y cada vez más, la importante función de la agricultura tanto en la conservación del ambiente natural como en cuanto preciosa fuente de energía.

El amor por la tierra y el trabajo de los campos es una invitación no a una vuelta nostálgica al pasado, sino a una afirmación de la agricultura como base de una sana economía en el conjunto del desarrollo y del progreso civil de un país y del mundo.

Asume creciente relieve la colaboración activa de las clases rurales en todo el proceso de crecimiento de la colectividad.

Obviamente resulta siempre preferible y deseable que la cooperación en las opciones económicas, sindicales y políticas se realice de manera personal y responsable. Esto constituye ciertamente, en los diversos sistemas económicos y políticos, la maduración gradual de una auténtica expresión de aquella libertad que es elemento indispensable de verdadero progreso.

Hay que constatar también la importancia cada vez más evidente de varias formas de asociación que pueden llevar a nuevas expresiones de solidaridad entre los trabajadores de la tierra y favorecer la inserción calificada de los jóvenes y de la mujer en la empresa agrícola y en la comunidad civil.

Naturalmente, hay que tener siempre presente que toda propuesta y toda actuación de reformas reales y eficientes presupone un cambio fundamental en la actitud mental y en la buena voluntad por parte de todos: «Todos nosotros somos solidariamente responsables de las poblaciones subalimentadas» —reconocía ya Juan XXIII, hablando a los dirigentes y funcionarios de la F.A.O., el 4 de mayo de 1960—, «es menester educar la conciencia en el sentido de la responsabilidad que pesa sobre todos y cada uno, particularmente sobre los más favorecidos» (cfr. *Mater et Magistra*: AAS 53, 1961, pág. 440).

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 1-IX-1979, EN LA ESCUELA DE LA GUARDIA DE SEGURIDAD PUBLICA, EN NETTUNO

[...]

Os prepararéis para desempeñar un oficio altamente digno de alabanza y estima, como defensores y fiadores del orden público, llamados a velar sobre el

desenvolvimiento ordenado de la vida civil. Vuestra tarea resulta insustituible, tratándose de garantizar la observancia de la ley, de prevenir o reprimir —cuando sea necesario— sus violaciones y de educar sobre todo a los ciudadanos en el respeto a la norma común y por lo tanto en el amor a la «Civitas» es decir, a una convivencia ordenada y pacífica. Tarea elevadísima, orientada totalmente a promover ese convencido miramiento por el derecho ajeno, que hace de un pueblo una nación civil. Este servicio constituye una profesión clara y un testimonio de esos valores morales y espirituales, cuya ausencia o aprecio inadecuado vuelve falaz e infructuoso cualquier esfuerzo de librar a la sociedad de las reiteradas tentaciones del desorden, atropellos y violencia.

Para proteger la convivencia civil de todas las tendencias subversivas y destructoras, es necesario volver, sin demora, a una claridad de ideales, a una certeza de valores emblemáticos, a una interpretación del hombre y de su destino, que es la que ofrece el Evangelio y la Ley de Dios. Sin una obra común de formación del hombre es inútil pensar en poder salvaguardar los coeficientes de la verdadera prosperidad y del auténtico progreso.

Animados continuamente por propósitos de respeto a la dignidad de la vida humana, de magnánima dedicación al deber, de tutela imparcial de la legalidad, de valiente defensa de los derechos del ciudadano, especialmente de los más débiles e indefensos, os granjearéis la estima de todas las personas de buena voluntad —y son la casi totalidad—, que aspiran y se comprometen por una patria libre, democrática, que tienden concordemente a la conquista de metas cada vez más avanzadas de convivencia honesta y fraterna, de solidaridad, de paz.

Finalmente, en la cercanía del monumento a los caídos del Cuerpo de Seguridad Pública, elevo conmovido mi pensamiento y mi ferviente oración por cuantos han ofrecido la vida por la defensa de los ciudadanos en el cumplimiento de su deber. Este lugar glorioso y triste invita elocuentemente a conmemorar y exaltar ese genuino amor a la patria, por la que tantas veces ha brotado ya en vuestras filas la púrpura flor del heroísmo, que acompañado por la voluntad de cumplir un grave y arduo deber en beneficio de la comunidad, se convierte así en ejercicio y testimonio de caridad. [...]

AUDIENCIA GENERAL DE JUAN PABLO II, DEL 5-IX-1979

[...]

1. Desde hace algún tiempo están en curso los preparativos para la próxima Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en Roma en el otoño del próximo año. El tema del Sínodo: «De muneribus familiae christianae» (Misión de la familia cristiana), concentra nuestra atención sobre esta comunidad de vida humana y cristiana, que *desde el principio* es fundamental. Precisamente de esta expresión, «*desde el principio*» se sirve el Señor Jesús en el coloquio sobre el matrimonio, referido en el Evangelio de San Mateo y en el de San Marcos. Queremos preguntarnos qué significa esta palabra: «principio». Queremos además aclarar por qué Cristo se remite al «principio» precisamente en esta circunstancia y, por tanto, nos proponemos un análisis más preciso del correspondiente texto de la Sagrada Escritura.

2. Jesucristo se refirió dos veces al «principio», durante la conversación con los fariseos, que le presentaban la cuestión sobre la indisolubilidad del matrimonio. La conversación se desarrolló del modo siguiente:

«Se le acercaron unos fariseos con propósito de tentarle, y le preguntaron: ¿Es lícito repudiar a la mujer por cualquier causa? El respondió: *¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y hembra?* Y dijo: *Por eso dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne.* De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre. Ellos le replicaron: Entonces, ¿cómo es que Moisés ordenó dar libelo de divorcio al repudiar? Díjoles El: Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, *pero al principio no fue así*» (Mt. 19, 3 ss; cfr. Mc. 10, 2 ss.).

Cristo no acepta la discusión al nivel en que sus interlocutores tratan de introducir la, en cierto sentido no aprueba la dimensión que ellos han intentado dar al problema. Evita enzarzarse en las controversias jurídico-casuísticas; y, en cambio, se remite dos veces al «principio». Procediendo así, hace clara referencia a las palabras correspondientes del libro del Génesis, que también sus interlocutores sabían de memoria. De esas palabras de la revelación más antigua, Cristo saca la conclusión y se cierra la conversación.

3. «*Principio*» significa, pues, aquello de que habla el libro del Génesis. Por lo tanto, Cristo cita al Génesis 1, 27, en forma resumida: «Al principio el Creador los hizo varón y hembra», mientras que el pasaje original completo dice así textualmente: «creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó varón y hembra». A continuación el Maestro se remite al Génesis 2, 24: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre; y se unirá a su mujer; y vendrán a ser los dos una sola carne». Citando estas palabras casi «in extenso», por completo, Cristo les da un significado normativo todavía más explícito (dado que podría ser hipotético que en el libro del Génesis sonaran como afirmaciones de hecho: «dejará... se unirá... vendrán a ser una sola carne»). El significado normativo es admisible en cuanto que Cristo no se limita sólo a la cita misma, sino que añade: «De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre». Ese «no lo separe» es determinante. A la luz de esta palabra de Cristo, el Génesis 2, 24 enuncia el principio de la unidad e indisolubilidad del matrimonio como el contenido mismo de la Palabra de Dios, expresada en la revelación más antigua.

4. Al llegar a este punto se podría sostener que el problema está concluido, que las palabras de Jesús confirman la ley eterna formulada e instituida por Dios desde el «principio», como la creación del hombre. Incluso podría parecer que el Maestro, al confirmar esta ley primordial del Creador, no hace más que establecer exclusivamente su propio sentido normativo, remitiéndose a la autoridad misma del primer Legislador. Sin embargo, esa expresión significativa: «desde el principio», repetida dos veces, induce claramente a los interlocutores a reflexionar sobre el modo en que Dios ha plasmado al hombre en el misterio de la creación, como «varón y hembra», para entender correctamente el sentido normativo de las palabras del Génesis. Y esto es tan válido para los interlocutores de hoy, como lo fue para los de entonces. Por lo tanto, en el estudio presente, considerando todo esto, debemos meternos precisamente en la actitud de los interlocutores actuales de Cristo.

5. Durante las sucesivas reflexiones de los miércoles, en las audiencias generales, como interlocutores actuales de Cristo, intentaremos detenernos más largamente sobre las palabras de San Mateo (19, 3 y ss.). Para responder a la indicación que Cristo ha encerrado en ellas, trataremos de penetrar en ese «principio» al que se refirió de modo tan significativo; y así seguiremos de lejos el gran trabajo que sobre este tema precisamente emprenden ahora los

participantes en el próximo Sínodo de los Obispos. Junto con ellos toman parte numerosos grupos de Pastores y de laicos que se sienten particularmente responsables de la misión que Cristo propone al matrimonio y a la familia cristiana: la misión que El ha propuesto siempre y propone también en nuestra época, en el mundo contemporáneo.

El ciclo de reflexiones que comenzamos hoy, con intención de continuarlo durante los sucesivos encuentros de los miércoles, tiene como finalidad, entre otras cosas, *acompañar, de lejos por así decirlo, los trabajos* preparativos al Sínodo, pero no tocando directamente su tema, sino dirigiendo la atención a las raíces profundas de las que brota este tema.

PALABRAS DE JUAN PABLO II, A LA «WORLD CONFERENCE IN LAW», DEL 24-IX-1979

Señora, señores: Les doy gracias por su visita al finalizar la importante conferencia que completa sus encuentros en Madrid. Ella me ofrece esta feliz ocasión de encontrarme con ustedes y expresarles mi profunda estima y aliento para el trabajo de paz al que dedican sus excepcionales cualidades, participando en común sus experiencias. El centro «Paz Mundial a través de la Ley», y las asociaciones a él afiliadas, se enorgullece con justicia de ser «la primera Asociación a escala mundial para coordinar los esfuerzos de miles de jueces, abogados, profesores y estudiantes de Derecho de todas las naciones del mundo, en un positivo esfuerzo para implicar a todos en los problemas comunes de la humanidad, en juicios, procesos, principios e instituciones universalmente aceptadas para regular la ley». A esta labor la Santa Sede desea aportar su contribución imparcial, dentro de los límites y el espíritu de la misión confiada a la Iglesia por Cristo nuestro Señor.

El rápido desarrollo tanto en extensión como en profundidad de las relaciones entre los hombres y las naciones, exige un esfuerzo sin precedentes para ser dirigido por el hombre—que de otra manera sería arrastrado por la ola tumultuosa de los intereses egoístas o del instinto—, de modo que se encuentre una estructura ordenada que exprese y promueva la unidad de la familia humana, con respeto para la suprema dignidad de cada individuo y de cada grupo humano. Este comportamiento encuentra en la norma de la ley, el «*imperium legis*», un indispensable soporte que garantiza su continuidad, su rectitud y su fuerza creadora. La norma legal no implica de ningún modo una rígida inmovilidad. Fundada en una rica tradición y en valores humanos estables, que extraen fuerza de ella, y han sido también por ella depurados, se hace más capaz de enfrentarse con resolución a las situaciones constantemente cambiantes, imprimiendo sobre ellas la marca del hombre. Esta tradicional y esencial aplicación a todas las circunstancias, encuentra precisamente en la actual unificación de la humanidad, un amplio terreno nuevo para idear nuevas vías, y al mismo tiempo rejuvenecer las diversas expresiones que han sido forjadas según las tradiciones de las diferentes naciones.

La norma legal no ignora las tensiones que nacen de la vida, ni los aspectos de verdad contenidos en las protestas y la contestación de aquéllos a los que un sistema legal determinado rehúsa reconocer como aspiraciones legítimas (cfr. *Pacem in Terris*, 39 et ss.). Pero tiene suficiente confianza en sí misma, en la ley del corazón y de la razón de donde emana, para buscar soluciones, no en la progresiva exasperación de estas tensiones, sino más bien en una apelación

a las más altas capacidades del hombre, capaz de idear y de crear sistemas organizados, más adecuados al presente desarrollo de la humanidad. Es esta convicción la que les ha llevado a examinar en Madrid todos los restos de nuestro tiempo: Derechos humanos y Acuerdo de Helsinki, Ley Marítima, la codificación de las normas que gobiernan las corporaciones multinacionales, los derechos de la familia, la tecnología del proceso de datos y el derecho a la intimidad, el control internacional de las diversas fuentes de energía, la progresiva reducción de venta de armas convencionales, el arbitraje internacional, etc.

La Santa Sede participa activamente en las conferencias internacionales que tratan de estos diversos problemas, y su original contribución, de naturaleza ética, encuentra un terreno más fértil donde las estructuras del sistema legal han sido ya trabajadas, gracias especialmente a sus esfuerzos. Hace esto desde un punto de vista de cambio y evolución que debe caracterizar a la ley, porque es también característica del desarrollo de la humanidad y de las naciones. Como he dicho anteriormente, la Declaración de los Derechos Humanos y la creación de la Organización de las Naciones Unidas tuvieron ciertamente como objetivo, no sólo alejar terribles experiencias de la última guerra mundial, sino también crear las bases para una continua revisión de los programas, sistemas y regímenes, precisamente desde este único y fundamental punto de vista: el bienestar del hombre, —o, podríamos decir, del individuo en la comunidad—, que debe, como un factor fundamental en el bienestar general, constituir el criterio esencial para todos los programas, sistemas y regímenes. (Encíclica *Redemptor Hominis*, 17, 3).

Sí, el hombre está en la base de todo. Debe ser respetado en su personal e inviolable dignidad. Su dimensión social debe ser respetada; la personalidad humana y cristiana no puede realizarse, en efecto, más que en la medida en que sea rechazado su centramiento exclusivo en sí mismo, porque su vocación es al mismo tiempo personal y social. El Derecho Canónico admite y favorece este característico mejoramiento, ya que conduce a superar el egoísmo: la negación de sí mismo como individualidad exclusiva, conduce a una afirmación del ser en una perspectiva auténticamente social, en el reconocimiento y respeto del otro como una «persona» que tiene unos derechos universales, inviolables e inalterables, y una trascendental dignidad (cfr. Alocución al Tribunal de la Rota, 17 febrero 1979).

Los valores humanos y morales están en la base de todo. La ley no puede dejarlos a un lado, ni en sus objetivos ni en sus medios. Su legítima y ordenada autonomía es intrínseca a la ley moral, y en ella se encuentra además no un freno, ni una restricción, sino el firme terreno de su dinámico y progresivo desarrollo. Ustedes saben —y yo también sé— que es difícil definir al hombre en lo que constituye su esencia permanente y su universalidad en el tiempo y en el espacio, por encima de diferencias de costumbres y culturas. También es difícil trazar los elementos institucionales que favorecen el crecimiento de la solidaridad humana, teniendo en cuenta la variedad de las convicciones del hombre y su conciencia creativa, de modo que aseguren la libertad indispensable para que esta conciencia pueda formarse y reformarse, y en la que pueda actuar. Pero toda la historia del Derecho enseña que la ley pierde su estabilidad y su autoridad moral, tanto si cae en la tentación de hacer un mayor uso de la coacción o de la fuerza física, como si renuncia a su responsabilidad —en favor de los no nacidos o de la estabilidad del matrimonio, o, en el plano internacional, en favor de pueblos enteros entregados a la opresión; cada vez que deja de buscar la verdad que se refiere al hombre y consiente en ser entregada a cualquier forma de relativismo.

Una difícil búsqueda, llena de tentaciones, pero una búsqueda necesaria que los juristas no pueden abandonar.

Para la Iglesia, el sólido fundamento de esta búsqueda es Jesucristo. Pero, cualquier cosa que el creyente descubre en la luz de la fe, y lo cree y lo afirma para todos los hombres, creyentes o no creyentes, porque Cristo está unido a todos los hombres, a cada uno de los hombres. Además, esta es nuestra certeza: la vida de Cristo habla también a muchos que no son capaces de repetir con Pedro «Tú eres el Cristo de Dios vivo». El, el Hijo de Dios vivo, habla al pueblo, también como hombre. Es su vida la que habla, su humanidad, su fidelidad a la verdad, y su amor que abarca todo. (Cfr. *Encíclica Redemptor Hominis*, 7, 4.)

Señoras y señores, con profundo respeto por sus convicciones permítanme invitarles a escuchar la voz de Cristo, el mensaje del Evangelio que se refiere al hombre; no puede sino fortalecer su deseo de construir la paz del mundo a través de la ley.

Al repetir mi profundo reconocimiento por el trabajo que han hecho, y animarles a continuarlo sin pausa, invoco sobre ustedes, sus familias y sus trabajos la Bendición de Dios Todopoderoso.

HOMILIA DE JUAN PABLO II DEL 29-IX-1979 EN DROGHEDA

[...] 5. *Pero el cristianismo no nos manda que cerremos los ojos a los difíciles problemas humanos.* No nos permite o impide ver las injustas situaciones sociales o internacionales. Lo que el cristianismo nos prohíbe es buscar soluciones a estas situaciones por caminos del odio, del asesinato de personas indefensas, con métodos terrorísticos. Y diría más: el cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia, pero se opone decididamente a fomentar el odio y a promover o provocar la violencia o la lucha por sí misma. El mandamiento «no matarás» debe guiar la conciencia de la humanidad, si no se quiere repetir la terrible tragedia y destino de Caín.

6. Por este motivo era conveniente que yo viniera aquí antes de ir a América, donde espero hablar ante la Organización de las Naciones Unidas acerca de los derechos humanos. El cardenal Primado y yo hemos decidido juntos que sería mejor que yo viniera aquí, a Drogheda, y que fuera aquí donde yo rindiese homenaje al «principio» de la fe y al primado en vuestro país; y que aquí yo reflexionara juntamente con vosotros, delante de Dios y a la luz de vuestra espléndida historia cristiana, acerca de este urgentísimo problema: *el de la paz y la reconciliación.*

[...] Nunca en la historia de la humanidad se había hablado tanto de la paz y se la ha deseado tanto como en nuestros días. La creciente interdependencia de los pueblos y de las naciones hace que casi todos se adhieran, al menos en principio, al ideal de la fraternidad humana universal. Importantes instituciones internacionales discuten acerca de la coexistencia pacífica de la humanidad. Está creciendo en la opinión pública la conciencia de lo absurdo de la guerra como medio para resolver las diferencias. Cada vez más, se considera la paz como condición necesaria para las relaciones fraternas entre las naciones y entre los pueblos. La paz es cada vez más claramente percibida como el único camino para la justicia. Ella misma es obra de la justicia. Y sin embargo se constata más y más cómo la paz es amenazada y destruida. ¿Por qué, pues,

nuestras convicciones no corresponden siempre a nuestros comportamientos y a nuestras actitudes? ¿Por qué, según parece, no somos capaces de desterrar de nuestras vidas los conflictos?

8. La paz es un resultado de muchas actitudes y realidades convergentes; es el resultado de preocupaciones morales, de principios éticos, basados en el mensaje del Evangelio y corroborados por él.

Quiero hablar en primer lugar de la justicia. En su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1971, mi venerado predecesor, Pablo VI, el peregrino de la paz, decía: «la verdadera paz debe fundarse en la justicia, en el sentido de la dignidad inviolable del hombre, en el reconocimiento de una igualdad indeleble y deseable entre los hombres, en el principio básico de la fraternidad humana, es decir, en el respeto y amor debido a cada hombre, porque es hombre». Este mismo mensaje lo he repetido yo en México y en Polonia. Lo repito aquí en Irlanda. Todo ser humano tiene derechos inalienables que deben ser respetados. Toda comunidad humana —étnica, histórica, cultural o religiosa— tiene unos derechos que deben ser respetados. La paz está amenazada siempre que uno de estos derechos es violado. La ley moral, guardiana de los derechos del hombre, protectora de la dignidad de la persona humana, no puede ser dejada de lado por ninguna persona, ningún grupo, ni por el mismo Estado, por ningún motivo, ni siquiera por la seguridad o en interés de la ley o del orden público. La ley de Dios está muy por encima de todas las razones de Estado. Mientras existan injusticias en cualquier campo que afecte a la dignidad de la persona humana, bien sea en el campo político, social o económico, bien sea en la esfera cultural o en la religiosa, no habrá verdadera paz. Las causas de las desigualdades deben ser identificadas a través de un examen valiente y objetivo y deben ser eliminadas de manera que cada persona pueda desarrollarse y crecer en la plena medida de su humanidad.

9. En segundo lugar, la paz no puede ser establecida por la violencia, la paz no puede florecer nunca en un clima de terror, de intimidación o de muerte. El mismo Jesús dijo: «Quien toma la espada, a espada morirá» (Mt. 26, 52). Esta es la palabra de Dios, la que ordena a los hombres de esta generación violenta desistir del odio y la violencia y arrepentirse.

Quiero hoy unir mi voz a la voz de Pablo VI y de mis predecesores, a las voces de vuestros jefes religiosos, a las voces de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para proclamar, con la convicción de mi fe en Cristo y con la conciencia de mi misión, que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución a los problemas, que la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano. La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad. Pido con vosotros que el sentido moral y la convicción cristiana de los hombres y mujeres irlandeses no sean nunca obnubilados y embotados por la mentira de la violencia, que nadie puede llamar nunca al asesinato con otro nombre que el de asesinato, que a la espiral de violencia no se le dé nunca la distinción de lógica inevitable o de represalia necesaria. Recordemos las palabras que permanecerán para siempre: «cuantos empuñan la espada, a espada morirán».

10. Hay otra palabra que habrá que incluir en el vocabulario de todo cristiano, especialmente cuando se han levantado barreras de odio y desconfianza. Esta palabra es *reconciliación*: «Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante

el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda» (*Mt.* 5, 23-24). Este mandamiento de Jesús es más firme que cualquier barrera que pueda levantar la incapacidad humana o la malicia. Aún cuando vuestra creencia en la bondad fundamental de todo ser humano haya sido sacudida o minada, incluso cuando profundas convicciones y actitudes hayan endurecido vuestros corazones, hay una fuente de poder más firme que toda decepción, amargura o desconfianza arraigada; este poder es Cristo Jesús que trajo el perdón y la reconciliación al mundo.

Hago una llamada a todos los que me escuchan; a todos los que se sienten desalentados tras tantos años de lucha, violencia y alienación, para que intenten lo aparentemente imposible: poner fin a lo intolerable. Rindo homenaje a los muchos esfuerzos llevados a cabo por innumerables hombres y mujeres de Irlanda del Norte para caminar por senderos de reconciliación y de paz. La valentía, la paciencia, la indomable esperanza de hombres y mujeres de paz que han iluminado la oscuridad de estos años de prueba. El espíritu de perdón cristiano demostrado por tantos como han sufrido en sus personas o en sus seres queridos, han servido de inspiración a las multitudes. En los años futuros, cuando las palabras de odio y los actos de violencia hayan sido olvidados, serán las palabras de amor y los hechos de paz y perdón los que serán recordados. Es esto lo que inspirará a las generaciones futuras.

A todos los que me estáis escuchando, quiero decir: no creáis en la violencia. No es éste el camino cristiano. No es el camino de la Iglesia católica. Creed en la paz, en el perdón y en el amor, porque son de Cristo.

Comunidades que están unidas por su aceptación del mensaje supremo de amor de Jesús, manifestado en la paz y en la reconciliación, y por su repulsa de la violencia, constituyen una fuerza irresistible para lograr lo que muchos han llegado a aceptar como imposible y destinado a permanecer.

11. Quisiera dirigirme ahora a los hombres y mujeres comprometidos en la violencia. Os hablo con lenguaje de abogado apasionado. Os suplico de rodillas que abandonéis los senderos de la violencia y volváis a los caminos de la paz. Podéis decir que buscáis la justicia. También yo creo en la justicia y busco la justicia. Pero la violencia retrasa el día de la justicia. La violencia destruye la obra de la justicia. Además la violencia en Irlanda no conseguirá más que arrastrar a la ruina el país que vosotros afirmáis amar y cuyos valores firmáis apreciar. En nombre de Dios os suplico: volved a Cristo que murió para que los hombres pudiesen vivir en perdón y en paz. El os está esperando, anhelando que cada uno de vosotros venga a él para poder deciros: tus pecados están perdonados, vete en paz.

12. Hago una llamada a los jóvenes que pueden ser atrapados en organizaciones comprometidas en la violencia. Os digo con todo el amor que siento por vosotros, con toda la confianza que tengo en los jóvenes: no escuchéis las voces que hablan el lenguaje del odio, de la revancha, de la venganza. No sigáis a ningún líder que os lleve por caminos que infligen muerte. Amad la vida; respetad la vida; en vosotros mismos y en los demás. Entregaos al servicio de la vida, no a la obra de la muerte. No penséis que la valentía y la fuerza se prueban matando y destruyendo. La verdadera valentía está en trabajar por la paz. La verdadera fuerza consiste en uniros con los jóvenes de vuestra generación de todas partes para construir una sociedad justa, humana y cristiana por los caminos de la paz. La violencia es enemiga de la justicia. Solamente la paz puede conducir por el camino de la verdadera justicia.

[...] 13. Quisiera ahora dirigirme a todos los pueblos que ocupan un puesto de guía, a todos los que tienen influencia en la opinión pública, a todos los

miembros de los partidos políticos y a cuantos los apoyan. A vosotros os digo:

No penséis nunca que traicionáis a vuestra comunidad buscando el entendimiento, el respeto y la aceptación de una tradición diversa. La mejor manera de servir a vuestra tradición es trabajar por la reconciliación con los demás. Cada una de las comunidades históricas de Irlanda no hará más que causarse daño a sí misma, buscando el daño de la otra. La continua violencia no hará más que comprometer lo que es más precioso en las tradiciones y aspiraciones de ambas comunidades.

Que ninguno de los que tienen interés por Irlanda se haga ilusiones acerca de la naturaleza y de la amenaza de la violencia política. La ideología y los métodos violentos se han convertido en un problema internacional de la mayor gravedad. Cuanto más dure la violencia en Irlanda, tanto más existe el peligro de que esta querida tierra pueda convertirse en otro teatro del terrorismo internacional.

14. A todos los que tienen responsabilidades políticas en los asuntos de Irlanda, yo quiero hablar con la misma urgencia e intensidad con que he hablado a los hombres acerca de la violencia. No seáis causa, ni condonéis o toleréis condiciones que son disculpa o pretexto para los hombres de la violencia. Los que recurren a la violencia sostienen siempre que solamente la violencia conduce al cambio. Afirman que la acción política no puede conseguir la justicia. Vosotros, los políticos, debéis demostrar que están equivocados. Debéis mostrar que hay un camino pacífico, político y para la justicia. Debéis mostrar que la paz produce frutos de justicia mientras que la violencia no.

Os insto a vosotros que habéis sido llamados a la noble vocación de la política a que tengáis valentía en afrontar vuestra responsabilidad, en ser líderes en la causa de la paz, de la reconciliación y de la justicia. Si los políticos no se deciden y actúan en favor del justo cambio, entonces el campo queda abierto a los hombres de la violencia. La violencia florece mejor, cuando hay un vacío político o una repulsa del movimiento político. Pablo VI, en una carta dirigida al cardenal Conway en marzo de 1972 decía:

«Cada uno debe hacer su parte. Los obstáculos que se interponen en el camino de la justicia deben ser removidos: obstáculos como la injusticia civil, la discriminación social y política, así como los malentendidos entre individuos y grupos. Debe haber un mutuo y continuo respeto por los demás: por sus personas, sus derechos y sus legítimas aspiraciones». Hago mías, hoy, estas palabras de mi venerado predecesor. [...]

HOMILIA DE JUAN PABLO II, DEL 1-X-1979, EN LIMERICK

[...] A todos os digo, respetad y proteged vuestra familia y vuestra vida familiar, porque la familia constituye el principal terreno de la acción cristiana para los seglares irlandeses, el lugar donde se ejercita principalmente vuestro «sacerdocio real». La familia cristiana ha sido en el pasado el más grande recurso espiritual de Irlanda. Las condiciones modernas y los cambios sociales han creado nuevos modelos y nuevas dificultades para la vida familiar y para el matrimonio cristiano. Deseo decirlos: no os desaniméis, no sigáis la tendencia a considerar pasada de moda a una familia perfectamente unida; hoy más que nunca, la familia cristiana es enormemente importante para la Iglesia y para la sociedad.

Verdad es que la estabilidad y la santidad del matrimonio han sido amenazadas por nuevas ideas y por las aspiraciones de algunos. El divorcio, sean cuales fueren las razones por las que es introducido, es inevitablemente cada vez más fácil de conseguir, y gradualmente tiende a ser aceptado como algo normal de la vida. La misma posibilidad del divorcio en la esfera de la legislación civil dificulta la estabilidad y permanencia del matrimonio. Ojalá continúe siempre Irlanda dando testimonio ante el mundo moderno de su tradicional empeño por la santidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial. Ojalá los irlandeses mantengan siempre el matrimonio a través de un compromiso personal y de una positiva acción social y legal.

[...] 6. Y aquí, desearía dirigir una palabra especial a todos los padres irlandeses. El matrimonio debe incluir una apertura hacia el don de los hijos. La señal característica de la pareja cristiana es su generosa apertura a aceptar de Dios los hijos como regalo de su amor. Respetad el ciclo de la vida establecido por Dios, porque este respeto forma parte de nuestro respeto a Dios mismo, que creó macho y hembra, que los creó a su propia imagen, que reflejó su propio amor donador de vida en los diseños de su ser sexuado.

Por eso digo a todos que tengáis un absoluto y sagrado respeto a la sacralidad de la vida humana ya desde el primer momento de su concepción. El aborto, como declara el Concilio Vaticano, es un «crimen abominable» (*Gaudium et spes*, 51). Atacar una vida que todavía no ha visto la luz en cualquier momento de su concepción es minar la totalidad del orden moral, auténtico guardián del bienestar humano. La defensa de la absoluta inviolabilidad de la vida todavía no nacida forma parte de la defensa de los derechos y de la dignidad humanos. Ojalá Irlanda no flaquee en su testimonio, ante Europa y el mundo entero, de la dignidad y sacralidad de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte.

Queridos padres y madres de Irlanda, creed en vuestra vocación, en esa hermosa vocación al matrimonio y a la paternidad que Dios os ha dado. Creed que Dios está con vosotros, porque toda paternidad en los cielos y en la tierra recibe su nombre de El. No penséis que hay algo que podáis hacer en vuestra vida que sea más importante que ser un padre y una madre verdaderamente cristianos. Que las madres, las jóvenes y las muchachas irlandesas no escuchen a quienes les dicen que trabajar en una tarea secular, que tener éxito en una profesión secular es más importante que la vocación de crear vida y de preocuparse de esta vida como madres. El futuro de la Iglesia, el futuro de la humanidad depende en gran parte de los padres y de la vida familiar que construyen en sus hogares. La familia es la verdadera medida de la grandeza de una nación, del mismo modo que la dignidad del hombre es la auténtica medida de la civilización. [...]

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 2-X-1979, A LA XXXIV ASAMBLEA GENERAL DE LA O.N.U.

Señor Presidente:

1. Deseo expresar mi agradecimiento a la ilustre Asamblea General de las Naciones Unidas, a la cual me es dado participar y dirigir la palabra en este día. Mi agradecimiento va en primer lugar al Señor Secretario General de la ONU, Dr. Kurt Waldheim, el cual ya en el otoño pasado —poco después de mi elección a la Cátedra de San Pedro— me hizo la invitación para esta visita

y la renovó después, el pasado mayo, durante nuestro encuentro en Roma. Desde el primer momento me sentí muy honrado y profundamente agradecido. Y hoy, ante una Asamblea tan selecta, deseo dar las gracias a usted, Señor Presidente, que tan amablemente me ha recibido y dado la palabra.

2. *El motivo profundo* de mi *intervención* de hoy es sin duda el vínculo particular de cooperación que une a la Sede Apostólica con la Organización de las Naciones Unidas, como lo prueba la presencia de un Observador permanente de la Santa Sede ante esta Organización. Dicho vínculo, que la Santa Sede tiene en gran estima, encuentra su razón de ser en la soberanía de que goza desde hace siglos la Sede Apostólica; soberanía que por su ámbito territorial está circunscrita al pequeño Estado de la Ciudad del Vaticano, pero que está motivada por la exigencia que tiene el papado de ejercer con plena libertad su misión, y, por lo que se refiere a cualquier interlocutor suyo, Gobierno u Organismo internacional, de tratar con él independientemente de otras soberanías. Ciertamente la naturaleza y los fines de la misión espiritual propia de la Sede Apostólica y de la Iglesia hacen que su participación en las tareas y en las actividades de la ONU se distinga profundamente de la de los Estados, en cuanto comunidades en sentido político-temporal.

3. La *Sede Apostólica* no sólo tiene muy en cuenta la propia colaboración de la ONU, sino que además *ha manifestado siempre la propia estima, desde el nacimiento de la Organización*, y el propio consenso por el histórico significado de este supremo foro de la vida internacional de la humanidad contemporánea. Ella no cesa tampoco de apoyar sus funciones e iniciativas, que tienen como objetivo la convivencia pacífica y la colaboración entre las naciones. De ello tenemos muchas pruebas. En los treinta y tantos años de existencia de la ONU, han prestado gran atención a Mensajes y Encíclicas pontificias, documentos del Episcopado católico y también del Concilio Vaticano II. Los Pontífices Juan XXIII y Pablo VI miraban con confianza hacia esta importante Institución, como un signo elocuente y prometedor de nuestros tiempos. Y también el que ahora os habla, desde los primeros meses de pontificado ha manifestado varias veces la misma confianza y convicción que nutrían sus predecesores.

4. Esta confianza y convicción de la Sede Apostólica, como decía, no brotan de razones puramente políticas sino de la misma naturaleza religioso-moral de la *misión de la Iglesia católica romana*. Esta, como comunidad universal que reúne en sí fieles pertenecientes a casi todos los países y continentes, naciones, pueblos, razas, lenguas y culturas, está profundamente interesada en la existencia y en la actividad de la *Organización, la cual* —como se deduce de su nombre— *une y asocia* naciones y Estados. Une y asocia y *no divide ni contrapone*: ella busca las vías de entendimiento y de colaboración de excluir la guerra, la división, la recíproca destrucción de la gran familia, que es la humanidad actual.

5. Este es el motivo verdadero, el *motivo esencial* de mi presencia entre ustedes, y deseo expresar mi gratitud a tan ilustre Asamblea, porque ha tomado en consideración tal motivo, que puede hacer útil de alguna manera mi presencia aquí. Tiene ciertamente un significado relevante el que, entre los Representantes de los Estados, cuya razón de ser es la soberanía de los poderes ligados al territorio y a la población, se encuentre hoy también el Representante de la Sede Apostólica y de la Iglesia católica. Esta Iglesia es la de Jesucristo que, ante el tribunal del juez romano Pilato, declaró ser rey, pero de un reino que no es de este mundo (cfr. Jn. 18, 36-37). Interrogado luego sobre la razón de ser de su reino entre los hombres, El explicó: «Yo para

esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Jn. 18, 37). Encontrándome, pues, *ante los Representantes de los Estados*, deseo no sólo dar las gracias, sino congratularme de modo particular, porque la invitación a dar la palabra al Papa en vuestra Asamblea, demuestra que la *Organización de las Naciones Unidas acepta y respeta* la dimensión religioso-moral de los problemas humanos, de los cuales la Iglesia se ocupa, en virtud del mensaje de verdad y de amor que debe llevar al mundo. Ciertamente, dadas las cuestiones que son objeto de vuestras funciones y de vuestra solicitud —como lo prueba el vastísimo y orgánico conjunto de instituciones y de actividades que dependen de la ONU o que colaboran con ella, especialmente en los sectores de la cultura, de la salud, de la alimentación, del trabajo, en el uso pacífico de la energía nuclear— es esencial *que nos encontremos en nombre del hombre tomado en su integridad*, en toda la plenitud y multiforme riqueza de su existencia espiritual y material, como lo expresé en la Encíclica *Redemptor hominis*, la primera de mi pontificado.

6. En este momento, aprovechando la solemne ocasión de un encuentro con los Representantes de las naciones del globo, quiero dirigir un saludo a todos los hombres y mujeres que viven sobre la tierra. A todo hombre, a toda mujer, sin excepción alguna. En efecto, todo ser humano, que habita nuestro planeta, es miembro de una sociedad civil, de una nación, muchas de las cuales están aquí representadas. Cada uno de ustedes, señoras y señores, es Representante de un Estado, de un sistema y de una estructura política, pero sobre todo de *determinadas unidades humanas*; todos ustedes son *representantes de los hombres, prácticamente de casi todos los hombres del globo* hombres concretos, comunidades y pueblos, que viven la fase actual de su historia, y al mismo tiempo están insertos en la historia de toda la humanidad, con su subjetividad y dignidad de persona humana, con su propia cultura, con experiencias y aspiraciones, tensiones y sufrimientos propios, y con legítimas esperanzas. En esta relación encuentra su razón de ser *toda la actividad política, nacional e internacional*, la cual —en última instancia— procede *«del hombre»*, se ejerce *«mediante el hombre»* y es *«para el hombre»*. Si tal actividad es separada de esta fundamental relación y finalidad, se convierte, en cierto modo, en fin de sí mismo y pierde gran parte de su razón de ser. Más aún, puede incluso llegar a ser origen de una alienación específica; puede resultar extraña al hombre; puede caer en contradicción con la humanidad misma. En realidad, la razón de ser de toda política es el servicio al hombre, es la asunción, llena de solicitud y responsabilidad, de los problemas y tareas esenciales de su existencia terrena, en su dimensión y alcance social, de la cual depende a la vez el bien de cada persona.

7. Pido disculpas por hablar sobre temas que a ustedes, señoras y señores, son ciertamente evidentes. Pero no parece inútil hablar de ellos, porque una insidia muy frecuente en las actividades humanas es la eventualidad de que, al realizarlas, se pueden perder de vista *las verdades más evidentes y los principios más elementales*.

Permítanme desear que la Organización de las Naciones Unidas, por su carácter universal, no deje de ser el «forum», la *alta tribuna, desde la que se valoran, en la verdad y en la justicia, todos los problemas del hombre*. En nombre de esta inspiración, por ese impulso histórico, el 26 de junio de 1945, hacia el final de la terrible segunda guerra mundial, fue firmada la Carta de las Naciones Unidas y tomó vida, el 24 de octubre siguiente, vuestra Organización. Poco después, llegó su documento fundamental que fue la *Declaración universal de los Derechos del Hombre* (10 de diciembre de 1948),

del hombre como individuo concreto y del hombre en su valor universal. Este documento es una *piedra miliar* puesta en el largo y difícil camino del género humano. Es necesario medir el progreso de la humanidad no sólo por el *progreso de la ciencia y de la técnica*, por encima del cual resalta toda la singularidad del hombre en relación con la naturaleza, sino al mismo tiempo y más aún por la primacía de los valores espirituales y por el *progreso de la vida moral*. Precisamente en este campo se manifiesta el dominio pleno de la razón a través de la verdad en los comportamientos de la persona y de la sociedad, se manifiesta también el dominio sobre la naturaleza y triunfa silenciosamente la conciencia humana, según la antigua sentencia: «*Genus humanum arte et ratione vivit*»: El género humano vive de su trabajo y de su inteligencia».

Cuando la técnica, en su progreso unilateral, era aplicada a fines bélicos, de hegemonías y de conquistas, para que el hombre matara al hombre y una nación destruyera a la otra privándola de la libertad o del derecho de existir —y tengo siempre ante mi mente la imagen de la segunda guerra mundial en Europa, iniciada hace cuarenta años, el 1 de septiembre de 1939, con la invasión de Polonia, y terminada el 9 de mayo de 1945—, precisamente entonces surgió la Organización de las Naciones Unidas. Y tres años después nació el documento que —como he dicho—, hay que considerar como una piedra miliar en el camino del progreso moral de la humanidad: la *Declaración universal de los Derechos del Hombre*. Gobiernos y Estados del mundo entero comprendieron que, si no quieren enfrentarse y destruirse recíprocamente, *deben unirse*. El camino real, el camino fundamental, que lleva a esto pasa a través de cada hombre, a través de la definición, el reconocimiento y el respeto de los *derechos inalienables* de las personas y de las comunidades de los pueblos.

8. Hoy, a cuarenta años del comienzo de la segunda guerra mundial, quiero referirme al conjunto de las experiencias de los hombres y de las naciones, vividas por una generación que en su mayoría vive todavía. No hace mucho tiempo, he tenido ocasión de volver a reflexionar sobre algunas de aquellas experiencias en uno de los lugares más dolorosos y más llenos de desprecio al hombre y a sus derechos fundamentales: el campo de exterminio de Auschwitz, que visité durante mi peregrinación a Polonia, en junio pasado. Este lugar tristemente conocido, es por desgracia solamente uno de tantos similares diseminados por el continente europeo. Incluso el recuerdo de uno solo debería constituir una *señal de alerta* en los caminos de la humanidad contemporánea para *hacer desaparecer* de una vez para siempre *todo tipo de campos de concentración* en cualquier lugar de la tierra. Y debería desaparecer para siempre, de la vida de las naciones y de los Estados, todo lo que tiene relación con aquellas horribles experiencias, lo que bajo formas incluso distintas —es decir, de cualquier tipo de tortura y de opresión, tanto física como moral, ejercida con cualquier sistema, en cualquier lugar— es su continuación, fenómeno todavía más doloroso, si se efectúa con el pretexto de «seguridad» interna o de necesidad de conservar una paz aparente.

9. Las personalidades presentes me perdonarán este recuerdo: pero sería infiel a la historia de nuestro siglo, no sería honesto de cara a la gran causa del hombre al que todos deseamos servir, si —proveniendo de aquel país, sobre cuyo cuerpo vivo fue construido, tiempo ha, Auschwitz— yo callara. Lo recuerdo todavía, señoras y señores; sobre todo a fin de demostrar que de dolorosas experiencias y sufrimientos de millones de personas ha surgido la Declaración universal de los Derechos del Hombre, que fue puesta como inspiración de base —*como piedra angular*— de la Organización de las Naciones Unidas. Esta Declaración ha costado la pérdida de millones de nuestros hermanos y herma-

nas que la pagaron con su propio sufrimiento y sacrificio, provocados por el embrutecimiento que había hecho sordas y ciegas las conciencias humanas de sus opresores y de los artífices de un verdadero genocidio. ¡Este precio no puede haber sido pagado en vano! La Declaración universal de los Derechos del Hombre —con todo el conjunto de numerosas declaraciones y convenciones sobre aspectos importantísimos de los derechos humanos, en favor de la infancia, de la mujer, de la igualdad entre las razas, y especialmente los dos Pactos Internacionales sobre los derechos económicos, sociales y culturales, y sobre los derechos civiles y políticos— debe quedar en la Organización de las Naciones Unidas como el valor básico con el que se coteje la conciencia de sus miembros y del que se saque una inspiración constante. Si las verdades y los principios contenidos en este documento fueran olvidados, descuidados, perdiendo la evidencia genuina que tenían en el momento de su nacimiento doloroso, entonces la noble finalidad de la Organización de las Naciones Unidas, es decir, la convivencia entre los hombres y entre las naciones podría encontrarse ante la amenaza de una nueva ruina. Esto sucedería si por encima de la simple y al mismo tiempo fuerte elocuencia de la Declaración universal de los Derechos del Hombre prevaleciera el interés, que se define injustamente «político», pero que a menudo significa solamente ganancia y aprovechamiento unilateral con perjuicio de los demás, o bien voluntad de poder que no tiene en cuenta las exigencias de los demás; es decir, todo aquello que, por su naturaleza es contrario al espíritu de la Declaración. «El interés político» así entendido, perdonneme señores, comporta deshonor a la noble y difícil misión que es propia de vuestro servicio al bien de vuestras naciones y de toda la humanidad.

10. Hace catorce años, hablaba desde esta tribuna mi gran predecesor el Papa Pablo VI. Pronunció entonces algunas palabras memorables que hoy deseo repetir:

«No más guerra, no más guerra. Nunca unos contra otros», y ni siquiera «el uno por encima del otro», sino siempre y en cada ocasión, «los unos con los otros».

Pablo VI fue un servidor incansable de la causa de la paz. También yo deseo seguirlo con todas mis fuerzas y continuar tal servicio. La Iglesia católica, en todos los lugares de la tierra, proclama un mensaje de paz, reza por la paz, *educa al hombre para la paz*. Esta finalidad está compartida y en ella se comprometen también los representantes y seguidores de otras Iglesias, comunidades y religiones del mundo. Y este trabajo, unido a los esfuerzos de todos los hombres de buena voluntad, da ciertamente sus frutos. Sin embargo, siempre nos perturban los conflictos bélicos que estallan de vez en cuando. ¡Cuánto agrada al Señor cuando se consigue con intervención directa, el evitar alguno, como por ejemplo la tensión que amenazaba el año pasado a Argentina y Chile! Y cuánto deseo también que la crisis del Oriente Medio pueda acercarse a una solución.

Mientras estoy dispuesto a valorar positivamente todo paso o intento concreto que se dé para la solución del conflicto, recuerdo que ello no tendría ningún valor si no representara ciertamente la «primera piedra» de una paz general y global en la región. Una paz que, no pudiendo menos de fundamentarse sobre el justo reconocimiento de los derechos de todos, ha de incluir la consideración y la justa solución del problema palestino. Con éste está relacionado también el de la tranquilidad, de la independencía y la integridad territorial del Líbano, dentro de la fórmula que ha sido ejemplo de pacífica y mutuamente fructuosa coexistencia de comunidades distintas y que deseo se mantenga en el interés común, aunque con los acomodamientos exigidos por el desarrollo de la situación. Hago votos además por un estatuto especial que, bajo

garantías internacionales —como ya indicó mi predecesor Pablo VI— asegure el respeto de la naturaleza singular de Jerusalén, patrimonio sagrado para la veneración de millones de creyentes de las tres grandes religiones monoteístas, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo.

No menos me perturban las informaciones sobre el desarrollo de los armamentos, que sobrepasan los medios y dimensiones de lucha y de destrucción jamás conocidos hasta ahora. También en este campo quiero alentar las decisiones y los acuerdos que tienden a frenar su carrera. Sin embargo, la amenaza de la destrucción, el riesgo que aflora incluso en la aceptación de ciertas informaciones «tranquilizadoras», pesan gravemente sobre la vida de la humanidad actual. También el resistir a propuestas concretas y efectivas de un desarme real —como las que esta Asamblea ha pedido, el año pasado, en una sesión especial— atestiguan que, junto a la voluntad de paz declarada por todos y deseada por los más, coexiste, quizás escondido, quizás hipotético, pero real, lo contrario y su negación. Los continuos *preparativos para la guerra*, como lo prueba la producción de armas cada vez más numerosas, más potentes y más sofisticadas en varios países, atestiguan que se quiere estar preparados para la guerra, y *estar preparados* quiere decir estar *en condiciones de provocarla*. Quiere decir también correr el riesgo de que en cualquier momento, en cualquier parte, de cualquier modo, se puede poner en movimiento el terrible mecanismo de destrucción general.

11. Por esto es necesario un continuo, más aún, un esfuerzo cada vez más enérgico que tienda a liquidar las mismas posibilidades de provocación de la guerra, para hacer imposibles los cataclismos, actuando sobre las actitudes, las convicciones, las mismas intenciones y aspiraciones de los Gobiernos y de los pueblos. Esta tarea, siempre presente en la Organización de las Naciones Unidas y en cada una de sus instituciones, no puede menos de serlo de cada sociedad, de cada régimen, de cada Gobierno. A este objetivo sirve ciertamente cada iniciativa que tenga como fin la cooperación internacional en promover el «desarrollo». Como dijo Pablo VI, al final de su Encíclica *Populorum progressio*: «Si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, ¿quién no querrá cooperar con todas sus fuerzas?». Sin embargo a este objetivo debe servir también una constante reflexión y actividad que *tienda a descubrir las raíces mismas del odio*, de la destrucción, del desprecio, de todo lo que hace nacer la tentación de la guerra, no tanto en el corazón de las naciones, como en la determinación interior de los sistemas que son responsables de la historia de sociedades enteras. En este trabajo titánico —verdadero trabajo de construcción de un futuro pacífico para nuestro planeta—, la Organización de las Naciones Unidas tiene indudablemente una tarea clave y un papel orientador, en la que no puede menos de referirse a los justos ideales contenidos en la Declaración universal de los Derechos del Hombre. Esta Declaración ha afectado realmente a las múltiples y profundas raíces de la guerra, porque el espíritu de guerra, en su significado primitivo y fundamental, *brotó y maduró allí donde son violados los derechos inalienables del hombre*.

Esta es una nueva perspectiva, profundamente actual, más profunda y más radical, de la causa de la paz. Es una perspectiva que ve la génesis de la guerra y, en cierto sentido su contenido en las formas más complejas que derivan de la injusticia, considerada bajo todos sus distintos aspectos; esta injusticia atenta primeramente contra los derechos del hombre y por esto corta la armonía del orden social, repercutiendo a continuación en todo el sistema de las relaciones internacionales. La Encíclica de Juan XIII *Pacem in terris*, sintetiza, en el pensamiento de la Iglesia, el juicio más cercano a los fundamentos ideológicos de la Organización de las Naciones Unidas. Conviene, por consiguiente, basarse

y atenerse a ello, con perseverancia y lealtad, para establecer la verdadera «paz sobre la tierra».

12. Aplicando este criterio, debemos examinar diligentemente *cuáles son las principales tensiones* vinculadas a los derechos inalienables del hombre que pueden hacer vacilar la construcción de esta paz, que todos deseamos ardientemente y que es también el fin esencial de los esfuerzos de la Organización de las Naciones Unidas. No es fácil, pero es indispensable. Al emprender esta tarea cada uno debe situarse en una postura totalmente objetiva, dejarse guiar por la sinceridad, por la disponibilidad a reconocer los propios prejuicios o errores, e incluso por la disponibilidad a renunciar a intereses particulares, incluso los políticos. En efecto, la paz es un bien superior y más importante que todos ellos. Sacrificando estos intereses a la causa de la paz, los servimos de modo más justo. ¿Puede hacerse jamás una guerra por el interés político de alguien?

Todo análisis debe partir siempre necesariamente de las mismas premisas: que todo ser humano posee una dignidad que, no obstante la persona exista siempre dentro de un contexto social e histórico concreto, no podrá jamás ser disminuida, violada o destruida, sino que al contrario, deberá ser respetada y protegida si se quiere realmente construir la paz.

13. La Declaración universal de los Derechos del Hombre y los instrumentos jurídicos, tanto a nivel internacional como nacional, en un movimiento que es de desear progresivo y continuo, tratan de crear una conciencia general de la dignidad del hombre y definir al menos algunos de los derechos inalienables del hombre. Séame permitido enumerar algunos entre los más importantes, que son universalmente reconocidos: el derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona; el derecho a los alimentos, al vestido, a la vivienda, a la salud, al descanso y al ocio; el derecho a la libertad de expresión, a la educación y a la cultura; el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, y el derecho a manifestar la propia religión, individualmente o en común, tanto en privado como en público; el derecho a elegir estado de vida, a fundar una familia y a gozar de todas las condiciones necesarias para la vida familiar; el derecho a la propiedad y al trabajo, a condiciones equitativas de trabajo y a un salario justo; el derecho de reunión y de asociación; el derecho a la libertad de movimiento y a la emigración interna y externa; el derecho a la nacionalidad y a la residencia; el derecho a la participación política y el derecho a participar en la libre elección del sistema político del pueblo a que se pertenece. El conjunto de los derechos del hombre corresponde a la sustancia de la dignidad del ser humano, entendido integralmente, y no reducido a una sola dimensión; se refieren a la satisfacción de las necesidades esenciales del hombre, al ejercicio de sus libertades, a sus relaciones con otras personas; pero se refieren también, siempre y dondequiera que sea, al hombre, a su plena dimensión humana.

14. El hombre vive contemporáneamente en el mundo de los valores materiales y en el de los valores espirituales. Para el hombre concreto que vive y espera, las necesidades, las libertades y las relaciones con los demás no corresponden nunca únicamente a la una o a la otra esfera de valores, sino que pertenecen a ambas esferas. Es lícito considerar separadamente los bienes materiales y los bienes espirituales para comprender mejor que en el hombre concreto son inseparables y para ver además que toda amenaza a los derechos humanos, bien sea en el ámbito de los bienes materiales, bien sea en el de los bienes espirituales, es igualmente peligrosa para la paz, porque afecta siempre al hombre en su integridad. Mis ilustres interlocutores me permitirán recordar una regla constante de la historia del hombre, ya contenida implícitamente en

todo lo que se ha dicho a propósito de los derechos y del desarrollo integral del hombre. Esta regla está basada en la relación existente entre los valores espirituales y materiales o económicos. En esta relación, la primacía corresponde a los valores espirituales, en consideración de la naturaleza misma de estos valores, así como por motivos relacionados con el bien del hombre. La primacía de los valores del espíritu define el significado propio y el modo de servirse de los bienes terrenos y materiales, y se sitúa por esto mismo en la base de la paz justa. Tal primacía de los valores espirituales influye por otra parte en lograr que el desarrollo material, técnico y cultural, estén al servicio de lo que constituye al hombre, es decir, que le permitan el pleno acceso a la verdad, al desarrollo moral, a la total posibilidad de gozar los bienes de la cultura que hemos heredado y a multiplicar tales bienes mediante nuestra creatividad. Sí, es fácil constatar que los bienes materiales tienen una capacidad, ciertamente no ilimitada, de satisfacer las necesidades del hombre; en sí mismos, no pueden ser distribuidos fácilmente y, en relación con los que los poseen y disfrutan por una parte y los que están privados por otra, provocan tensiones, disidencias, divisiones que pueden llegar en ocasiones a la lucha abierta. En cambio, los bienes espirituales pueden ser gozados contemporáneamente por muchos, sin limitaciones y sin disminución del bien mismo. Es más, cuanto más grande es el número de hombres que participan en un bien, tanto más se goza y se disfruta de él, tanto más ese bien demuestra su valor indestructible e inmortal. Esta es una realidad confirmada, por ejemplo, por las obras de la creatividad, es decir, del pensamiento, la poesía, la música, las artes figurativas, frutos del espíritu del hombre.

15. Un análisis crítico de nuestra civilización contemporánea demuestra que ella, sobre todo durante el último siglo, ha contribuido, como nunca lo había hecho anteriormente, al desarrollo de los bienes materiales, pero ha engendrado también, en teoría y más aún en la práctica, una serie de actitudes que, en medida más o menos relevante, *han hecho disminuir la sensibilidad por la dimensión espiritual de la existencia humana*; y esto, a causa de ciertas premisas, que han vinculado prevalentemente el sentido de la vida humana a múltiples condicionamientos materiales y económicos, es decir, a las exigencias de la producción, del mercado, del consumo, de la acumulación de riquezas, o de la burocratización con que se trata de organizar los correspondientes procesos. Y esto, ¿no es fruto también de haber subordinado el hombre a una sola concepción y esfera de valores?

16. ¿Qué vinculación tiene esta nuestra consideración con la causa de la paz y de la guerra? Dado que, como hemos dicho ya anteriormente, los bienes materiales, por su misma naturaleza, son origen de condicionamientos y de divisiones, la lucha por conquistarlos *se hace inevitable en la historia del hombre*. Cultivando esta unilateral subordinación humana a los solos bienes materiales no seremos capaces de *superar tal estado de necesidad*. Podremos atenuarlo, evitarlo en un caso particular, pero no lograremos eliminarlo de manera sistemática y radical, si no ponemos en claro y no cultivamos más ampliamente, a los ojos de todo hombre y en la perspectiva de todas las sociedades, la *segunda dimensión de los bienes*: la dimensión que no divide a los hombres, sino que los hace comunicar entre sí, los asocia y los une.

Recordemos el famoso prólogo de la Carta de las Naciones Unidas, en el que los pueblos de las Naciones Unidas, «decididos a salvar las futuras generaciones del azote de la guerra», afirmaban solemnemente «la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y en el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de los hombres y de las mujeres, y de las naciones

grandes y pequeñas»: considero que este texto trata de poner en evidencia la dimensión de la que acaba de hablar.

En efecto, no se puede combatir los gérmenes de las guerras de manera solamente superficial, «sintomática». Hay que hacerlo de modo radical, remontándose hasta las causas. Si me he permitido llamar la atención sobre la dimensión de los bienes espirituales, lo he hecho por solicitud en favor de la causa de la paz, que se construye con la unión de los hombres en torno a lo que es al máximo y más profundamente humano, que eleva los seres humanos por encima del mundo que los rodea y decide su indestructible grandeza: indestructible, sí, no obstante la muerte a la que está sujeto cada uno en esta tierra. Quisiera añadir que la *Iglesia católica* y, creo que puedo decir, toda la cristiandad, ven precisamente en este campo *su cometido particular*. El Concilio Vaticano II ayudó a establecer lo que la fe cristiana tiene en común, en esta aspiración, con las diversas religiones no cristianas. La Iglesia está pues agradecida a todos aquellos que, con respecto a esta misión suya, se comportan con respeto y benevolencia, y no la obstaculizan o la hacen difícil. El análisis de la historia del hombre, especialmente en su época actual, demuestra cuán relevante es el deber de velar más plenamente por el alcance de estos bienes a los que corresponde la dimensión espiritual de la existencia humana. Demuestra cuán importante es este cometido para la construcción de la paz y cuán grave es toda amenaza contra los derechos del hombre. Su violación, incluso en condiciones «de paz», es una forma de guerra contra el hombre. Parece que existen dos amenazas principales en el mundo contemporáneo que afectan una y otra a los derechos del hombre en el ámbito de las relaciones internacionales, y dentro de los Estados o sociedades en particular.

17. El primer tipo de amenaza sistemática contra los derechos del hombre está ligado en un sentido global a la distribución de los bienes materiales, tantas veces injusta, bien sea en las sociedades concretas, bien en el mundo entero. Es sabido que estos bienes son dados al hombre no sólo como riquezas de la naturaleza, sino que en su mayor parte son gozados por él como fruto de su múltiple actividad, desde el más sencillo trabajo manual y físico hasta las formas más complejas de la producción industrial y las investigaciones y estudios de especializaciones altamente cualificadas. Tantas *formas de desigualdad en la posesión* de los bienes materiales y en su disfrute, se explican muchas veces por diversas causas y circunstancias de naturaleza histórica y cultural. Pero tales circunstancias, si acaso pueden disminuir la responsabilidad moral de los contemporáneos, no impiden que las situaciones de desigualdad están marcadas por la injusticia y el daño social.

Hay que tomar pues conciencia de que las tensiones económicas existen en cada país, en las relaciones entre los Estados e incluso entre continentes enteros, llevan en sí elementos sustanciales que limitan o violan los derechos del hombre, como por ejemplo, la explotación en el trabajo y múltiples abusos contra la dignidad del hombre. Se sigue de ahí que el criterio fundamental, según el cual se puede establecer una confrontación entre los sistemas socio-económico-políticos no es, y *no puede ser*, el criterio de naturaleza hegemónica imperialista, sino que puede ser, es más, debe ser, el de *naturaleza humanística*, es decir, la verdadera capacidad de cada uno de reducir, frenar y eliminar al máximo las diversas formas de explotación del hombre y asegurarle, mediante el trabajo, no sólo la justa distribución de los bienes materiales indispensables, sino también una participación que corresponda a su dignidad, a todo el proceso de producción y a la misma vida social que en torno a este proceso se va formando. No olvidemos que el hombre, por más que dependa de los recursos del mundo material para vivir, no puede ser esclavo suyo, sino señor.

Las palabras del libro del Génesis: «Llenad la tierra y sometedla» (Gén. 1, 28), constituyen en cierto sentido una directriz primordial y esencial en el campo de la economía y de la política del trabajo.

18. Ciertamente en este campo la humanidad entera y cada una de las naciones han hecho en el último siglo un notable progreso. Pero no faltan nunca en este campo las amenazas sistemáticas y las violaciones de los derechos del hombre. Subsisten a veces como factores de perturbación las *terribles* diferencias entre los hombres y los grupos excesivamente ricos por una parte, y por otra *la mayoría numérica* de los pobres e incluso de los *miserables*, privados de alimentos, de posibilidades de trabajo y de instrucción, condenados en gran número al hambre y a las enfermedades. Una cierta preocupación ha surgido a veces por una radical separación del trabajo y de la propiedad, es decir, por la indiferencia del hombre frente a la empresa de producción, a la que lo une únicamente una obligación de trabajo, sin el convencimiento de trabajar por un bien suyo o por sí mismo.

Es comúnmente sabido que el abismo entre la mayoría de los excesivamente ricos y la multitud de los miserables es un síntoma muy grave en la vida de toda sociedad. Lo mismo hay que repetir, con mayor insistencia, a propósito del abismo que divide a los países y regiones del globo terrestre. ¿Podrá ser colmada esa grave disparidad, que contrapone áreas de saciedad a áreas de hambre y depresión, si no es mediante una cooperación coordinada de todas las naciones? Para esto, se hace necesaria ante todo una unión inspirada en una auténtica perspectiva de paz. Pero todo dependerá del hecho de que esos des-niveles y contrastes en el ámbito de la «posesión» de los bienes sean reducidos sistemáticamente y con medios verdaderamente eficaces; de que desaparezcan del mapa económico de nuestro globo las zonas del hambre, de la desnutrición, de la miseria, del subdesarrollo, de la enfermedad, del analfabetismo; y de que la cooperación pacífica no ponga condiciones de explotación, de dependencia económica o política que serían solamente una forma de neocolonialismo.

19. Quisiera ahora llamar la atención sobre la segunda *clase de amenaza* sistemática, de que es objeto en el mundo contemporáneo el hombre en sus derechos intangibles, y que constituye no menos que la primera un peligro para la causa de la paz, es decir, las diversas formas de injusticia en el campo del espíritu.

En efecto, se puede herir al hombre en su interior relación a la verdad, en su conciencia, en sus convicciones más personales, en su concepción del mundo, en su fe religiosa, así como en la esfera de las llamadas libertades civiles, en las que es decisiva la igualdad de derechos sin discriminación por razones de origen, raza, sexo, nacionalidad, confesión, convicciones políticas o semejantes. La igualdad de derechos quiere decir exclusión de las diversas formas de privilegio para unos y de discriminación para otros, bien sean individuos nacidos en una misma nación, bien sean hombres de diversa historia, nacionalidad, raza o cultura. El esfuerzo de la civilización desde hace siglos tiende hacia un objetivo: dar a la vida de cada comunidad política una forma en la que *puedan ser plenamente garantizados los derechos objetivos del espíritu, de la conciencia humana, de la creatividad humana, incluida la relación del hombre con Dios*. Y sin embargo, seguimos siendo testigos de las amenazas y violaciones que reaparecen en este campo, a veces sin posibilidad de recursos e instancias superiores o de remedios eficaces.

Junto con la acepción de fórmulas legales que garantizan como principio las libertades del espíritu humano, por ejemplo, la libertad de pensamiento, de expresión, la libertad religiosa, la libertad de conciencia, existe a veces una

estructuración de la vida social donde el ejercicio de estas libertades condena al hombre, si no en el sentido formal, al menos de hecho, a ser un ciudadano de segunda o de tercera categoría, a ver comprometidas las propias posibilidades de promoción social, de carrera profesional o de acceso a ciertas responsabilidades, y a perder incluso la posibilidad de educar libremente a los propios hijos. Es cuestión de máxima importancia que en la vida social interna, lo mismo que en la internacional, *todos los hombres* de cada nación y país, *en cualquier clase de régimen y sistema político*, puedan gozar de una efectiva plenitud de derechos.

Solamente tal efectiva plenitud de derechos, garantiza a todo hombre sin discriminaciones y puede asegurar la paz en sus mismas raíces.

20. Por lo que se refiere a la libertad religiosa que a mí, como Papa, no puede menos de interesarme de modo particular, incluso en relación precisamente con la salvaguardia de la paz, quisiera recordar aquí, como contribución al respeto de la dimensión espiritual del hombre, algunos principios contenidos en la Declaración *Dignitatis humanae*, del Concilio Vaticano II:

«Por razón de su dignidad, todos los hombres, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre y, por tanto, enaltecidos con una responsabilidad personal, son impulsados por su propia naturaleza a buscar la verdad y además tienen la obligación moral de buscarla, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad» (*Dignitatis humanae*, I, 2).

«Porque el ejercicio de la religión, por su propia índole, consiste ante todo en los actos internos voluntarios y libres, con los que el hombre se ordena directamente a Dios; actos de este género no pueden ser mandados ni prohibidos por un poder meramente humano. Y la misma naturaleza social del hombre exige que éste manifieste externamente los actos internos de la religión, que se comunique con otros en materia religiosa, que profese su religión de forma comunitaria» (*Dignitatis humanae*, I, 3).

Estas palabras tocan la sustancia del problema. Demuestran también de qué modo la misma *confrontación entre la concepción religiosa* del mundo y la agnóstica o incluso atea, que es uno de los «signos de los tiempos» de nuestra época, podría conservar leales y respetuosas dimensiones humanas sin violar los esenciales derechos de la conciencia de ningún hombre o mujer que viven en la tierra.

El mismo respeto de la dignidad de la persona humana parece pedir que cuando sea discutido o establecido, a la vista de las leyes nacionales o de convenciones internacionales, el justo sentido de la libertad religiosa, sean consultadas también las instituciones, que por su naturaleza sirven a la vida religiosa. Si se omite esa participación, se corre el riesgo de imponer unas normas o restricciones en un campo tan íntimo de la vida del hombre, que son contrarias a sus verdaderas necesidades religiosas.

21. La Organización de las Naciones Unidas ha proclamado *el año 1979 «Año del Niño»*. Deseo, pues, en presencia de los Representantes de tantas naciones del globo aquí reunidos expresar el gozo que para cada uno de nosotros constituyen los niños, primavera de la vida, anticipo de la historia futura de cada una de las patrias terrestres actuales. Ningún país del mundo, ningún sistema político puede pensar en el propio futuro de modo diverso, si no es a través de la imagen de estas nuevas generaciones que tomarán de sus padres el múltiple patrimonio de los valores, de los deberes, de las aspiraciones, de la nación a la que pertenecen, junto con el de toda la familia humana. La solicitud por el niño, incluso antes de su nacimiento, desde el primer momento

de su concepción y, a continuación, en los años de la infancia y de la juventud es la verificación primera y fundamental de la relación del hombre con el hombre.

Y por esto, ¿qué más se podría desear a cada nación y a toda la humanidad, a todos los niños del mundo si no un *futuro mejor* en el que el respeto de los derechos del hombre llegue a ser una realidad plena en las dimensiones del dos mil que se acerca?

22. Pero en esta perspectiva debemos preguntarnos si continuará acumulándose sobre la cabeza de esta nueva generación de niños la amenaza de un exterminio común, cuyos medios se encuentran en las manos de los Estados contemporáneos, y especialmente de las mayores potencias de la tierra. *¿Acaso deberán heredar de nosotros*, como un patrimonio indispensable, *la carrera de armamentos*? ¿Cómo podemos explicar esta carrera desenfrenada? Los antiguos solían decir: «*Si vis pacem, para bellum*»: Si quieres la paz, prepara la guerra». Pero nuestra época, ¿puede creer todavía que la vertiginosa espiral de los armamentos sirva a la paz en el mundo? Alegando la amenaza de un enemigo potencial se piensa, en cambio, en guardarse a su vez un medio de amenaza para obtener la prevalencia con la ayuda del propio arsenal de destrucción. Incluso aquí está la dimensión humana de la paz que tiende a desaparecer *en favor de eventuales imperialismos siempre nuevos*.

Es necesario pues desear aquí, de manera solemne, a nuestros niños, a los niños de todas las naciones de la tierra, que no se llegue nunca a ese punto. Y por esto no ceso de suplicar cada día a Dios que nos preserve, con su misericordia, de semejante día terrible.

23. Al final de este discurso, deseo expresar una vez más ante todos los altos Representantes de los Estados aquí presentes, un sentimiento de estima y de profundo amor por todos los pueblos, por todas las naciones de la tierra, por todas las comunidades de hombres. Cada una de ellas tiene su propia historia y cultura: hago votos para que puedan vivir y desarrollarse en la libertad y en la verdad de la propia historia, ya que ésta es la medida del bien común de cada una de ellas. Hago votos para que cada uno *pueda vivir y fortificarse con la fuerza moral de esta comunidad*, que forma a sus miembros como ciudadanos. Hago votos para que las autoridades estatales respeten los justos derechos de cada ciudadano y puedan gozar, por el bien común, de la confianza de todos. Hago votos para que todas las naciones, incluso las más pequeñas, incluso aquellas que todavía no gozan de la plena soberanía y aquellas a las que se les ha quitado por la fuerza, puedan encontrarse en plena igualdad con las otras en la Organización de las Naciones Unidas. Hago votos para que la organización de las Naciones Unidas permanezca siempre como el foro supremo de la paz y de la justicia: auténtica sede de la libertad de los pueblos y de los hombres en su aspiración a un futuro mejor.

HOMILIA DE JUAN PABLO II, DEL 3-X-1979, EN EL LOGAN CIRCLE, FILADELFIA

[...] 4. ¿Cómo puede entonces el cristiano, hombre o mujer, inspirado y guiado por el misterio de la Encarnación y Redención de Cristo, fortalecer sus propios valores y los incorporados a la herencia de esta nación? La respuesta

a esta pregunta, para ser completa, debería ser larga. Permitidme, sin embargo, tocar sólo algunos de los puntos más importantes. Estos valores son fortalecidos: cuando poder y autoridad se ejercitan en el total respeto a todos los derechos fundamentales de la persona humana, cuya dignidad es la de quien ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cfr. *Gén.* 1, 26); cuando la libertad es aceptada no como un fin absoluto en sí mismo, sino como un don que hace posible la autodonación y el servicio; cuando la familia es protegida y robustecida, cuando su unidad es preservada, y cuando se reconoce y respeta su papel de célula básica de la sociedad. Son cultivados los valores humano-cristianos cuando todos los esfuerzos van dirigidos a que ningún niño del mundo deba enfrentarse a la muerte por falta de alimento, o deba hacer frente a un potencial intelectual y físico mermado por una nutrición deficiente, o tenga que llevar durante toda su vida los estigmas de la privación. Los valores humano-cristianos triunfan cuando no se permite la implantación de un sistema que autorice la explotación de cualquier ser humano; cuando se promueve el servicio justo y la honestidad en los funcionarios públicos; cuando la administración de la justicia es favorable e idéntica para todos; cuando se hace un uso responsable de los recursos materiales y energéticos del mundo (recursos que deben ser para provecho de todos); cuando el medio ambiente se conserva intacto para las futuras generaciones. Los valores humano-cristianos triunfan cuando consideraciones de tipo político y económico se subordinan a la dignidad humana, cuando se las orienta a servir a la causa del hombre, de toda persona creada por Dios, de todo hermano y hermana redimidos por Cristo.

5. He mencionado la Declaración de la Independencia y la *Liberty Bell*, dos monumentos que ejemplifican el espíritu de libertad sobre el que se asienta este país. Vuestra vinculación a la libertad forma parte de vuestra herencia. Cuando la *Liberty Bell* (Campana de la Libertad) sonó por vez primera en 1776, fue para anunciar la liberación de vuestra nación, el comienzo de la búsqueda de un destino común, libre de toda coacción externa. Este principio de libertad es capital en el orden político y social, en las relaciones entre Gobierno y pueblo, y entre individuo e individuo. Sin embargo, la vida humana se vive también, en otro orden de la realidad; en el orden de su relación con lo que es objetivamente verdadero y moralmente bueno. De este modo, la libertad adquiere un significado más profundo al referirse a la persona humana. En primer lugar, concierne a la relación del hombre consigo mismo. Toda persona humana, dotada de razón, es libre cuando es dueña de sus propias acciones, cuando es capaz de escoger el bien que está en conformidad con la razón, y, por consiguiente, con su propia dignidad humana.

La libertad nunca puede permitir una ofensa contra los derechos de los demás, y uno de los derechos fundamentales del hombre es el derecho a dar culto a Dios. En la Declaración sobre la Libertad religiosa, el Concilio Vaticano II afirmaba que «esta exigencia de libertad en la sociedad humana mira sobre todo a los bienes del espíritu humano, principalmente a aquellos que se refieren al libre ejercicio de la religión en la sociedad... Ahora bien, como la libertad religiosa que los hombres exigen para el cumplimiento de su obligación de rendir culto a Dios se refiere a la inmunidad de coacción en la sociedad civil, deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo» (*Dignitatis humanae*, 1).

6. Cristo mismo vinculó libertad con conocimiento de la verdad. «Conoceréis la verdad, y la verdad os librará» (*Jn.* 8, 32). En mi primera Encíclica, escribí a este respecto: «Estas palabras encierran una exigencia fundamental

y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo» (*Redemptor hominis*, 12).

La libertad, por tanto, nunca puede construirse sin relación a la verdad, tal como fue revelada por Cristo y propuesta por su Iglesia, ni puede servir de pretexto para una anarquía moral, porque todo orden moral debe permanecer unido a la verdad. San Pedro, en su primera Carta, dice: «Vivid como hombres libres y no como quien tiene la libertad cual cobertura de la maldad» (1 Pe. 2, 16). No puede haber libertad cuando va dirigida contra un hombre en aquello que él es, o contra un hombre en su relación con los otros y con Dios.

Esto es especialmente relevante cuando uno considera el ámbito de la sexualidad humana. Aquí, como en cualquier otro campo, no puede haber auténtica libertad si no se respeta la verdad referente a la naturaleza de la sexualidad humana y del matrimonio. En la sociedad actual, observamos cantidad de tendencias perturbadoras y un gran laxismo por lo que respecta a la visión cristiana de la sexualidad; y todo ello con algo en común: recurrir al concepto de libertad para justificar todo tipo de conducta que ya no está en consonancia con el verdadero orden moral y con la enseñanza de la Iglesia. Las normas morales no luchan contra la libertad de la persona o de la pareja; por el contrario, existen precisamente de cara a esa libertad, toda vez que se dan para asegurar el recto uso de la libertad. Quienquiera que rehúse aceptar estas normas y actuar en consonancia con ellas, quienquiera (hombre o mujer) que trate de liberarse de estas normas, no es verdaderamente libre. Libre, en realidad, es la persona que modela su conducta responsablemente conforme a las exigencias del bien objetivo. Lo que he dicho aquí se refiere a la totalidad de la moralidad conyugal, pero puede aplicarse también a los sacerdotes por lo que respecta a las obligaciones de su celibato. La cohesión de libertad y ética tiene también sus consecuencias respecto a la consecución del bien común en la sociedad y a la independencia nacional proclamada por la *Liberty Bell* hace doscientos años. [...]

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 6-X-1979, AL PRESIDENTE CARTER EN LA CASA BLANCA, WASHINGTON

Señor Presidente:

Me siento muy honrado de haber tenido, en respuesta a su amable invitación, la oportunidad de reunirme con usted; porque, debido a su función de Presidente de los Estados Unidos de América, usted representa ante el mundo a toda la nación americana y tiene la inmensa responsabilidad de guiar a esta nación por los senderos de la justicia y de la paz. Os agradezco públicamente este encuentro, y lo agradezco asimismo a cuantos han contribuido a su realización. Deseo también reiterar aquí mi más profunda gratitud por el caluroso recibimiento y la exquisita amabilidad de que he sido objeto, por parte del pueblo americano, durante mi viaje pastoral a lo largo de su hermoso país Señor Presidente:

Al responder a las amables palabras que me habéis dirigido, me tomo la libertad de empezar con el pasaje del Profeta Miqueas que usted citó en su toma de posesión: «¡Oh hombre!, bien se te ha declarado lo que es bueno y lo que de ti pide Yavé: hacer justicia, amar el bien y caminar en la presencia de tu Dios» (*Miq.* 6, 8). Al recordar estas palabras, quiero saludarle a usted y a todas las autoridades de cada uno de los Estados y de la nación que se han comprometido en pro del bien de los ciudadanos. En realidad, no existe otro modo de ponerse al servicio de la persona humana más que el de procurar el bien de todo hombre y mujer en el despliegue de sus compromisos y actividades. La autoridad en la comunidad política se basa en el principio ético objetivo de que el deber básico del poder lo constituye la solicitud por el bien común de la sociedad, y de que está al servicio de los derechos inviolables de la persona humana. Los individuos, las familias y los diferentes grupos que componen la comunidad cívica son conscientes de que, por sí mismos, son incapaces de realizar por completo todas sus posibilidades humanas; y, por consiguiente, son capaces de captar las condiciones necesarias que deben darse en una comunidad más amplia para una siempre mejor consecución del bien común.

Deseo alabar a las autoridades públicas y a todo el pueblo de los Estados Unidos por haber reservado un lugar destacado, desde los mismos cimientos de la existencia de esta nación, a algunos de los más importantes asuntos relacionados con el bien común. Hace tres años, durante la celebración del bicentenario, en el que tuve la fortuna de participar como arzobispo de Cracovia, vimos todos con claridad que uno de los principios básicos que rigen la vida de esta comunidad es el interés por todo lo humano y lo espiritual. Es superfluo añadir que el respeto a la libertad y a la dignidad del individuo, cualesquiera sean su origen, raza, sexo o credo, ha sido un estimado principio del credo civil de América, y que se ha visto apoyado con denuedo por diferentes decisiones y acciones.

Señor Presidente, señoras y caballeros:

Conozco y aprecio los esfuerzos de este país por la limitación de armas, especialmente de las nucleares. Todos somos conscientes del terrible riesgo que la reserva de tales armas acarrea a la humanidad. Toda vez que es una de las naciones más grandes de la tierra, los Estados Unidos juegan un papel particularmente importante en la búsqueda de una mayor seguridad en el mundo y de una mayor cercanía en la colaboración internacional. Espero de todo corazón que no se remitirán los esfuerzos tanto para reducir el riesgo de una fatal y desastrosa conflagración mundial, como para asegurar una prudente y progresiva reducción de la capacidad destructiva de los arsenales militares. Al mismo tiempo, y por motivos de su especial posición, espero que los Estados Unidos consigan influir en otras naciones para que se unan en un continuado compromiso de cara al desarme. ¿Cómo puede una nación servir con eficacia a la humanidad (cuyo deseo más profundo es el de la verdadera paz), sino aceptando de todo corazón tal compromiso?

La vinculación a los valores humanos y a los intereses éticos, que ha constituido la señal distintiva del pueblo americano, debe ser situada, especialmente en el contexto actual de la creciente interdependencia de los pueblos a lo largo y lo ancho del globo, en el marco de la concepción de que el bien común de la sociedad abarca no sólo a la nación individual a la que uno pertenece, sino a los ciudadanos de todo el mundo. Quiero animar todo tipo de acción que vaya dirigida a reforzar la paz mundial, una vez basada en la libertad y la justicia, en la caridad y la verdad. Las relaciones actuales entre los pueblos

y entre las naciones exigen el establecimiento de una mayor cooperación internacional también en el campo económico. Cuanto más poderosa es una nación, tanto mayor resulta su responsabilidad internacional, tanto mayor debe ser su compromiso de cara a la mejora de la suerte de aquellas personas que ven su humanidad constantemente amenazada por la carencia y la necesidad. Es mi ferviente esperanza que todas las naciones poderosas de la tierra sean cada vez más conscientes del principio de la solidaridad humana en la única y gran familia humana. América, que en las décadas pasadas ha demostrado bondad y generosidad al proveer de alimentos en orden a aliviar el hambre del mundo, será capaz, estoy seguro, de igualar esa generosidad con una contribución también convincente al establecimiento del orden mundial, que creará las condiciones económicas y comerciales necesarias para una más justa relación entre todas las naciones del mundo, respetando su dignidad y su propia personalidad. Toda vez que hay gente que sufre debido a las desigualdades internacionales, no puede dejarse a un lado el asunto de la consecución de la solidaridad internacional, aunque esto lleve consigo un cambio notable en las actitudes y estilos de vida de quienes han sido bendecidos con una mayor participación en los bienes de la tierra.

Señor Presidente, señoras y caballeros:

Al tocar el tema del bien común, que encarna la aspiración de todos los seres humanos al pleno desarrollo de sus capacidades y a la justa protección de sus derechos, he mencionado áreas en las que la Iglesia que yo represento y la comunidad política que integra el Estado comparten intereses comunes: la salvaguardia de la dignidad de la persona humana y la búsqueda de la justicia y la paz. En sus propias esferas, la comunidad política y la Iglesia son mutuamente independientes y autogobernantes. Sin embargo, bajo diferentes aspectos, cada una de ellas está al servicio de la vocación personal y social de los mismos seres humanos.

Por su parte, la Iglesia católica proseguirá sus esfuerzos por cooperar en la promoción de la justicia, la paz y la dignidad a través del compromiso de sus líderes y de los miembros de sus comunidades, y mediante su incesante proclamación de que todos los seres humanos son creados a imagen y semejanza de Dios, y de que son hermanos y hermanas, hijos de un único Padre celestial.

Que Dios Todopoderoso bendiga y mantenga a América en la búsqueda de la plenitud de libertad, justicia y paz.

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 6-X-1979, A LA O.E.A. EN WASHINGTON

Señor Presidente,
Señor Secretario general,
Señoras y señores:

1. Es para mí motivo de gran placer tener esta oportunidad de saludar a todos los distinguidos representantes de las distintas naciones miembros de la Organización de Estados Americanos. Mi sincero agradecimiento va a usted,

Señor Presidente, por las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido. Agradezco también al Secretario General su amable invitación a visitar la sede general de la más antigua entre las Organizaciones regionales internacionales. Es, pues, justo que, después de mi visita a la Organización de las Naciones Unidas, sea la Organización de los Estados Americanos la primera entre las muchas organizaciones y agencias intergubernamentales a la que tengo el privilegio de dirigir un mensaje de paz y de amistad.

La Santa Sede sigue con sumo interés y, puedo decir, con especial atención, los acontecimientos y cambios que afectan al bienestar de los pueblos de las Américas. Por eso se sintió muy honrada cuando fue invitada a enviar el propio Observador permanente a esta Institución, invitación hecha, el pasado año, por decisión unánime de la Asamblea General. La Santa Sede ve en organizaciones regionales, como la vuestra, estructuras intermedias que promueven una mayor diversidad y vitalidad interna, en una determinada área, dentro de la comunidad global de naciones. El hecho de que el continente americano cuente con una Organización encargada de asegurar una continuidad mayor en el diálogo entre los Gobiernos, de promover la paz, de favorecer el pleno desarrollo en la solidaridad y de proteger al hombre, su dignidad y sus derechos, es un factor que beneficia a toda la familia humana. El Evangelio y el cristianismo han entrado de lleno en vuestra historia y en vuestras culturas. Yo quisiera partir de esta tradición común, con el objeto de presentaros algunas reflexiones, con absoluto respeto a vuestras convicciones personales y a vuestra propia competencia, a fin de dar a vuestros esfuerzos una contribución original en un espíritu de servicio.

2. La paz es un don precioso que vosotros tratáis de preservar para vuestros pueblos. Estáis de acuerdo conmigo en que no es acumulando armas como se logra asegurar esta paz de forma estable. Aparte de que tal acumulación aumenta en la práctica el peligro de hacer recurso a las armas para solucionar las disputas que pueden surgir, resta considerables recursos materiales y humanos a los grandes cometidos pacíficos del desarrollo, que son tan urgentes. Ello podría también hacer pensar que el orden construido sobre las armas es suficiente para asegurar la paz interna en cada uno de los países.

Os pido solemnemente que hagáis todo lo que esté en vuestro poder para frenar la carrera de armamentos en este continente. No hay diferencia entre vuestros países que no puedan ser superadas pacíficamente. ¡Qué alivio sería para vuestros pueblos, cuántas oportunidades nuevas se abrirían a su progreso económico, social y cultural, y qué ejemplo tan contagioso se daría al mundo, si la difícil empresa del desarme llegase a encontrar aquí una solución realista y decidida!

3. La dolorosa experiencia de la historia de mi patria, Polonia, me ha enseñado cuán importante es la soberanía nacional cuando tiene al servicio un Estado digno de tal nombre y libre en sus decisiones; cuán importante es para la protección no sólo de los legítimos intereses materiales del pueblo, sino también de su cultura y de su alma. Vuestra Organización es una organización de Estados, fundada sobre el respeto a la absoluta soberanía nacional de cada uno, sobre la participación paritaria en las tareas comunes y sobre la solidaridad entre vuestros pueblos. La legítima exigencia por parte de los Estados de participar sobre una base de igualdad en las decisiones comunes de la Organización debe ir acompañada del deseo de promover dentro de cada país una participación cada vez más efectiva de los ciudadanos en la responsabilidad y en las decisiones de la nación a través de formas que tengan particularmente en cuenta tradiciones, dificultades y experiencias históricas.

4. De todos modos, aunque tales dificultades y experiencias pueden exigir a veces medidas excepcionales y un cierto período de maduración en la preparación de nuevos avances en la distribución de responsabilidades, ellas nunca jamás justifican un ataque a la dignidad inviolable de la persona humana y a los derechos auténticos que protegen su dignidad. Si ciertas ideologías y ciertas formas de interpretar la legítima preocupación por la seguridad nacional dieran como resultado el subyugar al Estado el hombre y sus derechos y dignidad, ellas cesarían en la misma medida, de ser humanas y sería imposible compagnarlas con un contenido cristiano sin una gran decepción. En el pesamiento de la Iglesia es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de coerción y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios. Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados, porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa; a medida que se va haciendo cada vez más rígida, mostrará síntomas de creciente debilidad y de una ruina inminente.

Sin indebidas interferencias, vuestra Organización, dentro del espíritu con que afronta todos los problemas de su competencia, puede hacer mucho en todo el continente para hacer avanzar un concepto de Estado y de su soberanía que sea realmente humano y que por ello precisamente sea la base para la legitimación de los Estados y de sus reconocidas prerrogativas para servicio del hombre.

5. ¡El hombre! El hombre es el criterio decisivo que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre —palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos humanos— quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer. Lo recobrarán solamente si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma son puestos de nuevo explícitamente al centro de todas las consideraciones. Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. Es esta persona la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta, sin vivienda y trabajo decentes, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad y sin voz para hacer oír sus angustias. A la gran causa del pleno desarrollo en la solidaridad deben dar nueva vida aquéllos que en uno u otro grado ya gozan estos bienes, para el servicio de todos aquéllos —y son todavía tantos en vuestro continente— que están privados de ellos en medida a veces dramática.

6. El desafío del desarrollo merece toda vuestra atención. También en este campo lo que vosotros logréis puede ser un ejemplo para la humanidad. Los problemas de áreas rurales y urbanas, de la industria y la agicultura y del medio ambiente, son en larga medida una tarea común. La búsqueda decidida de todo esto ayudará a difundir por el continente un sentimiento de fraternidad universal que se extiende más allá de confines y regímenes. Sin menoscabo de las responsabilidades de los Estados soberanos, descubris que es una exigencia lógica para vosotros el ocuparos de problemas, como el desempleo, emigración y comercio, en cuanto preocupación común, cuya dimensión conti-

mental pide de manera cada vez más intensa soluciones más orgánicas a escala continental. Todo lo que vosotros hacéis por la persona humana detendrá la violencia y las amenazas de subversión y desestabilización. Porque al aceptar con valentía las revisiones exigidas por «este único punto de vista fundamental que es el bien del hombre —digamos de la persona en la comunidad— y que como factor fundamental del bien común debe constituir el criterio esencial de todos los programas, sistemas, regímenes» (*Redemptor hominis*, 17), dirigís las energías de vuestros pueblos hacia la satisfacción pacífica de sus aspiraciones.

7. La Santa Sede se considerará siempre feliz de prestar su propia y desinteresada contribución a esta tarea. Las Iglesias locales de las Américas harán otro tanto dentro del marco de sus varias responsabilidades. Favoreciendo el progreso de la persona humana, de su dignidad y sus derechos, sirven a la ciudad terrena, a su cohesión y a sus legítimas autoridades. La plena libertad religiosa que ellas piden es para servir, no para oponerse a la legítima autonomía de la sociedad civil y de sus propios medios de acción. Cuanto más capaces sean los ciudadanos de ejercer habitualmente sus libertades en la vida de la nación, tanto más rápidamente las comunidades cristianas serán capaces de dedicarse a sí mismas a la tarea central de evangelización, es decir, a predicar el Evangelio de Cristo, fuente de vida, de fortaleza, de justicia y de paz.

Con oraciones fervientes por la prosperidad y la concordia, invoco sobre esta importante Asamblea, sobre los Representantes de todos los Estados miembros y sus familias, y sobre los queridos pueblos de las Américas, los favores y bendiciones mejores de Dios Todopoderoso.

Mi visita aquí, a la Sala de las Américas, y ante esta noble Asamblea que se consagra a la colaboración interamericana, quisiera expresar un deseo y una oración a la vez. Mi deseo es que ningún hombre, ninguna mujer, ningún niño de las naciones de este continente se sientan abandonados jamás por las autoridades constituidas, a las que están dispuestas a dar plena confianza en la medida en que estas autoridades procuren el bien de todos. Mi oración es para pedir que Dios Todopoderoso conceda su luz a los pueblos y gobernantes a fin de que descubran constantemente nuevas vías de colaboración para construir una sociedad fraterna y justa.

Una palabra más antes de dejaros —con gran pena, lo confieso—, después de esta primera y breve visita a vuestra venerada Organización. A principios de este año, durante mi viaje a México, tuve ya oportunidad de admirar en la población local el entusiasmo, la espontaneidad y la alegría con que viven las gentes de este continente. Estoy convencido de que tenéis que saber preservar el rico patrimonio humano y cultural de vuestros pueblos; y con éste, habéis de saber mantener también las bases indispensables del progreso verdadero que está constituido siempre y en todas partes por el respeto a la suprema dignidad del hombre.

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 7-X-1979, A LOS PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE WASHINGTON

[...] 4. Por haber sido durante muchos años profesor universitario, jamás me cansaré de insistir sobre el papel eminente de la universidad, que es el de instruir, pero también el de cuidar la investigación científica. En ambos cam-

pos, su actividad está estrechamente ligada a la más profunda y noble aspiración de la persona humana: el deseo de conocer la verdad. Ninguna universidad puede merecer la justa estima del mundo de la cultura si no aplica los más altos módulos de la investigación científica, adaptando continuamente sus métodos y sus instrumentos de trabajo, y si no se distingue por la seriedad y, consiguientemente, por la libertad de investigación. Verdad y ciencia no son conquistas gratuitas, sino el resultado de aceptar la objetividad y explorar todos los aspectos de la naturaleza y del hombre. Cada vez que el propio hombre es objeto de investigación, ningún método individual o combinación de métodos podrá desentenderse de examinar la naturaleza completa del hombre, por encima de cualquier otro aspecto puramente natural. Teniendo ante los ojos la verdad total sobre el hombre, el cristiano, en sus estudios y en sus enseñanzas, rechazará cualquier visión parcial de la realidad humana y se dejará iluminar por su fe en la creación del hombre por Dios y en la redención realizada por Cristo. [...]

HOMILIA DE JUAN PABLO II, DEL 7-X-1979, EN LA CAPITAL HALL, WASHINGTON

[...] 3. No dudo en proclamar ante vosotros y ante todo el mundo que cada vida humana —desde el momento de su concepción y durante todas sus fases siguientes— es sagrada, porque la vida humana ha sido creada a imagen y semejanza de Dios. Nada supera la grandeza o la dignidad de la persona humana. La vida humana no es sólo una idea o una abstracción. La vida humana es la realidad concreta de un ser que vive, actúa, crece y se desarrolla; la vida humana es la realidad concreta de un ser capaz de amor y de servicio a la humanidad. [...]

Para poder vivir una vida gozosa de familia se requieren sacrificios, tanto por parte de los padres como de los hijos. Cada miembro de la familia debe convertirse, de modo especial en siervo de los otros, compartiendo sus cargas. Es necesario que cada uno sea solícito no sólo por la propia vida, sino también por la de los otros miembros de la familia: por sus necesidades, esperanzas, ideales. Las decisiones respecto al número de los hijos y a los sacrificios que de ellos se derivan, no deben ser tomadas sólo con miras a aumentar las propias comodidades y asegurar una vida tranquila. Reflexionando sobre este punto ante Dios, ayudados por la gracia que procede del sacramento y guiados por las enseñanzas de la Iglesia, los padres se recordarán a sí mismos que es menor mal negar a sus hijos ciertas comodidades y ventajas materiales, que privarles de la presencia de hermanos y hermanas que podrán ayudarles a desarrollar su humanidad y realizar la belleza de la vida en cada una de sus fases y en toda su variedad.

Si los padres comprendieran plenamente las exigencias y las oportunidades que se encuentran en este sacramento grande, no dejarían de unirse a María en el himno de alabanza al autor de la vida —a Dios— que los ha elegido como colaboradores.

6. Todos los seres humanos deberían valorar la individualidad de cada una de las personas como criatura de Dios, llamada a ser hermano o hermana

de Cristo en virtud de la encarnación y redención universal. Para nosotros la sacralidad de la persona humana está fundada en estas premisas. Y sobre estas premisas se funda nuestra celebración de la vida, de toda vida humana. Esto explica nuestros esfuerzos para defender la vida humana contra cualquier influencia o acción que la pueda amenazar o debilitar, como también nuestros esfuerzos para volver cada vida más humana en todos sus aspectos.

Por lo tanto, reaccionaremos cada vez que la vida humana esté amenazada. Cuando el carácter sagrado de la vida antes del nacimiento sea atacado, nosotros reaccionaremos para proclamar que nadie tiene jamás el derecho de destruir la vida antes del nacimiento. Cuando se habla de un niño como de una carga, o se le considere como medio para satisfacer una necesidad emocional, nosotros intervendremos para insistir en que cada niño es don único e irrepetible de Dios, que tiene derecho a una familia unida en el amor. Cuando la institución del matrimonio esté abandonada al egoísmo o reducida a un acuerdo temporal y condicional que se puede rescindir fácilmente, nosotros reaccionaremos afirmando la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Cuando el valor de la familia esté amenazado por presiones sociales y económicas, nosotros reaccionaremos reafirmando que la familia es necesaria no sólo para el bien privado de cada persona, sino también para el bien común de toda sociedad, nación y Estado (Discurso en la audiencia general del 3 de enero de 1979). Cuando la libertad, pues, se utilice para dominar a los débiles, para dilapidar riquezas naturales y energía, y para negar a los hombres las necesidades esenciales, nosotros reaccionaremos para reafirmar los principios de la justicia y del amor social. Cuando a los enfermos, los ancianos y los moribundos se los deja solos, nosotros reaccionaremos proclamando que son dignos de amor, de solicitud y de respeto.

7. Hago más las palabras que Pablo VI dirigió el año pasado a los obispos americanos: «Además, estamos convencido de que los esfuerzos hechos por salvaguardar los derechos humanos actualmente son en beneficio de la misma vida. Todo lo que se propone desterrar —con leyes o acciones— la discriminación fundada en «raza, origen, color, cultura, sexo o religión» (cfr. *Octogesima adveniens*, 16), es un servicio a la vida. Cuando se atienden los derechos de las minorías, cuando los minusválidos mentales o síquicos están atendidos, cuando se concede voz a los marginados de la sociedad, en todos estos niveles quedan salvaguardadas la dignidad de la vida humana, la plenitud de la vida humana y la sacralidad de la vida humana... En particular, toda colaboración prestada para mejorar el clima moral de la sociedad, para oponerse al permisivismo y al hedonismo, y toda ayuda a la familia, que es la fuente de vidas nuevas, defiende efectivamente los valores de la vida» (26 de mayo de 1978); *Pablo VI: Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1978, pág. 209).

8. Mucho queda por hacer para poder ayudar a aquéllos cuya vida está amenazada y reavivar la esperanza de quienes tienen miedo a la vida. Se requiere valentía para resistir a las presiones y falsos eslogans, para proclamar la dignidad suprema de toda vida, y exigir que la sociedad misma la proteja. Un americano relevante, Thomas Jefferson, afirmó: «El cuidado de la vida y la felicidad humanas, y no su destrucción, es el objetivo recto y el único legítimo del buen gobierno» (31 de marzo de 1809). Por esto deseo dirigir una palabra de alabanza a todos los miembros de la Iglesia católica y de las otras Iglesias cristianas, a todos los hombres y mujeres de la herencia judío-cristiana, como también a todos los hombres de buena voluntad para que se unan en un esfuerzo común por la defensa de la vida en su plenitud y por la promoción de todos los derechos humanos. [...]

**RECOMENDACION 874 (1979) DE LA ASAMBLEA PARLAMENTARIA DEL
CONSEJO DE EUROPA, RELATIVA A UNA CARTA EUROPEA DE LOS
DERECHOS DEL NIÑO, ADOPTADA EL 4 DE OCTUBRE DE 1979
EN SU 31.ª REUNION ORDINARIA**

La Asamblea

1. Considerando los informes de su Comisión de Cuestiones Sociales y de la Salud sobre la situación jurídica y la explotación comercial del niño, sobre los cuidados médicos y el trabajo de los niños y sobre los malos tratos inflingidos a ellos (Docs. 4.376 y 4.387);
2. Teniendo en cuenta su Recomendación 561 de 1969 relativa a la protección de los menores contra los malos tratos y comprobando con satisfacción que, en las actividades intergubernamentales del Consejo de Europa, el Comité de Ministros ha tenido en cuenta las líneas directrices fijadas en esa recomendación;
3. Teniendo en cuenta el Convenio Europeo de Derechos Humanos y la Carta Social Europea;
4. Teniendo presente la Declaración de Derechos del Niño proclamada por las Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1959;
5. Felicitándose por la decisión de las Naciones Unidas de proclamar a 1979 como Año Internacional del Niño y tomando nota con satisfacción de los programas iniciados en los países en vías de desarrollo por las agencias especializadas de las Naciones Unidas como el UNICEF;
6. Expresando la firme esperanza de que el Año Internacional del Niño y los esfuerzos que suscitará favorecerán la protección jurídica de los niños, sensibilizarán la opinión hacia sus problemas y sus necesidades y mejorarán sus condiciones de vida en todas las regiones del mundo;
7. Subrayando que la vitalidad de una sociedad depende de las posibilidades de crecimiento y desarrollo en la seguridad, así como de perfeccionamiento, de solidaridad y de paz que ofrece a las jóvenes generaciones;
8. Consciente de que la gran mayoría de los niños reciben el afecto y los cuidados necesarios y consciente igualmente de que los niños, en los Estados miembros del Consejo de Europa, tienen una suerte más envidiable que en los países en vías de desarrollo, para los cuales los problemas de la supervivencia diaria, de la alimentación y de la vivienda siguen siendo agudos;
9. Convencida de que también en la Europa Occidental la situación de los niños pide todavía mejoras, particularmente en los sectores donde subsisten la miseria y la injusticia social;

10. Convencida de que, con ocasión del Año Internacional del Niño, debe nuevamente poner de manifiesto la importancia de proteger a los niños contra los malos tratos;

11. Considerando que las sevicias corporales o la crueldad mental inflingidas a los niños son una de las formas de abuso más execrables que pueden darse en un país;

12. Considerando que por malos tratos no debe entenderse únicamente los castigos corporales inflingidos a los niños por los padres, tutores o guardianes, sino que se trata de un problema más vasto, que comprende todos los malos tratos de orden psíquico y moral, la falta de cuidados, y el negarles el amor y el afecto;

13. Considerando que todos los gobiernos miembros deben dar prioridad a una legislación que proteja a los niños contra los malos tratos inflingidos por los padres o los tutores legales, incluyendo la posibilidad de privar al autor de las sevicias de la guarda del niño maltratado;

14. Consciente de la situación generalmente expuesta de los niños, de su explotación actual, y del fuerte aumento en materia de pornografía «dura», y tomando en cuenta que esta actividad representa una especulación lucrativa particularmente vil;

15. Convencida de que la exhibición pública de la violencia, de la criminalidad y del terrorismo en los medios de comunicación de masas constituye un peligro permanente para la juventud;

16. Considerando que existen en Europa demasiadas familias que viven en un estado de extrema pobreza y que los niños del Cuarto Mundo padecen más que los otros de la insuficiencia de alimentación, de cuidados médicos, de equipamientos sociales, así como de la inadecuación del sistema educativo;

17. Recomendando al Comité de Ministros que promueva sin dilación la elaboración de una Carta Europea de Derechos del Niño que esté concebida de manera que ayude al máximo a los padres a hacer frente a las graves responsabilidades que les incumben, y que se inspire, entre otros, en los principios y líneas directrices siguientes:

I. Principios generales

a) Los niños no deben ser considerados como propiedad de los padres, antes bien deben ser reconocidos como individuos con sus derechos y sus necesidades propios;

b) Es necesario que, en los países miembros, la política y los programas de los poderes públicos tengan en cuenta la importancia que el amor y el afecto tienen para los niños, tanto como su necesidad de asistencia material;

c) Asegurando la escolarización general, y particularmente la de los niños menos favorecidos, los programas de enseñanza y de educación en general deben, en los países miembros, tener por objetivos:

- la solidaridad y la paz internacionales,
- el aprendizaje de la democracia,
- la cooperación y la igualdad,
- la igualdad de derechos y de oportunidades entre sexos.

II. *Situación jurídica del niño*

a) Conviene proteger los derechos de los niños en su entorno instituyendo a este efecto un órgano oficial a nivel de comunidad local;

b) Debe armonizarse y uniformarse el estatuto jurídico del niño en el seno de la familia y ante las instituciones;

c) Se debe sustituir la noción de «patria potestad» por el de «patria responsabilidad», precisando los derechos del niño como miembro individual de la familia;

d) Se debe mejorar el derecho reconocido por la ley al niño de tener su propio representante judicial (abogado de oficio) en caso de conflicto entre los padres, como los procesos de divorcio y de separación; este derecho debe descansar sobre el principio de que los intereses del niño son soberanos;

e) Se debe confirmar que, en tiempo de guerra, los niños deben beneficiarse de una protección apropiada, como la prevista por las Convenciones de Ginebra de 1949 para la protección de las víctimas de guerra.

III. *Malos tratos infringidos a los niños*

a) Durante los últimos años de la escolaridad, debería prepararse a los chicos y a las chicas para el oficio de padres;

b) Deberían tenerse en cuenta las necesidades de los niños cuya madre trabaja fuera del hogar; cuando la situación económica obliga a la madre a trabajar para mantener a su familia, debería poder beneficiarse de equipamientos subvencionados, como guarderías infantiles municipales; y la sociedad debería ayudar de manera que uno de los padres pudiese, si lo desea, consagrarse enteramente a cuidar y a educar a los hijos sin estar sujeto por obligaciones económicas;

c) Debería pedirse a los maestros y a otras personas en contacto regular con los niños, que alertasen a los servicios sociales cuando se apercibiesen de que una familia atraviesa un período difícil;

d) Las disposiciones jurídicas deberían animar a los profesionales de la protección de la infancia a que advirtiesen a los servicios sociales

cuando sospechen que los niños son maltratados, e incitar igualmente a otras personas a que tomen contacto con las autoridades sociales competentes en tales casos;

e) Deberían tomarse medidas para mejorar la cooperación entre los maestros de enseñanza escolar y preescolar, los psicólogos, los juristas y los funcionarios de policía en lo que concierne a los malos tratos inflingidos a los niños;

f) En vista de la importancia del diagnóstico precoz, debería incluirse, en la formación de todas las categorías de personal que se ocupa de los niños en los países miembros, un estado del conocimiento sobre los malos tratos dados a los niños.

IV. *Prostitución y pornografía*

a) Debe fomentarse una actitud sana y responsable en relación a las cuestiones sexuales, difundiendo una información objetiva sobre la familia, la contracepción y las enfermedades venéreas;

b) Debería prestarse particular atención a toda relación que pueda existir entre la prostitución infantil, la criminalidad organizada y el tráfico de estupefacientes, y saber que una actitud liberal hacia las llamadas drogas «dulces» o «suaves» tiene el riesgo de traer consecuencias extremadamente graves (cf. Recomendación 609 de la Asamblea);

c) Conviene adoptar leyes y reglamentaciones estrictas para suprimir la pornografía infantil, y armonizar la legislación de los Estados miembros sobre esta materia.

V. *Trabajo de los niños*

El trabajo de los niños, en aumento a pesar del desempleo persistente en los países miembros, debe ser reglamentado de manera que se proteja al niño contra la explotación, contra los peligros que amenazan su salud, y contra las prácticas perjudiciales para su educación y su desarrollo físico, moral e intelectual, en particular por la puesta en práctica de los principios jurídicos siguientes:

a) La prohibición de que los menores de 16 años trabajen a tiempo completo debe ser, en todos los países miembros, el objetivo a alcanzar en los cuatro próximos años y entretanto todos los Estados miembros deberían aceptar y aplicar el artículo 7 de la Carta Social Europea que fija la edad mínima para la admisión a un empleo;

b) El pretendido «trabajo ocasional» o trabajo en una empresa familiar debe ser estrictamente reglamentado y no debe perjudicar en nada la escolaridad y el desarrollo normal del niño;

c) Las normas europeas concernientes a la edad mínima para que los niños sean admitidos a un empleo deberían aplicarse igualmente a las sociedades europeas instaladas en el extranjero;

d) Siendo los padres los primeros responsables del trabajo de los niños, los poderes públicos deberían informarles regularmente de la legislación en vigor, de los riesgos y de las consecuencias de este trabajo.

VI. *Protección social y médica*

a) Deberían reconocerse los derechos de cada niño a la vida desde el momento de la concepción, a la vivienda, a una alimentación conveniente y a un entorno adecuado, y los gobiernos nacionales deberían aceptar la obligación de trabajar para la total realización de estos derechos;

b) Debería asegurarse el derecho a los cuidados apropiados, incluyendo medidas eficaces contra la enfermedad y los accidentes, y a una adecuada vigilancia médica;

c) Todos los gobiernos miembros deberían instituir sistemas obligatorios y gratuitos de exámenes médicos de los niños;

d) Debería prestarse una atención vigilante a la protección contra el abuso de medicamentos, del tabaco y del alcohol, y a la publicidad radiotelevisada de estos productos;

e) Debería garantizarse el derecho de los niños disminuidos a cuidados apropiados, a una formación y a una educación convenientes; por otra parte, debería prestarse atención urgente al problema de los niños hospitalizados por largo tiempo; convendría considerar la posibilidad de organizar sistemas de visitas de buena voluntad, recurriendo a los medios publicitarios o a otros métodos.

VII. *Deportes*

a) Es preciso velar para que el deporte de alta competencia siga siendo una actividad voluntaria, para que no se ejerza ninguna coacción y para que la dignidad humana sea respetada en todas las circunstancias;

b) Con el fin de reducir los peligros para la salud y los inconvenientes sobre la educación, deberían reglamentarse los métodos y los períodos de entrenamiento;

c) Convendría vigilar el uso de ciertos medicamentos susceptibles de parar prematuramente el crecimiento o de afectar al desarrollo sexual; es preciso incrementar las pruebas de detección del drogado durante las competiciones;

d) Debería mejorarse la posibilidad de que los niños disminuidos participen en actividades deportivas;

18. Recomienda también al Comité de Ministros que consulte con la Asamblea Parlamentaria sobre el contenido de la Carta Europea de Derechos del Niño.

PALABRAS DE JUAN PABLO II, DEL 28-X-1979, A LOS OBISPOS DE ARGENTINA EN VISITA «AD LIMINA»

[...] El matrimonio, sobre el que se basa la familia, es una comunidad de vida y de amor, instituida por el Creador para la continuación del género humano, y que tiene un destino no sólo terreno sino también eterno (cfr. *Gaudium et spes*, n. 48). Esforzaos, por ello, en defender su unidad e indisolubilidad, aplicando a la vida familiar el pensamiento central de la Conferencia de Puebla: *comunidad y participación*.

Comunidad, es decir, disposición interna de comprensión y amor de los padres entre sí y de éstos para con sus hijos. Participación, o sea, mutuo respeto y donación, tanto en los momentos felices como en los de prueba.

Dentro de esta unidad, vivificada por el amor, resplandece el matrimonio como fuente de la vida humana, de acuerdo con las leyes establecidas por el mismo Dios. Esto nos indica la necesidad de insistir en el nombre cristiano de la paternidad responsable, en la línea de la Encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI. No vaciléis tampoco en proclamar un derecho fundamental del ser humano: el de nacer (cfr. *Discurso inaugural de Puebla*, 111, 5).

[...] Como formadora de personas, la familia tiene un papel singular que le confiere un cierto carácter sagrado, con derechos propios fundados en última instancia en la dignidad de la persona humana, y por ello deben ser siempre respetados. Acabo de expresarlo en mi discurso a la Organización de Estados Americanos: «Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna» L'Osservatore Romano, 8-9 oct. 1979). Una pastoral familiar debe velar, pues, por la defensa de estos derechos. Así se contribuye a la vez a hacer de la familia un verdadero y eficaz agente de desarrollo.

Por otra parte, es evidente que para poder trabajar con eficacia en ese campo, es necesario esforzarse seriamente por eliminar las causas profundas de las que brotan tantos factores desequilibradores de la sociedad y, por consiguiente, de la familia. Nadie deja de ver, a este respecto, la repercusión enorme, no sólo de orden moral, que tienen ciertas situaciones de clara injusticia social o que afectan igualmente al sector de las relaciones laborales.

Por ello, como parte de vuestro ministerio, no dejéis de proponer y difundir una sana doctrina moral pública en plena consonancia con la línea marcada por la enseñanza social de la Iglesia que, si llevada a la práctica con fidelidad y sin tergiversaciones de ninguna tendencia, hará que sean realidad fecunda las exigencias de orden humano y evangélico que ella intenta tutelar. [...]

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 3-XI-1979, AL CLER Y AL FIDAP

[...] El amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los componentes de la persona —llamada del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad—; apunta

a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no tener más que un solo corazón y una sola alma; exige la indisolubilidad y la fidelidad en la donación recíproca definitiva; y se abre a la fecundidad (cfr. encíclica *Humanae vitae*, n. 9). En una palabra, se trata de las características normales de todo amor conyugal natural, pero con una nueva significación que no sólo las purifica y las consolida sino que las eleva hasta el punto de hacer de ellas la expresión de valores propiamente cristianos. Esta es la perspectiva hasta la que deben elevarse los esposos cristianos: en ella está su grandeza, su fuerza, su exigencia, y también su alegría.

5. También desde esta perspectiva se debe contemplar su *paternidad responsable*. En este campo los esposos, los padres, pueden encontrar un cierto número de problemas que no pueden ser resueltos sin un amor profundo, un amor que comprende también el esfuerzo de la continencia. [...]

6. En primer término, no se puede tergiversar la *doctrina de la Iglesia* tal como ha sido expuesta claramente por el Magisterio, por el Concilio, por mis predecesores; pienso sobre todo en la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI, en su discurso a los Equipos Notre-Dame del 4 de mayo de 1970, en otras numerosas intervenciones suyas. Hay que dirigir sin cesar la proa hacia ese ideal de las relaciones conyugales continentes y respetuosas con la naturaleza y las finalidades del acto conyugal, y no sobre una concesión más o menos amplia, más o menos confesada, al principio y a la práctica de las costumbres contraceptivas.

7. [...] No es menos importante ayudar a las parejas cristianas y a las otras a fortalecer sus propias *convicciones*, buscando con ellos las razones profundamente humanas de actuar así. Es bueno que ellos entrevean cómo esta ética natural corresponde a la antropología bien entendida, de manera que se eviten las trampas de una opinión pública o de una ley permisivas, e igualmente para contribuir, en la medida de lo posible, a enderezar esa opinión pública. Hay muchos elementos de reflexión que pueden contribuir a forjarse sanas convicciones que faciliten la obediencia del cristiano o la actitud del hombre de buena voluntad. Y yo sé que es también una parte importante de vuestra tarea educativa. Por ejemplo, en una época en que tantas corrientes ecológicas piden el respeto a la naturaleza, ¿qué pensar de una invasión de procedimientos y de sustancias artificiales en este campo eminentemente personal? Reemplazar por técnicas el dominio de sí, la renuncia a sí mismo por el otro, el esfuerzo común de los esposos, ¿no denota una regresión de lo que constituye la nobleza del hombre? ¿No se ve que la naturaleza del hombre está subordinada a la moral? ¿Se ha medido todo el alcance del rechazo del hijo, incesantemente acentuado, sobre la psicología de los padres cuando llevan el deseo del hijo inscrito en su naturaleza, y sobre el porvenir de la sociedad? ¿Y qué pensar de una educación de los jóvenes en la sexualidad que no les pone en guardia contra la búsqueda de un placer inmediato y egoísta, disociado de las responsabilidades del amor conyugal y de la procreación? Sí, es preciso educar de muchas maneras en el amor verdadero, para evitar que se degrade en este punto capital, a partir de concepciones engañosas o falsas, el tejido moral y espiritual de la comunidad humana.

8. El respeto a la vida humana ya concebida forma parte evidentemente, con especial motivo, de las convicciones a aclarar y fortalecer. Es un punto en el que la responsabilidad del hombre y de la mujer debe llevarles a acoger y a proteger al ser humano que han procreado y al que nunca tienen derecho a eliminar; en este terreno, el entorno, la sociedad, los médicos, los consejeros

conyugales, los legisladores, tienen el deber de permitir que se ejerza tal responsabilidad, siempre en el sentido del respeto a la vida humana, a pesar de las dificultades y aportando su ayuda para los casos extremos. Es un punto en el que la Iglesia se ha pronunciado de forma unánime en todos los países, tanto que no es preciso insistir en ello. La legalización del aborto podrá conducir fatalmente a muchos a no sentir este respeto y esta responsabilidad que concierne a la vida humana, banalizando una falta grave. Es preciso además añadir que la generalización de la práctica contraceptiva por métodos artificiales conduce también al aborto, pues los dos se sitúan, a niveles ciertamente diferentes, en la misma línea del miedo al hijo, del rechazo de la vida, de la falta de respeto al acto o al fruto de la unión entre el hombre y la mujer tal como es querida por el Creador de la naturaleza. Los que estudian a fondo estos problemas lo saben bien, contrariamente a lo que ciertos razonamientos o ciertas corrientes de opinión pudieran hacer creer. Benditos seáis por lo que hacéis y por lo que haréis para formar las conciencias en este punto del respeto a la vida.

9. Por último, es preciso hacer cuanto se pueda por *ayudar concretamente* a las parejas a vivir esta paternidad responsable, y vuestra aportación es irremplazable. Las *investigaciones científicas* que realizáis y ponéis en común para adquirir un conocimiento más preciso del ciclo femenino y permitir una utilización más clara de los métodos naturales de regulación de los nacimientos merecen ser mejor conocidas, alentadas y efectivamente propuestas para su aplicación. Me alegra saber que un número creciente de personas y de organismos, en el plano internacional, aprecian estos esfuerzos de regulación natural. A esos hombres de ciencia, a esos médicos, a esos especialistas, dirijo todos mis votos y mi aliento, pues va en ello el bien de muchas familias y sociedades en su legítima preocupación por armonizar la fecundidad humana con sus posibilidades y, a condición de apelar siempre a las virtudes del amor y de la continencia, va en ello el progreso del dominio humano conforme al designio del Creador.

Animo igualmente a todos los laicos cualificados, a todos lo que, como *consejeros*, profesores o educadores, prestan su concurso para ayudar a las parejas a vivir su amor conyugal y su responsabilidad como padres de una manera digna, ayudando a los jóvenes a prepararse para ello. [...]

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 10-XI-1979, A LA ACADEMIA PONTIFICIA DE CIENCIAS

[...] 2. La investigación de la verdad es la tarea de la ciencia fundamental. El investigador que se mueve en esta primera vertiente de la ciencia siente toda la fascinación de las palabras de San Agustín: «*Intellectum valde ama*» (*Epist.* 120, 3, 13; *PL* 33, 459), «ama mucho la inteligencia» y la función de conocer la verdad que le es propia. La ciencia pura es un bien digno de gran estima pues es conocimiento y, por tanto, perfección del hombre en su inteligencia. Ya antes de las aplicaciones técnicas se la debe honrar por sí misma, como parte integrante de la cultura. La ciencia fundamental es un bien universal que todo pueblo debe tener posibilidad de cultivar con

plena libertad respecto de toda forma de servidumbre internacional o colonialismo intelectual.

La investigación fundamental debe ser libre ante los poderes político y económico, que han de cooperar a su desarrollo sin entorpecer su creatividad o manipularla para sus propios fines. Pues al igual que todas las demás verdades, la verdad científica no tiene efectivamente que rendir cuentas más que a sí misma y a la Verdad suprema que es Dios, creador del hombre y de todas las cosas.

3. En la segunda vertiente, la ciencia se proyecta a aplicaciones prácticas que encuentran su desarrollo pleno en las distintas tecnologías. En la fase de sus realizaciones concretas la ciencia es necesaria a la humanidad para satisfacer las exigencias legítimas de la vida y vencer los males varios que la amenazan. No hay duda de que la ciencia aplicada ha prestado y seguirá prestando inmenso servicio al hombre por poco inspirada que esté en el amor, regulada por la sabiduría, acompañada de valentía que la defienda contra la ingerencia indebida de todos los poderes tiránicos. La ciencia aplicada debe aliarse con la conciencia, a fin de que en el trinomio ciencia-tecnología-conciencia se preste servicio a la causa del auténtico bien del hombre.

4. Como tuve ocasión de decir en mi Encíclica *Redemptor hominis*, desgraciadamente «el hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce... En esto parece consistir el capítulo principal del drama de la existencia humana contemporánea» (núm. 15). El hombre debe salir victorioso de este drama que amenaza degenerar en tragedia, y debe volver a encontrar su realeza auténtica sobre el mundo y su dominio pleno sobre las cosas que produce. Como escribí en la misma Encíclica, en la hora actual «el sentido esencial de esta «realeza» y este «dominio» del hombre sobre el mundo visible, asignado a él como cometido por el mismo Creador, consiste en la prioridad de la ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia» (núm. 16).

Esta triple superioridad se mantiene en la medida en que se conserve el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre. Al ejercer su misión de guardiana y abogada de una y otra trascendencia, la Iglesia piensa que está ayudando a la ciencia a conservar su pureza ideal en la vertiente de la investigación fundamental y a desempeñar su servicio al hombre en la vertiente de las aplicaciones prácticas. [...]

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 7-XII-1979, A LA UNION ITALIANA DE JURISTAS CATOLICOS

[...] 2. Esto es lo que, laudablemente, os proponéis hacer en vuestro Congreso con relación al problema particularmente complejo de las relaciones entre lo público y lo privado.

Es preciso reconocer la oportunidad de la elección de tal tema. Pues, bien mirado, las relaciones entre lo público y lo privado constituyen un punto esencial en la experiencia de la humanidad de hoy que, mientras en ciertos países se tropieza con un ordenamiento jurídico en el que lo público prima hasta casi anular lo privado, en otros, por el contrario, se encuentra conveniente actuar

dentro de sistemas jurídicos que subordinan al particular y a los intereses individuales exigencias e intereses colectivos fundamentales.

Desdichadamente, tanto en un planteamiento como en otro, es el hombre quien resulta siempre sacrificado en su dimensión privada o en la social por el uso del poder legislativo como instrumento de dominio —del individuo o de la colectividad— antes que como instrumento de justicia.

Por lo tanto, es urgente que se reaccione ante ciertas corrientes de opinión unilaterales y deformantes, y que se ponga freno valientemente al preocupante fenómeno de la expropiación publicística del particular por una parte, y a la prevaricación privatística de lo público por otra.

3. El criterio para orientarse en tan compleja materia es, fundamentalmente, uno sólo: el del respeto a la persona humana. Es lo que ha repetido solemnemente el Concilio Vaticano II, afirmando bajo la guía de la constante tradición precedente, que «principio, sujeto y fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana» (Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 25).

En efecto, la persona «significat id quod est perfectissimum in tota natura» (*Summa Theologica* I, q. 29, a. 3) según la eficaz formulación de Santo Tomás, que la doctrina sucesiva no ha cesado de sondear. La inteligencia de que está dotado el hombre le coloca sobre todas las criaturas del mundo visible y funda su peculiar dignidad, haciéndole un ser «naturaliter liber et propter seipsum existens» (*Summa Theol.* II-II, q. 64 ad 3). De tal superior dignidad se deriva precisamente también la consecuencia según la cual el cuerpo social y su ordenamiento tienen razón de medio respecto al hombre, como puntualmente ha subrayado el Doctor Angélico: «el hombre no está ordenado a la comunidad política, ni en sí mismo ni según todas sus cosas» (*Summa Theol.* II-II, q. 21, a. 4 ad 3).

Sin embargo, ello no quita que el hombre, para la plena realización de sí mismo, tenga necesidad de la aportación de la comunidad, ya que porque sólo en el encuentro con los demás puede revelarse totalmente a sí mismo, ya porque al margen de un adecuado contexto social, el contexto que suele designarse con el término de «bien común», no le sería posible desarrollarse y llevar a su maduración las virtualidades que tiene dentro de sí. De aquí su ser ordenado «secundum quid» a la comunidad (cfr. *Summa Theol.* II-II q. 47, a. 10).

La persona, pues, se ordena al bien común porque la sociedad, a su vez, está ordenada a la persona y a su bien, estando ambas subordinadas al bien supremo, que es Dios. Partiendo de estos supremos principios es como puede encontrarse la luz necesaria para plantear rectamente las relaciones entre la esfera privada y pública, y para superar los eventuales contrastes que se presenten.

4. Si la comunidad humana está atravesando una crisis profunda, hasta comprometer valores fundamentales, sobre los que, en el pasado, se ha intentado trabajosamente construir una convivencia civil, ello se debe al oscurecimiento, en las costumbres y en la legislación, de la dignidad de la persona humana y de las instancias irrenunciables que surgen lógicamente de tal dignidad.

Por tanto, se manifiesta como de suma importancia que los católicos —y entre ellos especialmente los que, como vosotros, desarrollan su actividad en el delicado sector del derecho— sientan profundamente el empeño de realizar su propia contribución a la afirmación y a la tutela de la dignidad de la persona, considerada en toda la multiforme riqueza de su existencia espiritual y material. Servir al hombre y no a una ideología: ésta debe ser la norma orientadora de la actividad tanto de los particulares como del Estado. [...]

MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II, DEL 8-XII-1979, PARA LA CELEBRACION DE LA «JORNADA DE LA PAZ» (1-I-1980)

¡A todos vosotros, los que queréis afianzar la paz en la tierra!

¡A vosotros, hombres y mujeres de buena voluntad!

¡A vosotros, ciudadanos y dirigentes de los pueblos!

¡A vosotros, jóvenes de todos los países!

A todos vosotros dirijo mi mensaje, invitándoos a celebrar la XIII Jornada Mundial de la Paz con un decidido esfuerzo de pensamiento y de acción, que venga a consolidar desde dentro el edificio inestable y continuamente amenazado de la paz, restituyéndole su contenido de verdad. ¡La verdad, fuerza de la paz! Unamos nuestros esfuerzos para asegurar la paz, haciendo una llamada a los recursos de la paz misma y en primer lugar a la verdad, que es la fuerza pacífica y poderosa de la paz por excelencia, dado que ella se comunica por su propia irradiación fuera de toda coacción.

Un diagnóstico: La «no-verdad» sirve a la causa de la guerra

1. Si es verdad —y nadie lo pone en duda— que la verdad sirve a la causa de la paz, es también indiscutible que la «no-verdad» camina a la par con la causa de la violencia y la guerra. Por «no-verdad» hay que entender todas las formas y todos los niveles de ausencia, de rechazo, de menosprecio de la verdad: mentira propiamente dicha, información parcial y deformada, propaganda sectaria, manipulación de los medios de comunicación, etc.

¿Es necesario mencionar aquí todas las diferentes formas bajo las que se presenta esta «no-verdad»? Baste solamente indicar unos ejemplos. Porque, si una inquietud legítima se abre paso ante la proliferación de la violencia en la vida social, nacional e internacional, y ante las amenazas manifiestas contra la paz, la opinión pública es a menudo menos sensible a todas las formas de «no verdad» que están en la base de la violencia y le preparan un terreno propicio.

La violencia se impregna de mentira y tiene necesidad de la mentira, procurando asegurarse una respetabilidad en la opinión mundial, a través de justificaciones totalmente extrañas a su propia naturaleza y, por lo demás, frecuentemente contradictorias entre ellas mismas. ¿Qué decir de la práctica consistente en imponer a quienes no comparten las mismas posiciones —para mejor combatirlos o reducirlos al silencio— la etiqueta de enemigos, atribuyéndoles intenciones hostiles y estigmatizándolos como agresores a través de una propaganda hábil y continua?

Otra forma de «no-verdad» se manifiesta en la repulsa a reconocer y respetar los derechos objetivamente legítimos e inalienables de los que rehúsan aceptar una ideología particular o apelan a la libertad de pensamiento. El rechazo «de la verdad» se pone en obra, cuando se atribuyen intenciones de agresión a los que manifiestan claramente que su única inquietud es la de protegerse y defenderse contra las amenazas reales que —por desgracia— existen siempre tanto en el interior de una nación como entre los pueblos.

Indignaciones selectivas, insinuaciones péfidas, manipulación de las informaciones, descrédito sistemáticamente lanzado sobre el adversario —su persona, sus intenciones y sus actos—, chantaje e intimidación: he aquí el menosprecio de la verdad, puesto en obra, para desarrollar un clima de incertidumbre, dentro del cual se quiere coaccionar a las personas, a los grupos, a los gobiernos, a las mismas instancias internacionales a unos silencios resignados y cómplices, a compromisos parciales y a reacciones irracionales: actitudes todas

igualmente susceptibles de favorecer el juego homicida de la violencia y atacar la causa de la paz.

2. En la base de todas estas formas de «no-verdad», alimentándolas y alimentándose de ellas, hay una concepción errónea del hombre y de sus dinámismos constitutivos. La primera mentira, la falsedad fundamental es la de no creer en el hombre, en el hombre con todo su potencial de grandeza, y además en su necesidad de redención del mal y del pecado que está en él.

Derivada de ideologías diversas, con frecuencia opuestas entre sí, se difunde la idea de que el hombre y la humanidad entera realizan su progreso sobre todo por la lucha violenta. Se ha creído poder verificarla en la historia. Se han hecho esfuerzos por convertirla en teoría. Progresivamente se ha llegado a la costumbre de analizar todo, tanto en la vida social como en la internacional, en términos exclusivos de relaciones de fuerza y consiguientemente de organizarse para imponer sus intereses. Ciertamente, esta tendencia ampliamente difundida de recurrir a la prueba de fuerza para hacer justicia está a veces contenida por treguas tácticas o estratégicas. Pero, mientras se deje flotar la amenaza, mientras se sostengan selectivamente ciertas violencias favorables a intereses e ideologías, mientras se mantenga la afirmación de que el progreso de la justicia es en último análisis un resultado de la lucha violenta, los matices, los frenos y las selecciones cederán periódicamente a la lógica simple y brutal de la violencia, que puede llegar hasta la exaltación suicida de la violencia por la violencia.

La paz tiene necesidad de sinceridad y verdad

3. En medio de tal confusión de espíritus, construir la paz con las obras de la paz es difícil y exige la restauración de la verdad, si no se quiere que los individuos, los grupos y las naciones se pongan a dudar de la paz y permitan nuevas violencias.

Restaurar la verdad, es ante todo llamar por su nombre los actos de violencia bajo todas sus formas. Hay que llamar al homicidio por su nombre: el homicidio es un homicidio y las motivaciones políticas o ideológicas, lejos de cambiar su naturaleza, pierden por el contrario su dignidad propia. Hay que llamar por su nombre a las matanzas de hombres y mujeres, cualquiera que sea su pertenencia étnica, su edad y condición. Hay que llamar por su nombre a la tortura y, con los términos apropiados, a todas las formas de opresión y explotación del hombre por el hombre, del hombre por el estado, y de un pueblo por otro pueblo. Hay que hacerlo no para aquietar la conciencia con ruidosas denuncias que amalgaman todo —no se llama entonces a las cosas por su nombre— ni para estigmatizar y condenar a las personas y los pueblos, sino para ayudar al cambio de actitudes y de mentalidades, y para dar a la paz su oportunidad.

4. Promover la verdad como fuerza de la paz, es emprender un esfuerzo constante para no utilizar nosotros mismos, aunque fuese para el bien, las armas de la mentira. La mentira puede deslizarse solapadamente en todas partes. Para mantener establemente la sinceridad, la verdad con nosotros mismos, hace falta un esfuerzo paciente, decidido, para buscar y encontrar la verdad superior y universal acerca del hombre, a la luz de la cual podremos valorar las diversas situaciones, y a la luz de la cual nos juzgaremos en primer lugar a nosotros mismos y nuestra propia sinceridad. Es imposible instalarse en la duda, la sospecha, el relativismo escéptico sin deslizarse rápidamente en la insinceridad y en la mentira. La paz, he dicho más arriba, está amenazada, cuando reina la incertidumbre, la duda y la sospecha, y la violencia sale ganando.

¿Queremos verdaderamente la paz? Entonces tenemos que ahondar bastante más en nosotros mismos para encontrar las zonas donde, más allá de las divisiones que constatamos en nosotros y entre nosotros, podamos reforzar la convicción de que los dinamismos constitutivos del hombre, el reconocimiento de su verdadera naturaleza, le llevan al encuentro, al respeto mutuo, a la fraternidad y a la paz. Esta laboriosa búsqueda de la verdad objetiva y universal sobre el hombre, creará, con su acción y sus resultados, hombres de paz y diálogo, a la vez fuertes y humildes con una verdad, a la que se darán cuenta de deber servir, y no servirse de ella para intereses de parte.

La verdad ilumina los caminos de la paz

5. Uno de los engaños de la violencia consiste en tratar, —para justificación propia— de desacreditar sistemática y radicalmente al adversario, sus actuaciones y las estructuras socio-ideológicas en las que se mueve y piensa. El hombre de paz sabe reconocer la parte de verdad que hay en toda obra humana y, más todavía, las posibilidades de verdad que abrigan en lo profundo de todo hombre.

No es que el deseo de paz le haga cerrar los ojos ante las tensiones, las injusticias y las luchas que forman parte de nuestro mundo. El las mira de frente. Las llama por su nombre, por respeto a la verdad. Más aún, anclado profundamente en las cosas de la paz, el hombre no puede menos de ser todavía más sensible a todo lo que contradice a la paz. Esto le mueve a investigar valientemente las causas reales del mal y de la injusticia, para buscarles remedios apropiados. La verdad es fuerza de paz porque percibe, por una especie de connaturalidad, los elementos de verdad que hay en el otro y que ella trata de alcanzar.

6. La verdad no permite desesperar del adversario. El hombre de paz, que ella inspira, no reduce al adversario al error en el que lo ve sucumbir, al contrario, él reduce el error a sus verdaderas proporciones y recurre a la razón, al corazón y a la conciencia del hombre, para ayudarle a reconocer y a acoger la verdad. Esto da a la denuncia de las injusticias una tonalidad específica: esta denuncia no siempre puede impedir que los responsables de las injusticias se endurezcan ante la verdad claramente manifestada, pero, al menos, ésta no provoca sistemáticamente tal endurecimiento, cuyas víctimas pagan a menudo las consecuencias. Uno de los grandes engaños que corrompen las relaciones entre individuos y grupos consiste, para mejor estigmatizar el error del adversario, en desprestigiar todos los aspectos, incluso justos y buenos, de su actuación. La verdad va por otros caminos y así conserva todas sus posibilidades a la paz.

7. Y sobre todo, la verdad permite aún más no desesperar de las víctimas de la injusticia; no permite conducirlos a la desesperación de la resignación o de la violencia. Induce a apostar por las fuerzas de la paz que abrigan los hombres o los pueblos que sufren. Cree que, consolidándolas en la conciencia de su dignidad y de sus derechos imprescriptibles, ella los fortalece para someter las fuerzas de opresión a presiones eficaces de transformación, más eficaces que los focos de violencia generalmente sin mañana, a no ser un mañana de mayores sufrimientos. Con esta convicción, no ceso de proclamar la dignidad y los derechos de la persona. Por otra parte, como lo escribí en mi encíclica *Redemptor Hominis*, la lógica de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y la misma institución de la Organización de las Naciones

Unidas, apunta también «a crear una base para una continua revisión de los programas, de los sistemas, de los regímenes, precisamente desde este único punto de vista fundamental que es el bien del hombre— digamos de la persona en la comunidad...» (n. 17, 4). El hombre de paz, dado que vive de la verdad y de la sinceridad, es pues lúcido ante las injusticias, las tensiones y los conflictos que existen. Pero, en lugar de exacerbar las frustraciones y las luchas, él confía en las facultades superiores del hombre, en su razón y en su corazón, para inventar unos caminos de paz que llevan a un resultado verdaderamente humano y duradero.

La verdad fortalece los medios de la paz

8. Para pasar de una situación menos humana a una situación más humana, tanto en la vida nacional como internacional, el camino es largo y se avanza en él por etapas. El hombre de paz lo sabe y lo dice; y encuentra en el esfuerzo de verdad, que acabo de describir, las luces necesarias para mantener su justa orientación. El hombre de violencia lo sabe también, pero no lo dice y engaña a la opinión, dejando entrever la perspectiva de una solución radical y rápida; instalándose luego en su engaño para «explicar» las repetidas dilaciones de la libertad y de la abundancia prometidas.

No hay paz sin una disponibilidad al diálogo sincero y continuo. La verdad se realiza también en el diálogo: ella fortalece pues ese medio indispensable de la paz. La verdad no tiene miedo tampoco de los acuerdos honestos, porque lleva consigo las luces que permiten empeñarse en ellos, sin sacrificar convicciones y valores esenciales. La verdad aproxima los espíritus; manifiesta lo que une ya a las partes antes opuestas; hace retroceder las desconfianzas de ayer y prepara el terreno para nuevos progresos en la justicia y en la fraternidad, en la convivencia pacífica de todos los hombres.

En este contexto, yo no puedo silenciar el problema de la carrera de los armamentos. La situación en que vive la humanidad de nuestros días parece incluir una contradicción trágica entre las múltiples y fervientes declaraciones en favor de la paz por una parte y, por otra, la no menos real pero vertiginosa escalada de los armamentos. La existencia de la carrera a los armamentos puede también hacer sospechar una sombra de mentira y de hipocresía en ciertas afirmaciones de la voluntad de coexistencia pacífica. Más aún, ¿no puede también justificar con frecuencia la simple impresión de que tales afirmaciones sólo sirven para ocultar intenciones contrarias?

9. No se puede sinceramente denunciar el recurso a la violencia, si a la vez no se trabaja en favor de iniciativas políticas valientes para eliminar las amenazas a la paz, oponiéndose a las raíces de las injusticias. La verdad profunda de la política es contradicha también, tanto cuando la política se instala en la pasividad como cuando se endurece y degenera en violencia. Hacer la verdad que fortalece la paz en política, es tener el valor de descubrir a tiempo las discrepancias latentes, de volver a abrir en tiempo oportuno los informes acerca de problemas momentáneamente neutralizados con unas leyes o acuerdos, que han servido para evitar su exasperación. Hacer la verdad es también tener el valor de prever el futuro: tomar en cuenta las aspiraciones nuevas compatibles con el bien, que surgen en los individuos y en los pueblos con el progreso de la cultura, a fin de adaptar las instituciones nacionales e internacionales a la realidad de una humanidad en marcha.

Un inmenso campo está pues abierto a los responsables de los Estados y a las Instituciones internacionales para construir un nuevo orden mundial más

justo, fundado sobre la verdad del hombre, basado sobre una justa distribución tanto de las riquezas como de los poderes y de las responsabilidades.

Sí, ésta es mi convicción: la verdad fortalece la paz desde dentro, y un clima de sinceridad más grande permite movilizar las energías humanas para la sola causa que es digna de las mismas: el pleno respeto de la verdad sobre la naturaleza y el destino del hombre, fuente de la verdadera paz en la justicia y la amistad.

Para los cristianos: La verdad del Evangelio

10. Construir la paz es el quehacer de todos los hombres y de todos los pueblos. Todos también, dado que están dotados de corazón y de razón, y hechos a imagen de Dios, son capaces del esfuerzo de verdad y de sinceridad que consolida la paz. En esta tarea común, invito a los cristianos a dar su contribución específica del Evangelio, que lleva a las fuentes últimas de la verdad, al Verbo de Dios Encarnado.

El Evangelio da un relieve especial al lazo que existe entre la mentira y la violencia homicida, en estas palabras de Cristo: «Ahora buscáis quitarme la vida, a mí, un hombre que os ha hablado la verdad que oyó de Dios... Vosotros hacéis las obras de vuestro padre..., vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira» (Jn. 8, 40. 41. 44). Por esto yo puedo decir con tanto convencimiento en Drogheda, en Irlanda, lo que repito ahora: «La violencia es una mentira, porque va en contra de la verdad de nuestra fe, de la verdad de nuestra humanidad... No confiéis en la violencia. No apoyéis la violencia. No es éste el camino cristiano. No es éste el camino de la Iglesia católica. Creed en la paz, en el perdón y en el amor: éstos son de Cristo» (nn. 9-10).

Sí, el Evangelio de Cristo es un Evangelio de paz: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt. 5, 9). Y la fuerza de la paz evangélica es la verdad. Jesús revela al hombre su verdad plena; lo restaura en su verdad, reconciliándolo con Dios, consigo mismo y con los otros. La verdad es la fuerza de la paz, porque revela y realiza la unidad del hombre con Dios, con él mismo, con los demás. La verdad que consolida la paz y que construye la paz, incluye constitutivamente el perdón y la reconciliación. Rechazar el perdón y la reconciliación, significa engañarnos y entrar en la lógica homicida de la mentira.

Llamada final

11. Sé que todo hombre de buena voluntad puede comprender todo esto en su experiencia personal, cuando escucha la voz profunda de su corazón. He ahí por qué os invito a todos, a todos los que queréis afianzar la paz, devolviéndole su contenido de verdad que disipa todas las mentiras; entrad en el esfuerzo de reflexión y acción que os propongo para esta XIII Jornada Mundial de la Paz, interrogándoos acerca de vuestra disponibilidad al perdón y a la reconciliación y haciendo, en el campo de vuestra responsabilidad familiar, social y política, gestos de perdón y de reconciliación. Haréis la verdad y la verdad os hará libres. La verdad producirá luces y energías insospechadas para dar una nueva oportunidad a la paz en el mundo.

Vaticano, 8 de diciembre de 1979.

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 22-XII-1979, A LOS CARDENALES Y PRELADOS DE LA CURIA ROMANA

[...] 5. En mi encuentro con los representantes de todas las naciones del mundo, en Nueva York, recordé desde ese gran *forum* la necesidad de proclamar y defender los «derechos inalienables» de las personas y de las comunidades de los pueblos. Hay problemas que nos interpelan con toda su gravedad; *y la Iglesia tiene el derecho y el deber de intervenir*, si quiere permanecer fiel a su misión, que, en Cristo nacido por nosotros, se dirige a la salvación de todo el hombre y de cada uno de los hombres. *La Iglesia no pide más que poder cooperar con todos los regímenes y pueblos*, de cualquier tendencia e ideología, para la elevación constante de la humanidad.

6. En una visual tan amplia de posibilidades efectivas para la Iglesia de entablar un diálogo constructivo con las fuerzas que rigen el mundo, ella *siente el deber de levantar su voz en la defensa de los derechos humanos*. Ciertamente no se trata de una interferencia en los asuntos internos de los Estados, ni de una indebida apropiación de tareas no suyas, y mucho menos de una mera evocación retórica de palabras, sino de hechos.

Los derechos del hombre —tal como se anuncian en la fundamental «Declaración universal de los Derechos del Hombre» de 1948, que he querido evocar desde la tribuna de las Naciones Unidas— desgraciadamente encuentran en el mundo varios peligros, que los limitan o los paralizan, cuando no los violan abiertamente y, más aún, los suprimen. Nunca se ha oído exaltar tanto la dignidad y el derecho del hombre a una vida hecha a medida del hombre, pero también nunca como hoy ha habido afrentas tan patentes a estas declaraciones.

Me refiero a las tensiones internacionales, por desgracia siempre existentes. A las guerras y a las revoluciones que además de producir gravísimo malestar económico, sobre todo han llevado consigo un cortejo muy triste de muertes y destrucciones. Pienso en las luchas intestinas que afligen a algunas naciones. En las violaciones de principios inconclusos de derecho internacional, con gravísimos sufrimientos causados a las personas interesadas y a sus familias.

Pienso en los oscuros y terribles complots del terrorismo, que amenazan la convivencia de naciones queridísimas para nosotros, como la amada Italia, y que, si no son una guerra auténtica y real, son su inicuo y feroz sucedáneo. Recuerdo con horror los secuestros, las extorsiones, los robos: pienso en los secuestrados que sufren lo indecible, quizá desde hace largos meses.

En este contexto no puedo menos de recordar los puntos más llenos de peligros en algunas partes del mundo: la persistente crisis en el Oriente Medio; la situación en Sud-Africa; las contiendas en la península de Indochina; y aquí el pensamiento se dirige también a las miserables caravanas humanas, errantes por el ancho mar o en busca de un asilo, de los refugiados políticos, de los exiliados, de los prisioneros, cuya situación es y continúa siendo dolorosísima por la falta de comida, de vestido, de casa, de trabajo, y sobre todo de una cierta seguridad para el mañana: los refugiados son los auténticos pobres de hoy en el plano internacional, a quienes debe dirigirse la solidaridad de todos los pueblos, porque todos tienen la suerte de un destino mejor y no pueden cerrar los ojos ante su tragedia.

Como ya dije en la sede de las Naciones Unidas, también el problema de los armamentos reviste todavía una gravedad impresionante, porque «estar preparados para la guerra quiere decir estar en condiciones de provocarla» (Discurso

so en las Naciones Unidas, núm. 10): es un creciente derroche de medios socialmente improductivos, que produce funestas consecuencias psicológicas en las relaciones entre los Estados y la vida interna de los mismos Estados. En este contexto, no pueden menos de despertar justa preocupación todas las instalaciones de armas cada vez más perfeccionadas, que, aun cuando se conciban como instrumento de defensa, pueden convertirse en fuentes de destrucción y de ruina.

En mi reciente mensaje para la Jornada de la Paz, inspirada en el principio de que la verdad es fuente de la paz, he aludido a varias formas de «no-verdad» que mortifican al hombre y vuelven cada vez más difícil y problemática la concordia fraterna. También cuanto he recordado antes entra en este marco de búsqueda de todo lo que hoy puede perjudicar a la paz universal precisamente porque se opone a la búsqueda honesta del bien y de la verdad, incluso en las relaciones entre los pueblos. Por esto manifiesto en este mensaje navideño la necesidad de «ahondar bastante más en nosotros mismos para encontrar las zonas donde, más allá de las divisiones que constatamos en nosotros y entre nosotros, podamos reforzar la convicción de que los dinamismos constitutivos del hombre, el reconocimiento de su verdadera naturaleza, le llevan al encuentro, al respeto mutuo, a la fraternidad y a la paz. Esta laboriosa búsqueda de la verdad objetiva y universal sobre el hombre creará hombres de paz y diálogo, a la vez fuertes y humildes con una verdad, a la que se darán cuenta de deber servir, y no servirse de ella para intereses de parte» (Mensaje para la Jornada de la Paz, núm. 4).

7. Las situaciones que he recordado antes, son situaciones de malestar, son fuente de dolor. *Hoy los hombres sufren*. ¡Cuánto, cuánto dolor en el mundo, cuando se olvida que el hombre es nuestro hermano! Pues bien, la Iglesia, al contemplar el misterio del Hijo de Dios hecho hombre —y expuesto también El al sufrimiento y al hambre, a la pobreza y al exilio por la injusticia de los hombres— la Iglesia no puede eximirse de interponerse, de comprometerse, de implicarse a sí misma para ayudar a los hombres, para evitar el sufrimiento de los hombres. *Dondequiera sufre un hombre, allí está Cristo que ocupa su lugar* (cfr. Mt. 25, 31-46). *Dondequiera sufre un hombre, allí debe estar la Iglesia a su lado*.

Cuanto he recordado antes —amenaza y situaciones de guerra, terrorismo, problema de los refugiados— presenta a nuestro espíritu una suma terrible de dolores humanos.

Añádase cuanto en el mundo es fuente de desequilibrio y de malestar, que ofende a la dignidad intrínseca del hombre, porque es humillado y herido, y sufre por sí mismo y por sus seres queridos. Me refiero a las estridentes desigualdades sociales, todavía hoy existentes. Si, como ha dicho el Concilio Vaticano II, «el hombre... es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social» (*Gaudium et spes*, 63), permanecen en toda su gravedad los «motivos de preocupación» que el Concilio denunciaba con sinceridad absoluta, hablando incluso, «del retroceso en las condiciones de vida de los más débiles y un desprecio de los pobres. Mientras muchedumbres inmensas, continuaba la *Gaudium et spes*, carecen de lo estrictamente necesario, algunos aun en los países menos desarrollados, viven en la opulencia o malgastan sin consideración» (*ib.*). Consiguientemente, en algunos países, hoy se muere de hambre. Estas víctimas «blancas», estas víctimas inocentes suman millares cada año. ¿Cómo poder pensar en la próxima alegría de Navidad, ante un sufrimiento tan atroz, tan inconcebible? Y este flagelo, como bien sabemos, lleva consigo toda una serie de males, que amenazan el desarrollo futuro de poblaciones enteras: desnutrición, enfermedades endémicas, inactividad, miseria, desespera-

ción. ¿Cómo no invocar una solícita cooperación a escala internacional? Es necesario que todos los pueblos —los cuales frecuentemente destruyen sus productos por inconcebibles leyes de mercado— se coaliguen, aun a costa de sacrificio, para ir en ayuda de los hermanos que padecen hambre. Vuelvo a decir aquí, con renovada intensidad, cuanto tuve ocasión de decir en la FAO, la Organización de las Naciones Unidas que tiene como finalidad primaria el examen y la solución de los problemas de la alimentación y del desarrollo en el mundo, tanto en la audiencia de julio de 1979 con ocasión de la Conferencia para la Reforma Agraria, como en la visita realizada el pasado 11 de noviembre. No se puede permanecer insensibles a un campo de acción de tanta gravedad, que interesa a zonas enteras y muy amplias de la tierra.

Tampoco puedo olvidar en este momento a los desocupados y subocupados, los que carecen de lo necesario para llevar adelante la carga de la vida, con tantos problemas que aumentan en un delicado momento económico como el presente: la Navidad que se acerca angustia el corazón de tantas mamás y tantos papás, porque a sus hijos les faltará la alegría, no digo de los dones superfluos, sino de la misma tranquilidad material, quizá de la supervivencia.

Pienso también en el sufrimiento que tendrá la muchedumbre anónima de los humildes, en cada país, causado por las imprevistas variaciones de las relaciones comerciales internacionales, por la ociosidad de ciertos aprovisionamientos, que provocan un costo creciente de las cosas más elementales para la vida hasta producir gravísimo malestar en la vida familiar y social.

8. Pero hay fuentes de sufrimiento más íntimo, que no pueden revelar las investigaciones estadísticas, y que atentan profundamente a la interior grandeza y nobleza del hombre, porque le impiden procurar sus más altos e inalienables derechos. He enumerado los más importantes de éstos en el discurso a las Naciones Unidas, entre los cuales cité «el derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona: el derecho a los alimentos, al vestido, a la vivienda, a la salud, al descanso y al ocio; el derecho a la libertad de expresión, a la educación y a la cultura; el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión y el derecho a manifestar la propia religión individualmente o en común, tanto en privado como en público» (núm. 13). En particular quisiera subrayar hoy precisamente este derecho a la libertad religiosa, sagrado para todos los hombres, sobre el que ha hecho una solemne llamada el Concilio Vaticano II: «esta libertad —decía la Declaración *Dignitatis humanae*— consiste en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares, como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y ello de tal manera, que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, dentro de los límites debidos» (núm. 2).

Debo decir que esto por desgracia es problema real, y problema grave, para la vida de diversos pueblos en el mundo. *En varios países no existen las verdaderas dimensiones de la libertad religiosa*; es difícil comprender, por ejemplo, que el concepto de desarrollo científico o social pueda considerarse hoy vinculado a la imposición de un programa ateuístico: lo que perdura en determinados países del mundo, creando de hecho, como he subrayado también en el discurso a las Naciones Unidas, «una estructuración de la vida social donde el ejercicio de estas libertades (fundamentales) condena al hombre, si no en el sentido formal, al menos de hecho, a ser un ciudadano de segunda o tercera categoría» (núm. 19). Esto causa sufrimientos profundos, heridas incurables, gemidos incesables en las conciencias de millones de personas, rectas y justas, que se ven mutiladas en las aspiraciones más profundas de su ser espiritual. El Papa

está cercano, con la simpatía, con el afecto, con la oración, a todos estos hermanos y hermanas que sufren: quisiera asegurarles que no desaprovecha ocasión para hablar de su situación a los responsables que encuentran en su ministerio. Y a todos hace oír hoy la justa exigencia de que *la Iglesia y la Santa Sede deberían gozar pacíficamente* del derecho de ayudar a los fieles y a los sacerdotes, en todo el mundo: y esto porque está animada solamente por la voluntad de asistir al hombre, de facilitarle el camino de la vida, de elevar toda su persona a los horizontes de la dignidad humana y sobrenatural a que está llamada por Dios, en el ejercicio libre y coherente de las propias convicciones. La Iglesia debería estar en condición de ejercitar en cualquier parte su misión, en el respeto de las libertades recíprocas, pero también en el cumplimiento de los propios derechos imprescriptibles como los proclama el Evangelio. A este propósito mi pensamiento retorna con afecto especial al gran pueblo chino, al que ya recordé el domingo 19 de agosto de este año, al recitar el «Angelus»: en la cercanía de la santa Navidad envió mi saludo y mi felicitación a los hijos de la Iglesia católica, como a todos los miembros de esa gran nación, renovando «el deseo de que puedan registrarse hechos positivos que señalen para nuestros hermanos y hermanas del continente chino la posibilidad de gozar de plena libertad religiosa» (*L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 26 de agosto de 1979, pág. 1).

9. Está para finalizar el Año Internacional del Niño, que ha visto en el centro del interés universal al hombre del mañana, al hombre del 2000, que se asoma hoy a la vida con todas sus promesas aún en germen, y con todas sus esperanzas que no pueden resultar fallidas. Han florecido un poco por todas partes iniciativas bellísimas, y esto hace esperar que el problema halle espacio, a todos los niveles, en las programaciones y preocupaciones de los políticos, de los sociólogos, de los psicólogos y de los pedagogos, de los médicos, de los maestros y hombres de cultura, de los responsables de los mass-media; muchos se han hecho promotores de iniciativas idóneas. El Papa no puede olvidar ciertamente la obra incansable, amorosa, inteligente de personas e instituciones benéficas, que se desarrolla en el seno de la Iglesia, frecuentemente con medios inadecuados a los que suple el ansia de la caridad de Cristo que apremia a todo (cfr. 2 Cor. 5, 14): y sobre todo mi pensamiento se dirige a la acción de los misioneros, cuya labor evangelizadora se dedica, en sus afanes educativos y asistenciales, precisamente a la elevación y a la preparación de las generaciones que crecen. Y alabo todo esto que hombres y mujeres de todo credo y convicción religiosa realizan en el mundo con esfuerzo generoso y con recta intención para la educación y la asistencia de la infancia.

Pero ¿cómo no volver a afirmar solemnemente que *la vida del ser humano es sagrada, desde que brota bajo el corazón de la madre, en el momento de la concepción?* ¿Cómo olvidar que, precisamente en este año dedicado al niño, ha alcanzado cumbres pavorosas el número de vidas suprimidas en el seno materno? Es una hecatombe silenciosa, que no puede dejar indiferentes, no digo a nosotros, hombres de Iglesia, a nosotros cristianos y cristianas de todo el mundo, sino también a los responsables de la cosa pública, a las personas que piensan en el porvenir de las naciones. En el nombre de Jesús «viviente en María» (Ven. Olier), llevado por Ella en el seno en un mundo indiferente y hostil —en Belén se negaron a acogerlo y en el palacio de Herodes se tramó su muerte— en el nombre de ese Niño, Dios y hombre, yo conjuro a los hombres conscientes de la dignidad insuprimible de estos hombres todavía no nacidos, a tomar una posición digna del hombre, para que este oscuro período que amenaza con envolver en tinieblas la conciencia humana, pueda ser superado finalmente. [...]

**DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 14-I-1980, AL CUERPO DIPLOMATICO
ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE**

[...]

4. ¿Cuál es, pues, el principio que inspira a la Sede Apostólica cuando se dirige a los políticos o se ocupa de los asuntos políticos? Una frase del Concilio Vaticano II lo resumiría bien: «La Iglesia, que por razón de su misión y de su competencia, no se confunde en modo alguno con la comunidad política ni está ligada a sistema político alguno, es a la vez signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana» (*Gaudium et spes*, núm. 76, par. 2). Es también uno de los principios que constituyen la base de mi primera Encíclica *Redemptor hominis* (cfr. núm. 13).

Es verdad que el bien común de una sociedad, de una nación, debe ser promovido de múltiples formas, como el conjunto de condiciones sociales, permitiendo la expansión interna de los grupos y de las personas, y este bien común adquiere una extensión cada vez más universal. Pero «crece, al mismo tiempo, la conciencia de la excelsa dignidad de la persona humana, de su superioridad sobre las cosas y de sus derechos y deberes universales e inviolables» (*Gaudium et spes*, 26). El prólogo de la Carta de las Naciones Unidas reafirma «la fe (de los pueblos signatarios), en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y en el valor de la persona humana». Lo que la sabiduría de las naciones reconoce, la Iglesia tiene especiales y muy profundas razones para dar testimonio de ello y asegurar su salvaguardia, porque Cristo se ha unido a cada uno de los hombres y su solicitud por todo hombre que ha rescatado se ha convertido en la de la Iglesia: ella «no puede permanecer insensible a todo lo que sirve para el verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza» (Encíclica *Redemptor hominis*, 13). Esta es la razón por la que en esta Encíclica, al igual que en el discurso a las Naciones Unidas, pude insistir en los derechos del hombre y enumerar un cierto número de ellos (cfr. discurso a la O.N.U., núm. 13); el conjunto de los derechos del hombre corresponde efectivamente a la sustancia de la dignidad del ser humano, comprendido en su integridad y no reducido a una sola dimensión. Muy a menudo he tenido ocasión de insistir en este asunto capital.

Además es necesario concebir estos derechos en su justo significado. El derecho a la libertad, por ejemplo, no incluye evidentemente el derecho al mal moral, como si se pudiese reclamar, entre otros, el derecho a suprimir la vida humana, como en el caso del aborto, o la libertad para usar materias nocivas para sí o para los demás. Del mismo modo, no se debería tratar de los derechos del hombre sin tener en cuenta también sus deberes correlativos, que traducen con precisión su propia responsabilidad y su respeto de los derechos de los demás y de la comunidad.

Séame permitido todavía insistir en uno de los derechos humanos fundamentales, evidentemente muy querido a la Iglesia: el de la libertad de conciencia y de religión. ¡Cuántas veces la Santa Sede ha dirigido llamamientos, a veces dramáticos, en favor de las personas, de los grupos, de las Iglesias privadas del derecho fundamental de profesar su fe, en forma personal y comunitaria! Lo he recordado solemnemente ante la Organización de las Naciones Unidas (cfr. núm. 20). La Santa Sede considera deber suyo dirigirse una vez más, a este respecto, a las autoridades de todos los Estados, así como a las Organizaciones internacionales. Todavía hoy son numerosos los casos de verdadera violación de la libertad religiosa, sean cuales fueren las explicaciones y razones que se aduzcan, y yo mismo recibo frecuentemente testimonio de ello. La Santa Sede piensa igualmente que las comunidades religiosas tienen un título particular para hacer oír su voz cuando se trata de formular las aplicaciones concretas del principio de la libertad religiosa o de velar por su puesta en práctica [...].

**DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 26-I-1980, AL CONGRESO
DE COMADRONAS, ORGANIZADO POR LA ASSOCIAZIONE
CATTOLICA OPERATORI SANITARI**

[...]

El «servicio a la vida y a la familia» ha sido y es aún la razón de ser esencial de esta profesión, como oportunamente habéis subrayado en el propio tema del Congreso; y es precisamente en tan noble servicio donde va encerrado el secreto de su grandeza. A vosotras os corresponde velar con solicitud por el admirable y misterioso proceso de la generación que tiene lugar en el seno materno, a fin de seguir su regular desarrollo y de favorecer su feliz éxito con la venida a la luz de una nueva criatura. Vosotras sois, pues, los custodios de la vida humana, que se renueva en el mundo llevando en sí, con la fresca sonrisa del recién nacido, la alegría (cfr. *Io.* 16, 21) y la esperanza de un futuro mejor.

2. Es necesario, por tanto, que cada una de vosotras cultive en sí misma la clara conciencia del altísimo valor de la vida humana: ésta es un valor único en el ámbito de toda la creación visible. Pues el Señor ha creado todas las otras cosas de la tierra para el hombre; por el contrario, el hombre es —como ha reiterado el Concilio Vaticano II— «la única criatura que Dios haya querido por sí misma» (Const. *Gaudium et spes*, núm. 24).

Esto significa que, en cuanto se refiere a su ser y a su esencia, el hombre no puede estar finalizado por criatura alguna, sino sólo por Dios. Es éste el contenido profundo del pasaje bíblico, bien conocido,

según el cual «Dios creó al hombre a su imagen..., varón y hembra los creó» (*Gén.* 1, 27); y esto es, ante todo, lo que se quiere recordar cuando se afirma que la vida humana es sagrada. El hombre, como ser dotado de inteligencia, de voluntad libre, recibe el derecho a la vida inmediatamente de Dios, del cual es imagen, no de los padres ni de cualquier sociedad o autoridad humana. Pues sólo Dios puede «disponer» de tal don singular: «Yo, Yo sólo soy Dios y ningún otro es Dios como Yo. Soy Yo quien hago morir y resucito, soy Yo quien hiero y devuelvo la salud, y nada hay que pueda estar libre de mi poder» (*Deut.* 32, 39).

El hombre, por tanto, posee la vida como un don, de la cual, sin embargo, no puede considerarse dueño; por esto no puede sentirse árbitro de su propia vida ni de la de los demás. El Antiguo Testamento formula esta conclusión en un precepto del Decálogo: No matar (*Ex.* 20, 13), con la precisión que sigue poco después: «No hagas morir al inocente y al justo, porque yo no perdonaré al malvado» (*Ex.* 23, 7). Cristo, en el Nuevo Testamento, reitera tal precepto como condición para «entrar en la vida» (cfr. *Mt.* 19, 18); pero —significativamente— continúa con la mención del precepto que resume en sí todos los aspectos de la norma moral, dándole su cumplimiento, esto es, el precepto del amor (cfr. 19, 19). Sólo el que ama puede acoger hasta el fondo las exigencias que se derivan del respeto a la vida del prójimo.

A este propósito, recordáis ciertamente las palabras de Cristo en el «Sermón de la montaña»: en tal ocasión, Jesús se refirió casi polémicamente al «no matar» veterotestamentario, viendo en él una expresión de la «insuficiente» justicia de los escribas y fariseos (cfr. *Mt.* 5, 20), e invitando a mirar más a fondo en sí mismo para individuar las perversas raíces de las que surge toda violencia contra la vida; culpable no es sólo el que mata, sino también quien cultiva malos sentimientos y utiliza palabras ofensivas en las relaciones con el prójimo (*Mt.* 5, 21, ss.). Esta es una violencia verbal que prepara el terreno y favorece la aparición de los presupuestos psicológicos del desencadenamiento de la violencia física.

El que quiere respetar la vida y ponerse, además, a su servicio generosamente, debe cultivar en sí mismo sentimientos de comprensión hacia los demás, de participación en sus vicisitudes, de solidaridad humana; en una palabra, sentimientos de amor sincero. El creyente tiene facilidad para esto porque sabe reconocer en cada hombre a un hermano (cfr. *Mt.* 23, 8). Con el que Cristo se identifica hasta el punto de considerar que lo que se haga a uno de ellos a El se le hace (*Mt.* 25, 40-45).

3. Por otra parte, el niño no nacido también es hombre; más aún, si el estar entre «los más pequeños» (cfr. *Mt.* 25, 40) es un privilegiado título de identificación con Cristo, ¿cómo no ver una presencia particular de Cristo en el ser humano en gestación que, entre los demás seres humanos es verdaderamente el más pequeño e inermes, privado como está de todo medio de defensa, hasta de voz para reclamar contra los golpes inferidos a sus derechos más elementales?

Es vuestro deber testimoniar, frente a todos, la estima y el respeto por la vida humana que alimentáis en el corazón; defendedla ardientemente cuando sea preciso; rehusaos a cooperar a su directa supresión. No hay disposición humana que pueda legitimar una acción intrínsecamente inicua, ni mucho menos obligar a nadie a consentirla. La ley, en efecto, recibe su valor vinculante de la función que ella —con fidelidad a la ley divina— desarrolla en servicio del bien común; y éste, a su vez, es tal en la medida en que promueve el bienestar de la persona. Por tanto, ante una ley que se oponga directamente al bien de la persona, que reniegue de la persona en sí misma, suprimiendo su derecho a vivir, el cristiano, recordando las palabras del Apóstol Pedro ante el Sanedrín: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Act.* 5, 29), no puede más que oponer su cortés pero firme rechazo.

Pero vuestra tarea no se limita a esta función, por así decir, negativa. Se extiende a todo un conjunto de labores positivas de gran importancia. A vosotras os corresponde confirmar en el ánimo de los padres el deseo y la alegría ante la nueva vida que surge de su amor; sugerirles la visión cristiana, mostrando con vuestro testimonio que reconocéis en el niño, formado en el seno materno, un don y una bendición de Dios (cfr. *Ps.* 126, 3; 127, 3, ss.); además, estar junto a la madre para reavivar en ella la conciencia de la nobleza de su misión y para reforzar su resistencia frente a las eventuales sugerencias de la pusilanimidad humana; en fin, prodigaros con todo cuidado para asegurar al niño un nacimiento sano y feliz.

¿Y cómo no recordar también, en una visión más amplia de vuestro servicio a la vida, aportar el consejo y la orientación práctica que podéis ofrecer a cada pareja de esposos deseosos de realizar la paternidad responsable con respecto al orden establecido por Dios? [...].

PALABRAS DE JUAN PABLO II, DEL 3-II-1980, EN EL ANGELUS, SOBRE EL DERECHO A LA VIDA

[...]

2. Hoy se celebra en toda Italia la *Jornada por la vida*. Al manifestar mi aprecio por toda iniciativa que se dirija a promover en la opinión pública la consideración y el respeto hacia este valor fundamental, que hoy particularmente está rodeado de insidias por tantas formas de violencia, deseo elevar mi voz una vez más para «evangelizar la vida», en comunión con cada uno de los hombres y mujeres de buena voluntad.

Donde está la vida, está el espíritu de Dios Creador, está su impronta, el sello de su amor. Cada uno de los seres humanos, desde el momento en que es concebido bajo el corazón de la madre, lleva en

sí esta impronta divina, que hace de él un sujeto capaz de abrirse responsablemente a Dios y a los hermanos.

No lo olvidemos: cuando se viola el derecho a la vida de una persona, se asesta un golpe al corazón mismo del orden moral y jurídico, que tiene como finalidad la tutela de los bienes inviolables del hombre. La Iglesia defiende el derecho a la vida, no sólo por respeto a la majestad de Dios, primer Dador de toda vida, sino también por respeto al bien esencial del hombre.

En la *Jornada por la vida*, se confía una consigna al compromiso de cada una de las personas solícitas del verdadero bien social: la de acoger la vida, defenderla, promoverla. Acoger la vida como un don inestimable, que hace más rica a toda la familia humana, trayéndole de parte de Dios una renovada invitación a la esperanza. Defender la vida, especialmente la más débil e inerte, oponiéndose a todo ataque que intente humillarla, oprimirla, destruirla. Promover la vida, ofreciendo la propia colaboración generosa a toda iniciativa que favorezca su elevación hacia metas más dignas de seres humanos, llamados, en Cristo, a participar de la vida misma de Dios [...].

DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 2-VI-1980, EN LA SEDE DE LA UNESCO, PARÍS

Señor Presidente de la Conferencia General,
Señor Presidente del Consejo Ejecutivo,
Señor Director General,
Señoras, Señores:

1. Antes de nada deseo agradecer muy cordialmente al Señor Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la invitación que me ha dirigido en varias ocasiones, ya desde la primera vez que me honró con su visita. Muchas son las razones por las que me llena de alegría el poder responder hoy a esta invitación, que tanto he apreciado.

Agradezco al Señor Napoleón Lebranec, Presidente de la Conferencia General, al Señor Chams Eldine El-Wakil, Presidente del Consejo Ejecutivo, y al Señor Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización, las amables palabras de bienvenida que acaban de pronunciar. Deseo saludar también a cuantos se han reunido aquí para la CIX sesión del Consejo Ejecutivo de la UNESCO. No puedo ocultar mi alegría de ver reunidos en esta ocasión a tantos delegados de las naciones del mundo entero, a tantas personalidades eminentes, a tantos expertos, a tantos ilustres representantes del mundo de la cultura y de la ciencia.

Intentaré con mi intervención aportar mi pequeño grano de arena al edificio que ustedes, señoras y señores, están asidua y perseverantemente construyendo, con su reflexión y sus resoluciones en todos los campos que caen bajo la competencia de la UNESCO.

2. Permítaseme comenzar refiriéndome a los orígenes de vuestra Organización. Los acontecimientos que marcaron la fundación de la UNESCO me inspiran sentimientos de gozo y gratitud a la Providencia: la firma de su constitución el 16 de noviembre de 1945; la entrada en vigor de la misma y el establecimiento de la Organización el 4 de noviembre de 1946; el acuerdo entre la UNESCO y la Organización de las Naciones Unidas aprobada por la Asamblea General de la ONU en el mismo año. Esta Organización es, en efecto, obra de las naciones que, al terminar la terrible II Guerra Mundial, fueron impulsadas por lo que se podría llamar un deseo espontáneo de paz, de unión y de reconciliación. Estas naciones buscaron los medios y las formas de una colaboración capaz de establecer, profundizar y asegurar de modo duradero este nuevo acuerdo. Así, pues, la UNESCO nació, igual que la Organización de las Naciones Unidas, porque los pueblos sabían que el fundamento de las grandes empresas al servicio de la paz y del progreso de la humanidad en todo el mundo, era *la necesidad de la unión de las naciones*, el respeto mutuo y la cooperación internacional.

3. Continuando la acción, el pensamiento y el mensaje de mi gran predecesor el Papa Pablo VI, he tenido el honor de tomar la palabra ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el pasado mes de octubre, invitado por el Señor Kurt Waldheim, Secretario General de la ONU. Poco después, el 12 de noviembre de 1979, fui invitado en Roma por el Señor Edouard Saouma, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. En aquélla ocasión se me concedió la oportunidad de tratar asuntos profundamente ligados al conjunto de problemas que se refieren al futuro pacífico del hombre sobre la tierra. Efectivamente, todos estos problemas están íntimamente relacionados. Nos encontramos, por así decir, ante un vasto sistema de vasos comunicantes: los problemas de la cultura, de la ciencia y de la educación no se presentan, en la vida de las naciones y en las relaciones internacionales, desligados de los otros problemas de la existencia humana, como son los de la paz o el hambre. Los problemas de la cultura están condicionados por las otras dimensiones de la existencia humana, de la misma manera que ellos, a su vez, las condicionan.

4. Hay, sin embargo, una dimensión fundamental —y así lo subrayé en mi discurso a la ONU al referirme a la Declaración universal de los Derechos del Hombre—, que es capaz de remover desde sus cimientos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad y de liberar a la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que pesan sobre ella. Esta dimensión fundamental es el hombre, el hombre integralmente considerado, el hombre que vive al mismo tiempo en la esfera de los valores materiales y en la de los espirituales.

El respeto de los derechos inalienables de la persona humana es el fundamento de todo (cfr. *Discurso a la ONU*, núms. 7 y 13).

Toda amenaza contra los derechos del hombre, sea en el marco de sus bienes espirituales o en el de sus bienes materiales, va contra esta dimensión fundamental. Por eso subrayé en mi discurso a la FAO que ningún hombre, ningún país ni ningún sistema del mundo puede permanecer indiferente ante la «geografía del hambre» y las amenazas gigantescas que se desencadenarán si no cambian esencial y radicalmente toda la orientación de la política económica, y en particular la jerarquía de las inversiones. Por eso insisto también, al referirme a los orígenes de vuestra Organización, en la necesidad de movilizar todas las fuerzas que encauzan la dimensión espiritual de la existencia humana, que testimonian la primacía de lo espiritual en el hombre —de lo que corresponde a la dignidad de su inteligencia, de su voluntad y de su corazón— para no sucumbir de nuevo ante la monstruosa alienación del mal colectivo, que siempre está dispuesto a utilizar los poderes materiales en la lucha exterminadora de los hombres contra los hombres, de las naciones contra las naciones.

5. En el origen de la UNESCO, igual que en la base de la Declaración universal de los Derechos del Hombre, se encuentran, pues, estos primeros nobles impulsos de la conciencia humana, de la inteligencia y de la voluntad. Me apelo a ese origen, a ese comienzo, a esas premisas y a esos primeros principios. En su nombre vengo hoy a París, a la sede de vuestra Organización, con una súplica: que después de una etapa de más de treinta años de actividades, se unan ustedes aún más en torno a estos ideales y a los principios que inspiraron los comienzos. En su nombre me permitiré también proponerles a ustedes algunas consideraciones verdaderamente fundamentales, pues sólo a su luz resplandece plenamente el significado de esta institución que se llama UNESCO, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

6. *Genus humanum arte et ratione vivit* (cfr. Santo Tomás, comentando a Aristóteles, en *Post Analyt.*, núm. 1). Estas palabras de uno de los más grandes genios del cristianismo, que fue al mismo tiempo un fecundo continuador del pensamiento antiguo, nos hacen ir más allá del círculo y de la significación contemporánea de la cultura occidental, sea mediterránea o atlántica. Tienen una significación aplicable al conjunto de la humanidad en la que se encuentran las diversas tradiciones que constituyen su herencia espiritual y las diversas épocas de su cultura. La significación esencial de la cultura consiste, según estas palabras de Santo Tomás de Aquino, en el hecho de ser una característica de la vida humana como tal. *El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura.* La vida humana es cultura también en el sentido de que el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible: el hombre no puede prescindir de la cultura.

La cultura es un modo específico del «existir» y del «ser» del hombre. El hombre vive siempre según una cultura que le es propia, y que, a su vez, crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana. *En la unidad* de la cultura como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo *la pluralidad de culturas* en cuyo seno vive el hombre. El hombre se desarrolla en esta pluralidad, sin perder, sin embargo, el contacto esencial con la unidad de la cultura, en tanto que es dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser.

7. El hombre, que en el mundo visible, es el *único sujeto* óntico *de la cultura*, es también *su único objeto y su término*. La cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, «es» más, accede más al «ser». En esto encuentra también su fundamento la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su «tener», no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el «tener» del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su «tener», puede al mismo tiempo «ser» más plenamente como hombre, llegar a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad. La experiencia de las diversas épocas, sin excluir la presente, demuestra que se piensa en la cultura y se habla de ella *principalmente en relación con la naturaleza del hombre*, y luego solamente *de manera secundaria e indirecta en relación con el mundo de sus productos*. Todo esto no impide, por otra parte, que juzguemos el fenómeno de la cultura a partir de lo que el hombre produce, o que de esto saquemos conclusiones acerca del hombre. Un procedimiento semejante —modo típico del proceso de conocimiento «a posteriori»— contiene en sí mismo la posibilidad de remontar, en sentido inverso, hacia las dependencias óntico-causales. El hombre, y sólo el hombre, es «autor», o «artífice» de la cultura; el hombre, y sólo el hombre, se expresa en ella y en ella encuentra su propio equilibrio.

8. Todos los aquí presentes nos encontramos *en el terreno de la cultura, realidad fundamental* que nos une y que está en la base del establecimiento y de las finalidades de la UNESCO. Por este mismo hecho nos encontramos en torno al hombre y, en un cierto sentido, en él, en el hombre. Este *hombre*, que se expresa en y por la cultura y es objeto de ella, es *único, completo e indivisible*. Es a la vez sujeto y artífice de la cultura. Según esto no se le puede considerar únicamente como resultante de todas las condiciones concretas de su existencia, como resultante —por no citar más que un ejemplo— de las relaciones de producción que prevalecen en una época determinada. ¿No sería entonces, de alguna manera, este criterio de las relaciones

de producción *una clave para la comprensión* de la historicidad del hombre, para la comprensión de su cultura y de las múltiples formas de su desarrollo? Ciertamente, este criterio constituye una clave, e incluso una clave preciosa, pero no la clave fundamental constitutiva. Las culturas humanas reflejan, sin duda, los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es tal o tal sistema lo que está en el origen de la cultura, sino el hombre, el hombre que vive en el sistema, que lo acepta o que intenta cambiarlo. No se puede pensar una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; sino que, en el campo de la cultura, *el hombre es siempre el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental* de la cultura.

Y esto lo es el hombre siempre en su totalidad: *en el conjunto integral de su subjetividad espiritual y material*. Si, en función del carácter y del contenido de los productos en los que se manifiesta la cultura, es pertinente la distinción entre cultura espiritual y cultura material, es necesario constatar al mismo tiempo que, por una parte, las obras de la cultura material hacen aparecer siempre una «*espiritualización*» de la materia, una sumisión del elemento material a las fuerzas espirituales del hombre, es decir, a su inteligencia y a su voluntad, y que, por otra parte, las obras de la cultura espiritual manifiestan, de forma específica, una «*materialización*» del espíritu, una encarnación de lo que es espiritual. Parece que, en las obras culturales, esta doble característica es igualmente primordial y permanente.

Así, pues, a modo de conclusión teórica, ésta es una base suficiente para comprender la cultura a través del hombre integral, a través de toda la realidad de su subjetividad. Esta es también, en el campo del obrar, la base suficiente para buscar siempre en la cultura al hombre integral, al hombre todo entero, en toda la verdad de su subjetividad espiritual y corporal; la base suficiente para *no superponer* a la cultura —sistema auténticamente humano, síntesis espléndida del espíritu y del cuerpo— *divisiones y oposiciones preconcebidas*. En efecto, ni una absolutización de la materia en la estructura del sujeto humano o, inversamente, una absolutización del espíritu en esta misma estructura, expresan la verdad del hombre ni prestan servicio alguno a su cultura.

9. Querría detenerme aquí en otra consideración esencial, en una realidad de orden muy distinto. Podemos abordarla haciendo notar que la Santa Sede está representada en la UNESCO por su Observador permanente, cuya presencia se sitúa en la perspectiva de la naturaleza misma de la Sede Apostólica. Esta presencia está en consonancia, en un sentido aún más amplio, con la naturaleza y misión de la Iglesia católica e, indirectamente, con la de todo el cristianismo. Aprovecho la oportunidad que se me ofrece hoy para expresar una convicción personal profunda. *La presencia de la Sede Apostólica* ante vuestra Organización —aunque motivada también por la soberanía específica de la Santa Sede— encuentra su razón de ser, por encima de todo, en *la relación orgánica y constitutiva* que existe entre *la religión* en general y el cristianismo en particular, por una parte, y *la cultura*, por

otra. Esta relación se extiende a las múltiples realidades que es preciso definir como expresiones concretas de la cultura en las diversas épocas de la historia y en todos los puntos del globo. Ciertamente no será exagerado afirmar en particular que, a través de una multitud de hechos, Europa toda entera —del Atlántico a los Urales— atestigua, en la historia de cada nación y en la de la comunidad entera, la relación entre la cultura y el cristianismo.

Al recordar esto, no quiero disminuir de ninguna manera la herencia de los otros continentes, ni la especificidad y el valor de esta misma herencia que deriva *de otras fuentes de inspiración religiosa, humanista y ética*. Al contrario, deseo rendir *el más profundo y sincero homenaje* a todas las culturas del conjunto de la familia humana, desde las más antiguas a las que nos son contemporáneas. Teniendo presentes todas las culturas, quiero decir en voz alta aquí, en París, en la sede de la UNESCO, con respeto y admiración: «¡He aquí al hombre!». Quiero proclamar mi admiración ante la riqueza creadora del espíritu humano, ante sus esfuerzos incesantes por conocer y afirmar *la identidad del hombre*: de este hombre que está siempre presente en todas las formas particulares de la cultura.

10. Sin embargo, al hablar del *puesto de la Iglesia* y de la Sede Apostólica ante vuestra Organización, no pienso solamente en todas las obras de la cultura en las que, a lo largo de los dos últimos milenios, se expresaba el hombre que había aceptado a Cristo y al Evangelio, ni en las instituciones de diversa índole que nacieron de la misma inspiración en el campo de la educación, de la instrucción, de la beneficencia, de la asistencia social, y en tantos otros. Pienso sobre todo, señoras y señores, *en la vinculación fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma*. Este vínculo es efectivamente creador de cultura en su fundamento mismo. Para crear la cultura hay que considerar íntegramente, y hasta sus últimas consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como sujeto portador de la trascendencia de la persona. Hay que *afirmar al hombre por él mismo*, y no por ningún otro motivo o razón: ¡únicamente por él mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre en razón de la particular dignidad que posee. El conjunto de las afirmaciones que se refieren al hombre pertenece a la sustancia misma del mensaje de Cristo y de la misión de la Iglesia, a pesar de todo lo que los espíritus críticos hayan podido declarar sobre este punto, y a pesar de todo lo que hayan podido hacer las diversas corrientes opuestas a la religión en general, y al cristianismo en particular.

A lo largo de la historia, hemos sido ya más de una vez, y lo somos aún, *testigos de un proceso, de un fenómeno muy significativo*. Allí donde han sido suprimidas *las instituciones religiosas*, allí donde se ha privado de su derecho de ciudadanía a las ideas y a las obras nacidas de la inspiración religiosa, y en particular de la inspiración cristiana, los hombres encuentran de nuevo esto mismo *fuera de los caminos institu-*

cionales, a través de la confrontación que tiene lugar, en la verdad y en el esfuerzo interior, entre lo que constituye su humanidad y el contenido del mensaje cristiano.

Señoras y señores, permídenme esta afirmación. Al proponerla, no he querido ofender a nadie en absoluto. Les ruego que comprendan que, en nombre de lo que yo soy, *no podía abstenerme de dar este testimonio*. En él se encierra también esta verdad —que no puede silenciarse— sobre la cultura, si se busca en ella todo lo que es humano, aquello en lo cual se expresa el hombre o a través de lo cual quiere ser el sujeto de su existencia. Al hablar de ello, quería *manifestar* también *mi gratitud* por los lazos que unen la UNESCO con la Sede Apostólica, estos lazos de los que mi presencia hoy aquí quiere ser una expresión particular.

11. De todo esto se desprende un cierto número de conclusiones capitales. Las consideraciones que acabo de hacer, en efecto, ponen de manifiesto que *la primera y esencial tarea de la cultura*, en general, y también de toda cultura, *es la educación*. La educación consiste, en efecto, en que el hombre llegue a ser cada vez más hombre, que pueda «ser» más y no sólo que pueda «tener» más, y que, en consecuencia, a través de todo lo que «tiene», todo lo que «posee», sepa «ser» más plenamente hombre. Para ello es necesario que el hombre sepa «ser más» no sólo «con los otros», sino también «para los otros». La educación tiene una importancia fundamental para la formación de las relaciones inter-humanas y sociales. También aquí abordo un conjunto de axiomas, en los que las tradiciones del cristianismo, nacidas del Evangelio, coinciden con la experiencia educativa de tantos hombres bien dispuestos y profundamente sabios, tan numerosos en todos los siglos de la historia. Tampoco faltan en nuestra época éstos *hombres que aparecen como grandes*, sencillamente por su *humanidad, que saben compartir* con los otros, especialmente con los jóvenes. Al mismo tiempo, los síntomas de las crisis de todo género, ante las cuales sucumben los ambientes y las sociedades por otra parte mejor provistos —crisis que afectan principalmente a las jóvenes generaciones— testimonian, a cual mejor, que la obra de la educación del hombre *no se realiza sólo con la ayuda de las instituciones*, con la ayuda de medios organizados y materiales, por excelentes que sean. Ponen de manifiesto también que lo más importante es siempre *el hombre*, el hombre y *su autoridad moral* que proviene de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con sus principios.

12. Como la más competente Organización mundial, en todos los problemas de la cultura, la UNESCO no puede descuidar este otro punto absolutamente primordial: ¿Qué hacer para que la educación del hombre se realice *sobre todo en la familia*?

¿Cuál será el grado de moralidad pública que asegure a la familia, y sobre todo a los padres, la autoridad moral necesaria para este fin? ¿Qué tipo de instrucción? ¿Qué formas de legislación sostienen esta

autoridad o, al contrario, la debilitan o destruyen? Las causas del éxito o del fracaso en la formación del hombre por su familia se sitúan siempre a la vez en el *interior* mismo del núcleo fundamentalmente creador de la cultura, que es la familia, y también a un nivel superior, el de la competencia del Estado y de los órganos, de quienes las familias dependen. Estos problemas no pueden dejar de provocar la reflexión y la preocupación en el foro donde se reúnen los representantes cualificados de los Estados.

No hay duda de que el hecho cultural primero y fundamental es el hombre espiritualmente maduro, es decir, el hombre plenamente educado, el hombre capaz de educarse por sí mismo y de educar a los otros. No hay duda tampoco de que la dimensión primera y fundamental de la cultura es la sana moralidad: *la cultura moral*.

13. En este campo se plantean, ciertamente, numerosas cuestiones particulares, pero la experiencia demuestra que todo va unido, y que estas cuestiones están encuadradas en sistemas de clara dependencia recíproca. Por ejemplo, en el conjunto del proceso educativo, de la educación escolar particularmente, ¿no ha tenido lugar un *desplazamiento unilateral hacia la instrucción en el sentido estricto del término*? Si se consideran las proporciones que ha tomado este fenómeno, así como el crecimiento sistemático de la instrucción que se refiere únicamente a lo que posee el hombre, ¿no es el hombre quien se encuentra cada vez más oscurecido? Esto lleva consigo una verdadera *alienación de la educación*: en lugar de obrar en favor de lo que el hombre debe «ser», la educación actúa únicamente en favor de lo que el hombre puede crecer en el aspecto del «tener», de la «posesión». La siguiente etapa de esta alienación es habituar al hombre, privándole de su propia subjetividad, a ser *objeto de múltiples manipulaciones*: las manipulaciones ideológicas o políticas que se hacen a través de la opinión pública; las que tienen lugar a través del monopolio o del control, por parte de las fuerzas económicas o de los poderes políticos, de los medios de comunicación social; la manipulación, finalmente, que consiste en enseñar la vida como manipulación específica de sí mismo.

Parece que estos peligros en materia de educación amenazan sobre todo a las sociedades con una civilización técnica más desarrollada. Estas sociedades se encuentran ante la *crisis específica del hombre* que consiste en una *creciente falta de confianza en su propia humanidad*, en la significación del hecho de ser hombre y de la afirmación y de la alegría que de ello se siguen y que son fuente de creatividad. La civilización contemporánea intenta imponer al hombre una serie de *imperativos aparentes*, que sus portavoces justifican recurriendo al principio del desarrollo y del progreso. Así, por ejemplo, en lugar del respeto a la vida, «el imperativo» de desembarazarse de la vida y destruirla; en lugar del amor, que es comunión responsable de las personas, «el imperativo» del máximo de placer sexual al margen de todo sentido de responsabilidad; en lugar de la primacía de la verdad en las acciones, la «pri-

macía» del comportamiento de moda, de lo subjetivo y del éxito inmediato.

En todo esto se expresa indirectamente una gran *renuncia sistemática* a la sana ambición, que es la ambición de ser hombre. No nos hagamos ilusiones: el sistema formado sobre la base de estos falsos imperativos, de estas renunciaciones fundamentales, puede determinar el futuro del hombre y el futuro de la cultura.

14. Si, en nombre del futuro de la cultura, se debe proclamar que el hombre tiene derecho a «ser» más, y si por la misma razón se debe exigir una sana *primacía de la familia* en el conjunto de la acción educativa del hombre para una verdadera humanidad, debe situarse también en la misma línea el *derecho de la nación*; se le debe situar también *en la base de la cultura y de la educación*.

La nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe «por» y «para» la cultura, y así es ella la gran educadora de los hombres para que puedan «ser más» en la comunidad. La nación es esta comunidad que posee una historia que supera la historia del individuo y de la familia. En esta comunidad, en función de la cual educa toda familia, la familia comienza su obra de educación por lo más simple, la lengua, haciendo posible de este modo que el hombre aprenda a hablar y llegue a ser miembro de la comunidad, que es su familia y su nación. En todo esto que ahora estoy proclamando y que desarrollaré aún más, mis palabras traducen una experiencia particular, un *testimonio particular* en su género. Soy hijo de una nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, que ha sido condenada a muerte por sus vecinos en varias ocasiones, pero que ha sobrevivido y que ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de haber sido dividida y ocupada por extranjeros, ha conservado su soberanía nacional, no porque se apoyara en los recursos de la fuerza física, sino *apoyándose exclusivamente en su cultura*. Esta cultura resultó tener un poder mayor que todas las otras fuerzas. Lo que digo aquí respecto al derecho de la nación a fundamentar su cultura y su porvenir, no es el eco de ningún «nacionalismo», sino que se trata de un elemento estable de la experiencia humana y de las *perspectivas humanistas del desarrollo del hombre*. Existe una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía por la que, al mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano. Al expresarme así, pienso también, con una profunda emoción interior, en las *culturas de tantos pueblos antiguos* que no han cedido cuando han tenido que enfrentarse a las civilizaciones de los invasores; y continúan siendo para el hombre la fuente de su «ser» de hombre en la verdad interior de su humanidad. Pienso con admiración también en las *culturas de las nuevas sociedades*, de las que se despiertan a la vida en la comunidad de la propia nación —igual que en mi nación se despertó a la vida hace diez siglos— y que luchan por mantener su

propia identidad y sus propios valores contra las influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior.

15. Al dirigirme a ustedes, señoras y señores, que se reúnen en este lugar desde hace más de treinta años en nombre de la primacía de las realidades culturales del hombre, de las comunidades humanas, de los pueblos y de las naciones, les digo: velen, con todos los medios a su alcance, por esta soberanía fundamental que posee cada nación en virtud de su propia cultura. Protéjanla como a la niña de sus ojos para el futuro de la gran familia humana. ¡Protéjanla! No permitan que esta soberanía fundamental se convierta en presa de cualquier interés político o económico. No permitan que sea víctima de los totalitarismos, imperialismos o hegemonías, para los que el hombre no cuenta sino como objeto de dominación y no como sujeto de su propia existencia humana. Incluso la nación —su propia nación o las demás— no cuenta para ellos más que como objeto de dominación y cebo de intereses diversos, y no como sujeto: el sujeto de la soberanía proveniente de la auténtica cultura que le pertenece en propiedad. ¿No hay, en el mapa de Europa y del mundo, naciones que tienen una *maravillosa soberanía histórica* proveniente de su cultura, y que sin embargo se ven privadas de su plena soberanía? ¿No es éste un punto importante para el futuro de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época cuando tan urgente es eliminar los restos del colonialismo?

16. Esta soberanía que existe y que tiene su origen en la cultura propia de la nación y de la sociedad, en la primacía de la familia en la acción educativa y, por fin, en la dignidad personal de todo hombre, *debe permanecer como el criterio fundamental* en la manera de tratar este problema importante para la humanidad de hoy, que es el problema de los *medios de comunicación social* (de la información vinculada a ellos y también de lo que se llama la «cultura de masas»). Dado que estos medios son los medios «sociales» de la comunicación, no pueden ser *medios de dominación sobre los otros*, tanto por parte de los agentes del poder político, como de las potencias financieras que imponen su programa y su modelo. Deben llegar a ser el medio —y de qué importancia!— *de expresión* de esta *sociedad* que se sirve de ellos, y que les asegura también su existencia. Deben tener en cuenta las verdaderas necesidades de esta sociedad. Deben tener en cuenta la cultura de la nación y su historia. Deben *respetar la responsabilidad de la familia en el campo de la educación*. Deben tener en cuenta el bien del hombre, su dignidad. No pueden estar sometidos al criterio del interés, de lo sensacional o del éxito inmediato, sino que, teniendo en cuenta las exigencias de la ética, deben servir a la construcción de una vida «más humana».

17. *Genus humanum arte et ratione vivit*. En realidad, se afirma que *el hombre es él mismo mediante la verdad*, y *llega a ser más él mismo mediante el conocimiento* cada vez más perfecto de la verdad. Querría rendir homenaje aquí, señoras y señores, a todos los méritos

de esta Organización vuestra, y al mismo tiempo al compromiso y a todos los esfuerzos de los Estados y de las Instituciones que ustedes representan, en la línea de la *popularización de la instrucción* en todos los grados y a todos los niveles, en la línea de la eliminación del analfabetismo, que significa la ausencia de toda instrucción —incluso de la más elemental—, ausencia dolorosa no sólo desde el punto de vista de la cultura elemental de los individuos y de los ambientes, sino también desde el punto de vista del progreso socio-económico. Hay índices inquietantes de retraso en este campo, ligado muchas veces a una distribución de los bienes radicalmente desigual e injusta: pensemos en las situaciones en las que, al lado de una oligarquía plutocrática, poco numerosa, existen multitudes de ciudadanos hambrientos viviendo en la miseria. Este retraso puede ser eliminado no mediante sanguinarias luchas por el poder, sino sobre todo mediante la *alfabetización sistemática* lograda por la difusión y la popularización de la instrucción. Es necesario un esfuerzo en este sentido si se desean lograr enseguida los cambios que se imponen en el terreno de lo socio-económico. El hombre, que «es más» gracias también a lo que «tiene», y a lo que «posee», debe *saber poseer*, es decir, *disponer y administrar* los medios que posee, para su bien propio y para el bien común. La instrucción es indispensable para ello.

18. El problema de la instrucción siempre estuvo estrechamente ligado a la *misión de la Iglesia*. La Iglesia, a lo largo de los siglos, ha fundado escuelas a todos los niveles; hizo nacer las universidades medievales en Europa: en París y en Bolonia, en Salamanca y en Heidelberg, en Cracovia y en Lovaina. También en nuestra época ofrece la misma contribución en todos los lugares donde su actividad en este campo es solicitada y respetada. Permítaseme reivindicar en este lugar *para las familias católicas* el derecho que toda familia tiene de educar a sus hijos en escuelas que correspondan a su propia visión del mundo, y en particular el estricto derecho de los padres creyentes a no ver a sus hijos, en las escuelas, sometidos a programas inspirados por el ateísmo. Ese es en efecto uno de los derechos fundamentales del hombre y de la familia.

19. El sistema de enseñanza está orgánicamente ligado al sistema de las diversas formas de orientar la *práctica y la popularización de la ciencia*, que es para lo que sirven los establecimientos de enseñanza de nivel superior, las universidades y también, dado el desarrollo actual de la especialización y de los métodos científicos, los institutos especializados. Se trata de instituciones de las que sería difícil hablar sin una profunda emoción. Son los *bancos de trabajo*, en los que tanto la vocación del hombre al conocimiento como el *vínculo* constitutivo de la humanidad *con la verdad* como objetivo del conocimiento, se hacen realidad de cada día, se hacen, en cierto sentido, el pan cotidiano de tantos maestros, venerados corifeos de la ciencia, y en torno a ellos, de los jóvenes investigadores dedicados a la ciencia y a sus aplica-

ciones, y también de multitud de estudiantes que frecuentan estos centros de la ciencia y del conocimiento.

Nos encontramos aquí como *en los más elevados grados de la escala* por la que el hombre, desde el principio, trepa hacia el conocimiento de la realidad del mundo que le rodea, y hacia el conocimiento de los misterios de su humanidad. Este proceso histórico ha alcanzado en nuestra época *posibilidades* hasta ahora desconocidas; ha abierto a la inteligencia humana *horizontes* insospechados hasta entonces. Sería difícil entrar aquí en el detalle pues, en el camino del conocimiento, las orientaciones de la especialización son tan numerosas como rico es el desarrollo de la ciencia.

20. Vuestra Organización es un lugar de encuentro, de un encuentro que engloba en su más amplio sentido, todo el campo tan esencial de la cultura humana. Este auditorio es, pues, el lugar más indicado para *saludar* a todos los hombres de ciencia, y rendir particularmente homenaje a los que están aquí presentes y han obtenido por sus trabajos el más alto reconocimiento y las más eminentes distinciones mundiales. Permítaseme, por tanto, expresar también algunos deseos que, estoy seguro, coinciden con el pensar y el sentir de los miembros de esta augusta asamblea.

Si mucho nos edifica en el trabajo científico —nos edifica y también nos alegra profundamente—, *este avance del conocimiento desinteresado de la verdad*, a cuyo servicio se entrega el sabio con la mayor dedicación y a veces con riesgo de su salud e incluso de su vida, mucho más debe preocuparnos todo lo que está en contradicción con los principios del desinterés y de la objetividad, todo lo que haría de la *ciencia un instrumento* para conseguir objetivos que nada tienen que ver con ella. Sí, debemos preocuparnos de todo lo que proponen y presuponen esos fines no científicos y que exige de los hombres de ciencia que se pongan a su servicio sin permitirles juzgar ni decidir, con independencia de espíritu, acerca de la *honestidad humana y ética* de tales fines o les amenaza de sufrir las consecuencias si se niegan a colaborar.

¿Acaso tienen necesidad de pruebas o de comentarios esos fines no científicos de los que estoy hablando y ese problema que planteo? Ustedes saben a qué me refiero; baste aludir al hecho de que, entre los que, al final de la última guerra mundial fueron citados ante los tribunales internacionales, había también hombres de ciencia. Señoras y señores, les pido que me perdonen estas palabras, pero no sería fiel a los deberes de mi tarea si no las pronunciara, no por volver sobre el pasado, sino por defender el *futuro de la ciencia y de la cultura humana*: más aún, ¡por defender el futuro del hombre y del mundo! Pienso que Sócrates, quien con su rectitud poco común, pudo sostener que la ciencia era al mismo tiempo una virtud moral, tendría que rebajar su certeza si hubiera podido considerar las experiencias de nuestro tiempo.

21. Nos damos cuenta de ello, señoras y señores, el *futuro del hombre y del mundo está amenazado*, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones ciertamente nobles de los hombres del saber, de los hom-

bres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados —en perjuicio del imperativo ético— para fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, e incluso para *finés de destrucción y de muerte*, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando daños verdaderamente inimaginables. Mientras que la ciencia está llamada a estar al servicio de la vida del hombre, se constata demasiadas veces, sin embargo, que está sometida a fines que son destructivos de la verdadera dignidad del hombre y de la vida humana. Eso es lo que ocurre cuando la investigación científica está orientada hacia esos fines o cuando sus resultados se aplican a fines contrarios al bien de la humanidad. Esto se verifica tanto en el terreno de las manipulaciones genéticas y de las experimentaciones biológicas, como en el de las armas químicas, bacteriológicas o nucleares.

Dos consideraciones me llevan a someter a vuestra reflexión sobre todo la amenaza nuclear que pesa sobre el mundo de hoy y que, si no es conjurada, podría conducir a la destrucción de los frutos de la cultura, los productos de la civilización elaborada a través de siglos por sucesivas generaciones de hombres que han creído en la primacía del espíritu, y que no han aborrido ni sus esfuerzos ni sus fatigas. La primera consideración es ésta. Razones geo-políticas, problemas económicos de dimensión mundial, incomprensiones terribles, orgullos nacionales heridos, el materialismo de nuestra época y la decadencia de los valores morales han llevado a nuestro mundo a una situación de inestabilidad, a *un equilibrio frágil* que puede ser destruido de un momento a otro, como consecuencia de errores de juicio, de información o de interpretación.

Otra consideración se añade todavía a esta inquietante perspectiva. ¿Se puede estar seguro hoy de que la ruptura del equilibrio no llevaría a una guerra, y a una guerra en la que no se dudaría de recurrir a las armas nucleares? Hasta ahora se ha dicho que las armas nucleares han venido constituyendo una fuerza de disuasión que ha impedido que estalle una guerra mayor, y eso probablemente es cierto. Pero también es posible preguntarse si siempre será así. Las armas nucleares, sean del calibre o del tipo que sean, se perfeccionan más cada año y se van añadiendo al arsenal de un número creciente de países. ¿Cómo estar seguros de que el uso de armas nucleares, incluso con fines de defensa nacional o en el caso de conflictos limitados, no llevará consigo *una escalada inevitable*, que conduciría a una destrucción que la humanidad no puede ni imaginar ni aceptar jamás? Pero no es a ustedes, hombres de ciencia y de cultura, a quienes debo yo pedir que no cierren los ojos ante lo que una guerra nuclear puede representar para la humanidad entera (cfr. *Homilía en la Jornada mundial de la Paz*, 1 de enero de 1980).

22. Señoras y señores: El mundo no podrá seguir mucho tiempo por este camino. Al hombre que ha tomado conciencia de la situación y de lo que está en juego, al hombre que tiene presente, aunque sólo sea de forma elemental, las responsabilidades que incumben a cada uno, se le

impone una convicción, que es al mismo tiempo *un imperativo moral*: ¡Hay que movilizar las conciencias! Hay que aumentar *los esfuerzos de las conciencias humanas* en la medida de la tensión entre el bien y el mal a la que están sometidos los hombres al final del siglo veinte. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia (cfr. *Redemptor hominis*, 16). La causa del hombre será servida si la ciencia se alía con la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva «el sentido de la transcendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre» (*Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10 de noviembre de 1979, núm. 4).

Así, aprovechando la ocasión de mi presencia hoy en la sede de la UNESCO, yo, hijo de la humanidad y Obispo de Roma, me dirijo directamente a ustedes, hombres de ciencia, a ustedes que están reunidos aquí, a ustedes, las más altas autoridades en todos los campos de la ciencia moderna. Y me dirijo, a través de ustedes, a sus colegas y amigos de todos los países y de todos los continentes.

Me dirijo a ustedes en nombre de esta terrible amenaza que pesa sobre la humanidad y, al mismo tiempo, en nombre del futuro y del bien de esta humanidad en el mundo entero. Y les suplico: *Despleguemos todos nuestros esfuerzos* para instaurar y respetar, en todos los campos de la ciencia, la primacía de la ética. Despleguemos sobre todo nuestros esfuerzos para preservar la familia humana de la horrible perspectiva de la guerra nuclear.

Ya traté este tema ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, en Nueva York, el 2 de octubre del año pasado. Hoy les hablo a ustedes. Me dirijo a su inteligencia y a su corazón, por encima de las pasiones, las ideologías y las fronteras. Me dirijo a todos aquellos que, por su poder político o económico, podrían verse inducidos, y muchas veces lo son, a imponer a los hombres de ciencia *las condiciones de su trabajo y su orientación*. Me dirijo sobre todo a cada hombre de ciencia individualmente y a toda la comunidad científica internacional.

Todos ustedes unidos representan una potencia enorme: la potencia de las inteligencias y de las conciencias. ¡Muéstrense más poderosos que los más poderosos de nuestro mundo contemporáneo! Decídanse a demostrar la más noble solidaridad con la humanidad: la que se funda en la dignidad de la persona humana. Construyan la paz, empezando por su fundamento: *el respeto de todos los derechos del hombre*, los que están ligados a su dimensión material y económica, y los que están ligados a la dimensión espiritual e interior de su existencia en este mundo. ¡Que la sabiduría les inspire! ¡Que el amor les guíe, este amor que ahogará la amenaza creciente del odio y de la destrucción! Hombres de ciencia, comprometan toda su autoridad moral para salvar a la humanidad de la destrucción nuclear.

23. Se me ha concedido realizar hoy *uno de los deseos más vivos de mi corazón*. Se me ha concedido penetrar, aquí mismo, en el interior del Arcópag, que es el del mundo entero. Se me ha concedido decirles

a todos ustedes, miembros de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, a ustedes que trabajan por el bien y la reconciliación de los hombres y de los pueblos a través de todos los campos de la cultura, la educación, la ciencia y la información, decirles y gritarles desde el fondo del alma: ¡Sí! ¡El futuro del hombre depende de la cultura! ¡Sí! ¡La paz del mundo depende de la *primacía del Espíritu!* ¡Sí! ¡El porvenir pacífico de la humanidad depende *del amor!*

Su contribución personal, señoras y señores, es importante, es vital. Se sitúa en el *planteamiento correcto* de los problemas a cuya solución consagran su servicio.

Mi palabra final es ésta: No se detengan. Continúen. Continúen siempre.

DECLARACION SOBRE LA EUTANASIA. SAGRADA CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE, DE 5 DE MAYO DE 1980

Los derechos y valores inherentes a la persona humana ocupan un puesto importante en la problemática contemporánea. A este respecto, el Concilio Euménico Vaticano II ha reafirmado solemnemente la dignidad excelente de la persona humana y de modo particular su derecho a la vida. Por ello ha denunciado los crímenes contra la vida, como «homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado» (*Gaudium et spes*, 27).

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, que recientemente ha recordado la doctrina católica acerca del aborto procurado¹, juzga oportuno proponer ahora la enseñanza de la Iglesia sobre el problema de la eutanasia.

En efecto, aunque continúen siendo siempre válidos los principios enunciados en este terreno por los últimos Pontífices², los progresos de la

1. *Declaratio de abortu procurato*, 18 noviembre 1974 (AAS 66 [1974], pp. 730-747).

2. Pío XII, *Discurso a las congresistas de la «Union internationale des Ligues féminines catholiques»*, 11 septiembre 1947 (AAS 39 [1947], p. 483); *Alocución a la Unión católica italiana de Comadronas*, 29 octubre 1951 (AAS 43 [1951], pp. 835-854); *Discurso a los miembros de la Oficina internacional de documentación de medicina militar*, 19 octubre 1953 (AAS 45 [1953], pp. 744-754); *Discurso a los participantes en el IX Congreso de la Sociedad italiana de Anestesiología*, 24 febrero 1957 (AAS 49 [1957], p. 146); cfr. también *Alocución sobre la «Reanimación»*, 24 noviembre 1957 (AAS 49 [1957], pp. 1027-1033). PABLO VI, *Discurso a los miembros del Comité especial de las Naciones Unidas para la cuestión del «apartheid»*, 22 mayo 1974 (AAS 66 [1974], p. 346). JUAN PABLO II, *Alocución a los obispos de USA*, 5 octubre 1979 (AAS 71 [1979], p. 1225).

medicina han hecho aparecer, en los recientes años, nuevos aspectos del problema de la eutanasia que deben ser precisados ulteriormente en su contenido ético.

En la sociedad actual, en la que no raramente son cuestionados los mismos valores fundamentales de la vida humana, la modificación de la cultura influye en el modo de considerar el sufrimiento y la muerte; la medicina ha aumentado su capacidad de curar y de prolongar la vida en determinadas condiciones que a veces ponen problemas de carácter moral. Por ello los hombres que viven en tal ambiente se interrogan con angustia acerca del significado de la ancianidad prolongada y de la muerte, preguntándose consiguientemente si tienen el derecho de procurarse a sí mismos o a sus semejantes la «muerte dulce», que serviría para abreviar el dolor y sería, según ellos, más conforme con la dignidad humana.

Diversas Conferencias Episcopales han preguntado al respecto a esta Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, la cual, tras haber pedido el parecer de personas expertas acerca de los varios aspectos de la eutanasia, quiere responder con esta Declaración a las peticiones de los obispos, para ayuilarles a orientar rectamente a los fieles y ofrecerles elementos de reflexión que puedan presentar a las autoridades civiles a propósito de este gravísimo problema.

La materia propuesta en este documento concierne ante todo a los que ponen su fe y esperanza en Cristo, el cual mediante su vida, muerte y resurrección ha dado un nuevo significado a la existencia y sobre todo a la muerte del cristiano, según las palabras de San Pablo: «pues si vivimos, para el Señor vivimos y si morimos, morimos para el Señor. En fin, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos» (*Rom.* 14, 8; *Flp.* 1, 20).

Por lo que se refiere a quienes profesan otras religiones, muchos admitirán con nosotros que la fe —si la condividen— en un Dios creador, Providente y Señor de la vida confiere un valor eminente a toda persona humana y garantiza su respeto.

Confiamos, sin embargo, en que esta Declaración recogerá el consenso de tantos hombres de buena voluntad, los cuales, por encima de diferencias filosóficas o ideológicas, tienen una viva conciencia de los derechos de la persona humana. Tales derechos, por lo demás, han sido proclamados frecuentemente en el curso de los últimos años en declaraciones de Congresos Internacionales³; y tratándose de derechos fundamentales de cada persona humana, es evidente que no se puede recurrir a argumentos sacados del pluralismo político o de la libertad religiosa para negarles valor universal.

3. Vid. especialmente la recomendación 779 (1976), relativa a los derechos de los enfermos y de los moribundos, de la Asamblea parlamentaria de Europa en su XXVII sesión ordinaria. Cfr. SIPECA, n. 1, marzo, 1977, pp. 14-15.

I. VALOR DE LA VIDA HUMANA

La vida humana es el fundamento de todos los bienes, la fuente y condición necesaria de toda actividad humana y de toda convivencia social. Si la mayor parte de los hombres creen que la vida tiene un carácter sacro y que nadie puede disponer de ella a capricho, los creyentes ven a la vez en ella un don del amor de Dios, que son llamados a conservar y hacer fructificar. De esta última consideración brotan las siguientes consecuencias:

1. Nadie puede atentar contra la vida de un hombre inocente sin oponerse al amor de Dios hacia él, sin violar un derecho fundamental, irrenunciable e inalienable, sin cometer, por ello, un crimen de extrema gravedad⁴.

2. Todo hombre tiene el deber de conformar su vida con el designio de Dios. Esta le ha sido encomendada como un bien que debe dar sus frutos ya aquí en la tierra, pero que encuentra su plena perfección solamente en la vida eterna.

3. La muerte voluntaria o sea el suicidio es, por consiguiente, tan inaceptable como el homicidio; semejante acción constituye en efecto, por parte del hombre, el rechazo de la soberanía de Dios y de su designio de amor. Además, el suicidio es a menudo un rechazo del amor hacia sí mismo, una negación de la natural aspiración a la vida, una renuncia frente a los deberes de justicia y caridad hacia el prójimo, hacia las diversas comunidades y hacia la sociedad entera, aunque a veces intervengan, como se sabe, factores psicológicos que pueden atenuar o incluso quitar la responsabilidad.

Se deberá, sin embargo, distinguir bien del suicidio aquel sacrificio con el que, por una causa superior —como la gloria de Dios, la salvación de las almas o el servicio a los hermanos— se ofrece o se pone en peligro la propia vida.

II. LA EUTANASIA

Para tratar de manera adecuada el problema de la eutanasia, conviene ante todo precisar el vocabulario.

Etimológicamente la palabra *eutanasia* significa en la antigüedad una *muerte dulce* sin sufrimientos atroces. Hoy no nos referimos tanto al significado original del término, cuanto más bien a la intervención de la medicina encaminada a atenuar los dolores de la enfermedad y de la agonía, a veces incluso con el riesgo de suprimir prematuramente la vida. Además el término es usado, en sentido más estricto, con el significado de «causar la muerte por piedad», con el fin de eliminar radicalmente los

4. Se dejan completamente de lado los problemas de la pena de muerte y de la guerra, que llevan consigo consideraciones específicas ajenas al presente tema.

últimos sufrimientos o de evitar a los niños subnormales, a los enfermos mentales o a los incurables la prolongación de una vida desdichada, quizás por muchos años, que podría imponer cargas demasiado pesadas a las familias o a la sociedad.

Es pues necesario decir claramente en qué sentido se toma el término en este documento.

Por eutanasia se entiende una acción o una omisión que por su naturaleza, o en la intención, causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor. La eutanasia se sitúa pues en el nivel de las intenciones o de los métodos usados.

Ahora bien, es necesario reafirmar con toda firmeza que nada ni nadie puede autorizar la muerte de un ser humano inocente, sea feto o embrión, niño o adulto, anciano, enfermo incurable o agonizante. Nadie además puede pedir este gesto homicida para sí mismo o para otros confiados a su responsabilidad ni puede consentirlo explícita o implícitamente. Ninguna autoridad puede legítimamente imponerlo ni permitirlo. Se trata en efecto de una violación de la ley divina, de una ofensa a la dignidad de la persona humana, de un crimen contra la vida, de un atentado contra la humanidad.

Podría también verificarse que el dolor prolongado e insoportable, razones de tipo afectivo u otros motivos diversos, induzcan a alguien a pensar que puede legítimamente pedir la muerte o procurarla a otros. Aunque en caso de ese género la responsabilidad personal pueda estar disminuida o incluso no existir, sin embargo el error de juicio de la conciencia —aunque fuera incluso de buena fe— no modifica la naturaleza del acto homicida, que en sí sigue siendo siempre inadmisibile. Las súplicas de los enfermos muy graves que alguna vez invocan la muerte no deben ser entendidas como expresión de una verdadera voluntad de eutanasia; éstas en efecto son casi siempre peticiones angustiadas de asistencia y de afecto. Además de los cuidados médicos, lo que necesita el enfermo es el amor, el calor humano y sobrenatural, con el que pueden y deben rodearlo todos aquellos que están cercanos, padres e hijos, médicos y enfermeros.

III. EL CRISTIANO ANTE EL SUFRIMIENTO Y EL USO DE LOS ANALGÉSICOS

La muerte no sobreviene siempre en condiciones dramáticas, al final de sufrimientos insoportables. No debe pensarse únicamente en los casos extremos. Numerosos testimonios concordes hacen pensar que la misma naturaleza facilita en el momento de la muerte una separación que sería terriblemente dolorosa para un hombre en plena salud. Por lo cual una enfermedad prolongada, una ancianidad avanzada, una situación de soledad y de abandono, pueden determinar tales condiciones psicológicas que faciliten la aceptación de la muerte.

Sin embargo se debe reconocer que la muerte precedida o acompañada a menudo de sufrimientos atroces y prolongados es un acontecimiento que naturalmente angustia el corazón del hombre.

El dolor físico es ciertamente un elemento inevitable de la condición humana; a nivel biológico, constituye un signo cuya utilidad es innegable; pero puesto que atañe a la vida psicológica del hombre, a menudo supera su utilidad biológica y por ello puede asumir una dimensión tal que suscite el deseo de eliminarlo a cualquier precio.

Sin embargo, según la doctrina cristiana, el dolor, sobre todo el de los últimos momentos de la vida, asume un significado particular en el plan salvífico de Dios; en efecto, es una participación en la pasión de Cristo y una unión con el sacrificio redentor que El ha ofrecido en obediencia a la voluntad del Padre. No debe pues maravillarse si algunos cristianos desean moderar el uso de los analgésicos, para aceptar voluntariamente al menos una parte de sus sufrimientos y asociarse así de modo consciente a los sufrimientos de Cristo crucificado (cfr. *Mt.* 27, 34). No sería sin embargo prudente imponer como norma general un comportamiento heroico determinado. Al contrario, la prudencia humana y cristiana sugiere para la mayor parte de los enfermos el uso de las medicinas que sean adecuadas para aliviar o suprimir el dolor, aunque de ello se deriven, como efectos secundarios, entorpecimiento o menor lucidez. En cuanto a las personas que no están en condiciones de expresarse, se podrá razonablemente presumir que desean tomar tales calmantes y suministrárselos según los consejos del médico.

Pero el uso intensivo de analgésicos no está exento de dificultades, ya que el fenómeno de acostumbrarse a ellos obliga generalmente a aumentar la dosis para mantener su eficacia. Es conveniente recordar una declaración de Pío XII que conserva aún toda su validez. Un grupo de médicos le había planteado esta pregunta: «¿La supresión del dolor y de la conciencia por medio de narcóticos... está permitida al médico y al paciente por la religión y la moral (incluso cuando la muerte se aproxima o cuando se prevé que el uso de narcóticos abreviará la vida)?». El Papa respondió: «Si no hay otros medios y si, en tales circunstancias, ello no impide el cumplimiento de otros deberes religiosos y morales: Sí»⁵. En este caso, en efecto, está claro que la muerte no es querida o buscada de ningún modo, por más que se corra el riesgo por una causa razonable: simplemente se intenta mitigar el dolor de manera eficaz, usando a tal fin los analgésicos a disposición de la medicina.

Los analgésicos que producen la pérdida de la conciencia en los enfermos, merecen en cambio una consideración particular. Es sumamente importante, en efecto, que los hombres no sólo puedan satisfacer sus deberes morales y sus obligaciones familiares, sino también y sobre todo que puedan prepararse con plena conciencia al encuentro con Cristo. Por esto, Pío XII advierte que «no es lícito privar al moribundo de la conciencia propia sin grave motivo»⁶.

5. Pío XII, *Discurso* del 24 febrero 1957 (AAS 49 [1957], p. 147).

6. Pío XII, *ibid.*, p. 145. Cfr. *Alocución* del 9 septiembre 1958 (AAS 50 [1958], p. 694).

IV. EL USO PROPORCIONADO DE LOS MEDIOS TERAPÉUTICOS

Es muy importante hoy día proteger, en el momento de la muerte, la dignidad de la persona humana y la concepción cristiana de la vida contra un tecnicismo que corre el riesgo de hacerse abusivo. De hecho algunos hablan de «derecho a morir», expresión que no designa el derecho de procurarse o hacerse procurar la muerte como se quiere, sino el derecho de morir con toda serenidad, con dignidad humana y cristiana. Desde este punto de vista, el uso de los medios terapéuticos puede plantear a veces algunos problemas.

En muchos casos, la complejidad de las situaciones puede ser tal que haga surgir dudas sobre el modo de aplicar los principios de la moral. Tomar decisiones corresponderá en último análisis a la conciencia del enfermo o de las personas cualificadas para hablar en su nombre, o incluso de los médicos, a la luz de las obligaciones morales y de los distintos aspectos del caso.

Cada uno tiene el deber de curarse y de hacerse curar. Los que tienen a su cuidado los enfermos deben prestarles su servicio con toda diligencia y suministrarles los remedios que consideren necesarios o útiles.

¿Pero se deberá recurrir, en todas las circunstancias, a toda clase de remedios posibles?

Hasta ahora los moralistas respondían que no se está obligado nunca al uso de los medios «extraordinarios». Hoy en cambio, tal respuesta, siempre válida en principio, puede parecer tal vez menos clara tanto por la imprecisión del término como por los rápidos progresos de la terapia. Debido a esto, algunos prefieren hablar de medios «proporcionados» y «desproporcionados». En cada caso, se podrán valorar bien los medios poniendo en comparación el tipo de terapia, el grado de dificultad y de riesgo que comporta, los gastos necesarios y las posibilidades de aplicación con el resultado que se puede esperar de todo ello, teniendo en cuenta las condiciones del enfermo y sus fuerzas físicas y morales.

Para facilitar la aplicación de estos principios generales se pueden añadir las siguientes puntualizaciones:

— A falta de otros remedios, es lícito recurrir, con el consentimiento del enfermo, a los medios puestos a disposición por la medicina más avanzada, aunque estén todavía en fase experimental y no estén libres de todo riesgo. Aceptándolos, el enfermo podrá dar así ejemplo de generosidad para el bien de la humanidad.

— Es también lícito interrumpir la aplicación de tales medios, cuando los resultados defraudan las esperanzas puestas en ellos. Pero, al tomar una tal decisión, deberá tenerse en cuenta el justo deseo del enfermo y de sus familiares, así como el parecer de médicos verdaderamente competentes; éstos podrán sin duda juzgar mejor que otra persona si el empleo de instrumentos y personal es desproporcionado a los resultados previsibles, y si las técnicas empleadas imponen al paciente sufrimientos y molestias mayores que los beneficios que se pueden obtener de los mismos.

Es siempre lícito contentarse con los medios normales que la medicina puede ofrecer. No se puede, por lo tanto, imponer a nadie la obligación de recurrir a un tipo de cura que, aunque ya esté en uso, todavía no está libre de peligro o es demasiado costosa. Su rechazo no equivale al suicidio: significa más bien o simple aceptación de la condición humana, o deseo de evitar la puesta en práctica de un dispositivo médico desproporcionado a los resultados que se podrían esperar, o bien una voluntad de no imponer gastos excesivamente pesados a la familia o la colectividad.

— Ante la inminencia de una muerte inevitable, a pesar de los medios empleados, es lícito en conciencia tomar la decisión de renunciar a unos tratamientos que procurarían únicamente una prolongación precaria y penosa de la existencia, sin interrumpir sin embargo las curas normales debidas al enfermo en casos similares. Por esto, el médico no tiene motivo de angustia, como si no hubiera prestado asistencia a una persona en peligro.

CONCLUSIÓN

Las normas contenidas en la presente Declaración están inspiradas por un profundo deseo de servir al hombre según el designio del Creador. Si por una parte la vida es un don de Dios, por otra la muerte es ineludible; es necesario, por lo tanto, que nosotros, sin prevenir en modo alguno la hora de la muerte, sepamos aceptarla con plena conciencia de nuestra responsabilidad y con toda dignidad. Es verdad, en efecto, que la muerte pone fin a nuestra existencia terrenal, pero, al mismo tiempo, abre el camino a la vida inmortal. Por eso, todos los hombres deben prepararse para este acontecimiento a la luz de los valores humanos, y los cristianos más aún a la luz de su fe.

Los que se dedican al cuidado de la salud pública no omitan nada, a fin de poner al servicio de los enfermos y moribundos toda su competencia; y acuérdense también de prestarles el consuelo todavía más necesario de una inmensa bondad y de una caridad ardiente. Tal servicio prestado a los hombres es también un servicio prestado al mismo Señor, que ha dicho: «...Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (Mt. 25, 40).

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, en el transcurso de una audiencia concedida al infrascripto cardenal Prefecto, ha aprobado esta Declaración, decidida en reunión ordinaria de esta Sagrada Congregación, y ha ordenado su publicación.

Roma, desde la Sede de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 5 de mayo de 1980.

Cardenal Franjo SEPER,
Prefecto

Fr. Jérôme HAMER, o.p.,
arzobispo titular de Lorium
Secretario

**DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 6-V-1980,
AL CUERPO DIPLOMATICO, NAIROBI**

[...]

El Estado, cuya justificación reside en la soberanía de la sociedad, y a quien se confía la salvaguardia de la independencia, nunca puede perder de vista este su primer objetivo, que es *el bien común* de todos los ciudadanos sin distinción, y no sólo el bienestar de un grupo o categoría particulares. El Estado ha de rechazar todo aquello que sea indigno de la libertad y de los derechos humanos de su pueblo, desterrando así elementos tales como el abuso de autoridad, la corrupción, la dominación del débil, la negación al pueblo de su derecho de participar en la vida y en las decisiones políticas, la tiranía o el uso de la violencia y el terrorismo. De nuevo aquí, no dudo en hacer referencia a la verdad acerca del hombre. Sin la aceptación de la verdad sobre el hombre, de su dignidad y destino eterno, no es posible que exista entre las naciones esta confianza fundamental que es un factor básico de todos los logros humanos. La función pública sólo puede ser entendida como lo que realmente es: un servicio al pueblo, que halla su única justificación en la solicitud por el bien de todos.

6. En este mismo contexto del respeto a la dignidad de sus ciudadanos que ha de tener el Estado, quisiera dirigir la atención al problema de la *libertad religiosa*.

La Iglesia católica no dejará nunca de defender la libertad religiosa y la libertad de conciencia como derechos fundamentales de la persona, porque cree que no hay libertad posible ni puede existir verdadero amor fraterno fuera de la referencia a Dios, que «creó al hombre a su imagen» (Gén. 1, 27). «La limitación de la libertad religiosa de las personas y de las comunidades no es sólo una experiencia dolorosa», aseguraba en mi Encíclica, «sino que ofende sobre todo a la dignidad misma del hombre, independientemente de la religión profesada o de la concepción que ellas tengan del mundo». Y añadía que, puesto que la increencia, la falta de religión o el ateísmo, sólo pueden ser entendidos en relación a la religión y a la fe, es difícil aceptar «una postura según la cual sólo el ateísmo tiene derecho de ciudadanía en la vida pública y social, mientras que los hombres creyentes, casi por principio, son apenas tolerados, o también tratados como ciudadanos de «categoría inferior», e incluso —cosa que ya ha ocurrido— son privados totalmente de los derechos de ciudadanía» (*Redemptor hominis*, 17). Por esta razón la Iglesia cree, sin dudas ni vacilaciones, que *una ideología atea no puede ser la fuerza motora y orientadora* para el avance y el bienestar de los individuos o para la promoción de la justicia social, cuando priva al hombre de la libertad que Dios le ha dado, de su inspiración espiritual y de la fuerza para amar como es debido a su prójimo.

7. La verdad acerca del hombre, y en particular del hombre africano, me empuja a hablar de otro problema, a saber, el persistente problema de la *discriminación racial*. La Iglesia ha defendido y fomentado siempre con fuerza la aspiración a la igualdad de dignidad entre individuos y naciones, junto con su aplicación concreta en cada uno de los aspectos de la vida social. A lo largo de su visita a África, Pablo VI dijo: «Deploramos por esto que en algunas partes del mundo persistan situaciones sociales basadas en la discriminación racial, a veces queridas y mantenidas por sistemas de pensamiento. Estas situaciones constituyen una afrenta manifiesta e inadmisble a los derechos fundamentales de la persona humana» (Alocución al Parlamento de Uganda, 1 de agosto de 1969). En su último discurso, hace dos años, ante el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, puso nuevamente de manifiesto que la Iglesia estaba «preocupada por el agravarse de las rivalidades raciales y tribales, que fomentan divisiones y rencores», y denunciaba la «intención de crear asambleas jurídicas y políticas violando los principios del sufragio universal y de la autodeterminación de los pueblos» (14 de enero de 1978).

La verdad acerca del hombre africano me exige en esta ocasión confirmar estas afirmaciones. Y lo hago con una profunda y poderosa convicción. Se han hecho progresos con respecto a algunas situaciones, y estamos agradecidos a Dios por ello. Sin embargo, aún quedan numerosos ejemplos de discriminación institucionalizada sobre la base de las diferencias raciales, y no puedo abstenerme de denunciarlas ante la opinión mundial.

A este respecto no debemos olvidar la necesidad de hacer frente a las reacciones racistas que pueden surgir a propósito de las migraciones de pueblos, del campo a los centros urbanos, o de un país a otro. La discriminación racial es mala, no importa cómo se lleve a cabo, no importa quién la haga ni por qué.

8. Aún, dentro del contexto de todo el continente africano, quisiera llamar la atención sobre un problema tan urgente que debiera poner en movimiento enseguida la necesaria solidaridad y compasión para solucionarlo: me refiero al *problema de los refugiados en numerosas regiones de África*. Bastantes grupos de personas se han visto impulsados, por diversas razones, a abandonar el país que amaban y el lugar en que estaban enraizados. A veces por razones políticas, otras veces para escapar de la violencia o de la guerra, o a consecuencia de desastres naturales, o debido a un clima hostil. La comunidad africana y la comunidad mundial no pueden dejar nunca de sentirse afectadas por las condiciones de los refugiados y por los terribles sufrimientos a que se hallan sometidos, algunos de ellos durante un largo período de tiempo. Estos refugiados tienen verdaderamente derecho a la libertad y a vivir según su dignidad humana. No pueden ser privados del ejercicio de sus derechos, y menos cuando factores que superan su propio control les han obligado a convertirse en extranjeros fuera de su patria.

Apelo, por tanto, a todas las autoridades para que aseguren que en

sus propias naciones se garantice siempre una justa libertad a todos los ciudadanos, para que nadie tenga que irse a buscarla a otra parte. *Apelo a las autoridades de las naciones* cuyas fronteras se ven obligados a cruzar los refugiados, para que los reciban con cordial hospitalidad. *Apelo a la comunidad internacional* para que no dejen esta pesada carga sólo a los países en que residen temporalmente los refugiados, sino que presten la necesaria ayuda útil a los Gobiernos afectados y a los Organismos internacionales competentes.

9. La presencia en esta ciudad de Nairobi de Organizaciones tales como el Programa para el Medio Ambiente de las Naciones Unidas y el Centro de las Naciones Unidas para el Asentamiento Humano o *Habitat*, dirige nuestra atención hacia otro aspecto del problema: el del *medio ambiente humano en su conjunto*. El hombre, en su aspiración de satisfacer sus necesidades y lograr mejores condiciones de vida, ha creado un creciente número de problemas ambientales. La expansión urbana e industrial agrava estos problemas, especialmente cuando sus víctimas son los más débiles, que a menudo viven en «cinturones de pobreza», y carecen de los servicios elementales y de las oportunidades normales de progreso. Alabo los esfuerzos de todos aquellos que intentan acrecentar la conciencia de que es necesaria una planificación racional y honesta para hacer desaparecer o disminuir tales situaciones [...].

[...]

12. A este continente y a esta nación les corresponderá el honor de crear *una forma de progreso* para todos sus habitantes que esté *en completa armonía con el ser humano en su totalidad*. El verdadero modelo de progreso no es aquel que exalta sólo los valores materiales, sino el que reconoce *la prioridad de lo espiritual*. En la estructura social de muchas naciones que trabajan por un futuro mejor para sus ciudadanos, se están llevando a cabo rápidos cambios. Pero ningún cambio social constituirá un enriquecimiento auténtico y duradero de los hombres si sacrifica o pierde los supremos valores del espíritu. El desarrollo será unilateral y falto de humanismo si el materialismo, la intención de lucro o la búsqueda egoísta de la riqueza o del poder, ocupan el lugar de los valores que se hallan en tan alta estima en la sociedad africana, valores tales como la mutua preocupación, la solidaridad y el reconocimiento de la presencia de Dios en cada vida. Un crecimiento del sentimiento de hermandad, del amor social, de la justicia, el aniquilamiento de toda forma de discriminación y opresión, el fortalecimiento de la responsabilidad individual y colectiva, el respeto hacia la santidad de la vida humana desde su concepción, el mantenimiento de un fuerte espíritu de familia, éstas serán las señales de un desarrollo fructífero y la fuerza de los hombres, mientras se dirigen hacia el tercer milenio.

13. Señoras y señores: En la búsqueda del bienestar de todos los pueblos y naciones, hay que optar continuamente. Existen opciones que deben hacerse según los principios y prioridades políticas, según las leyes

económicas, o a la luz de las necesidades prácticas. Pero existe una opción que hay que hacer siempre, cualquiera que sea el contexto o el campo, y es una *opción fundamental: la opción a favor o en contra del hombre*. Cualquiera que sea la responsabilidad o autoridad de hombres y mujeres, nadie escapa a esta disyuntiva: ¿Trabajaremos por el bien del hombre o en contra de él? ¿Será el bien total de la persona humana el criterio último de nuestras acciones o programas? *¿Será el hombre africano, con su dignidad humana, el sendero hacia un futuro justo y pacífico de este continente?*

Espero que así sea.

¡Larga vida a Africa!

HOMILIA DE JUAN PABLO II, DEL 7-V-1980, DURANTE LA MISA EN EL «UHURU PARK» DE NAIROBI

[...]

6. Otro reto importante para el cristiano es el de la *vida política*. En el Estado los ciudadanos tienen el derecho y la obligación de participar en la vida política. Pues una nación podrá asegurar el bien común de todos y los sueños y aspiraciones de sus diferentes miembros, sólo en la medida en que todos sus ciudadanos, con plena libertad y completa responsabilidad, contribuyan voluntaria y desinteresadamente al bien de todos.

Las obligaciones de un buen ciudadano cristiano no pueden reducirse a evitar la corrupción, o a no explotar a los demás, sino que incluyen una contribución positiva al establecimiento de leyes justas y estructuras que sostengan los valores humanos [...].

HOMILIA DE JUAN PABLO II, DEL 1-VII-1980, A LOS JOVENES DE BELO HORIZONTE (BRASIL)

[...]

3. Y de estos mensajes ofrecidos por la Palabra de Dios quisiera yo extraer el mensaje sencillo que os dejo en este encuentro y que me permite sentir la seriedad con que afrontáis vuestra existencia.

La mayor riqueza de este país, inmensamente rico, sois vosotros. El futuro real de este país del futuro se encierra en vuestro presente. Por eso, este país, y con él la Iglesia, os miran con ojos de expectación y de esperanza.

Abiertos a las dimensiones sociales del hombre, no ocultáis vuestra voluntad de transformar radicalmente las estructuras que os parecen injustas en la sociedad. Decís, con razón, que es imposible ser feliz viendo una multitud de hermanos carentes de las mínimas oportunidades de una existencia humana. Decís también que no está bien que algunos derrochen lo que falta a la mesa de los demás. Y estáis resueltos a construir una sociedad justa, libre y próspera, donde todos y cada uno puedan gozar de los beneficios del progreso.

4. Yo viví en mi juventud esas mismas convicciones. Y las proclamé, siendo joven estudiante, con la voz de la literatura y con la voz del arte. Dios quiso que se acrisolaran en el fuego de una guerra cuya atrocidad no respetó mi hogar. Vi conculcadas de muchas formas esas convicciones. Temí por ellas viéndolas expuestas a la tempestad. Un día decidí confrontarlas con Jesucristo; pensé que era el único que me revelaba su verdadero contenido y valor y las protegía contra no sé qué inevitables desgastes.

Todo eso, esa tremenda y valiosa experiencia me enseñó que la justicia social sólo es verdadera si está basada en los derechos del individuo. Y esos derechos sólo serán realmente reconocidos si se reconoce la dimensión trascendente del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, llamado a ser su hijo y hermano de los otros hombres, destinado a una vida eterna. Negar esa trascendencia es reducir el hombre a instrumento de dominio, cuya suerte está sujeta al egoísmo y a la ambición de otros hombres, o a la omnipotencia del Estado totalitario, erigido en valor supremo [...].

[...]

5. Aprendí que un hombre cristiano deja de ser joven y no será buen cristiano, cuando se deja seducir por doctrinas e ideologías que predicán el odio y la violencia. Pues no se construye una sociedad justa sobre la injusticia. No se construye una sociedad que merezca el título de humana, dejando de respetar y, peor todavía, destruyendo la libertad humana, negando a los individuos las libertades más fundamentales.

Participando, como sacerdote, obispo y cardenal, en la vida de innumerables jóvenes en la universidad, en los grupos juveniles, en las excursiones por las montañas, en los círculos de reflexión y oración, aprendí que un joven comienza peligrosamente a envejecer cuando se deja engañar por el principio, fácil y cómodo, de que «el fin justifica los medios»; cuando llega a creer que la única esperanza para mejorar la sociedad está en promover la lucha y el odio entre los grupos sociales, en la utopía de una sociedad sin clases, que se revela muy pronto como creadora de nuevas clases. Me convencí de que sólo el amor aproxima lo que es diferente y realiza la unión en la diversidad. Las palabras de Cristo «Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado» (Jn. 13, 34), me parecían entonces, por encima de su inigualable profundidad teológica, como germen y principio de la única

transformación lo suficientemente radical como para ser apreciada por un joven. Germen y principio de la única revolución que no traiciona al hombre. Sólo el amor verdadero construye.

6. Si el joven que yo fui, llamado a vivir la juventud en un momento crucial de la historia, puede decir algo a los jóvenes que sois vosotros, creo que os diría: ¡No os dejéis instrumentalizar!

Procurar ser bien conscientes de lo que pretendéis y de lo que hacéis. Y veo que eso mismo os dijeron los obispos de América Latina, reunidos en Puebla el año pasado: «Debe formarse en el joven el sentido crítico frente a los contravalores culturales que las diversas ideologías tratan de transmitirle» (Documento de Puebla, núm. 1197), especialmente las ideologías de carácter materialista, para que no sea manipulado por ellas. Y el Concilio Vaticano II dice: «El orden social hay que desarrollarlo a diario, fundarlo en la verdad, edificarlo sobre la justicia, vivificarlo por el amor. Pero debe encontrar en la libertad un equilibrio cada día más humano» (*Gaudium et spes*, 26).

Un gran predecesor mío, el Papa Pío XII, adoptó como lema: «Construir la paz en la justicia». Creo que es un lema y sobre todo un compromiso digno de vosotros, jóvenes brasileños.

7. Me temo que muchos buenos deseos de construir una sociedad justa naufraguen en la falta de autenticidad y se disipen como pompas de jabón porque les falte el sustento de una seria decisión de austeridad y frugalidad. En otras palabras: es indispensable saber vencer la tentación de la llamada «sociedad de consumo», de la ambición de *tener* siempre más, en vez de procurar, *ser* siempre, de la ambición de tener siempre más, mientras otros tienen siempre menos. Creo que aquí en la vida de cada joven adquiere fuerza y sentido concretos y actuales la bienaventuranza de la pobreza de espíritu; en el joven rico, para que aprenda que lo que a él le sobra casi siempre les falta a los demás y para que no se retire triste (cfr. *Mt.* 19, 22), cuando oiga en el fondo de su conciencia la llamada del Señor para que abandone todo; en el joven que vive la dura contingencia de la incertidumbre respecto al día de mañana y hasta pasa hambre, para que, buscando la legítima mejora de condiciones para sí y para los suyos, sea atraído por la dignidad humana, pero no por la ambición, por la ganancia, por la fascinación de lo superfluo.

Amigos míos: Vosotros sois también responsables de la conservación de los verdaderos valores que siempre honraron al pueblo brasileño. No os dejéis llevar por la *exasperación del sexo*, que falsea la autenticidad del amor humano y conduce a la disgregación de la familia. «¿No sabéis que vuestro cuerpo es un templo y el Espíritu Santo habita en vosotros?», escribe San Pablo en el texto que acabamos de escuchar.

Que las jóvenes procuren encontrar el verdadero *feminismo*, la auténtica realización de la mujer como persona humana, como parte integrante de la familia y como parte de la sociedad, en una participación consciente, según sus características [...].

**HOMILIA DE JUAN PABLO II DEL 1-VII-1980, DURANTE LA MISA EN EL
«ATERRO DO FLAMENGO», RIO DE JANEIRO**

[...]

3. ¿Puedo haceros una confidencia? La primera vez que me hablaron de Brasil, cuando yo sabía muy poco de este país, no fue para cantar sus bellezas naturales, que son maravillosas, ni para exaltar las riquezas de su suelo y su subsuelo, que son inagotables; ni para resaltar los hechos de este o aquel brasileño importante. Quien me hablaba —y era un gran conocedor de Brasil— me decía solamente que ésta era una gran nación, pese a todos sus eventuales problemas, porque aquí se encuentran todas las razas, gente venida de todos los horizontes del mundo, reunidas en un solo pueblo, sin prejuicios y sin discriminaciones ni segregaciones, en una clara fusión de espíritus y corazones. «Es una familia», decía encantado mi interlocutor.

Pido a Dios que no se debilite jamás, ni desaparezca este espíritu de familia. Que prevalezca sobre cualquier germen de discordia o división, sobre cualquier amenaza de ruptura o separación. Rezo para que, habiendo cada vez menos diferencias entre los brasileños en lo que se refiere al progreso y al bienestar, a las oportunidades ante los bienes de cultura y civilización y las posibilidades de encontrar trabajo digno, tener salud e instrucción, educar a los hijos, se haga cada vez más realidad la «gran familia» de brasileños de que me hablaba mi primer profesor de Brasil. Rezo también para que a un mundo frecuentemente dominado por las contiendas entre pueblos y razas, Brasil pueda dar —sin ostentación, antes bien con la espontaneidad y la naturalidad que caracterizan a su gente— una lección esencial, la de la verdadera integración: la de cómo pueden vivir como una sola familia, dentro de un país-continente, personas venidas de los más diversos rincones del mundo. Y rezo, en fin, por los miembros de esa «gran familia» que reposan bajo este monumento y cuyo sacrificio es una permanente llamada a la unión entre los pueblos [...].

[...]

5. Esto supuesto, ¿cómo cerrar los ojos ante las graves situaciones en que concretamente se encuentran numerosísimas familias entre vosotros y ante las serias amenazas que pesan sobre la familia en general?

Algunas de estas amenazas son de orden social y comprenden las condiciones infrahumanas de vivienda, higiene, salud, educación en que se encuentran millones de familias, en el interior del país y en las periferias de las grandes ciudades, a causa del desempleo o de los salarios insuficientes. Otras son de orden moral y se refieren a la generalizada disgregación de la familia, por desconocimiento, desestima o falta de respeto de las normas humanas y cristianas relativas a la familia, en los diversos niveles de la población. Otras aún son de orden civil, ligadas a la legislación referente a la familia. En el mundo entero, tal legislación

es cada vez más permisiva y, por tanto, menos alentadora para quienes se esfuerzan por seguir los principios de una ética más elevada en materia de familia. Quiera Dios que no suceda esto en vuestro país y que, coherentes con los principios cristianos que inspiran vuestra cultura, quienes tienen la responsabilidad de elaborar y promulgar las leyes lo hagan con el respeto a los valores insustituibles de una ética cristiana, entre los cuales sobresale el valor de la vida humana y el derecho indiscutible de los padres a transmitir la vida. Otras amenazas, en fin, son de orden religioso y derivan de un escaso conocimiento de las dimensiones sacramentales del matrimonio en el plan de Dios [...].

**DISCURSO DE JUAN PABLO II, DEL 3-VII-1980, A LOS OBREROS,
EN EL ESTADIO DE MORUMBI, SAO PAULO**

[...]

3. Os hablo en nombre de Cristo, en nombre de la Iglesia, de la Iglesia entera. Es Cristo quien envía a su Iglesia a todos los hombres y a todas las sociedades, con un mensaje de salvación. Esta misión de la Iglesia se realiza al mismo tiempo en dos perspectivas: la perspectiva escatológica que considera al hombre como un ser cuyo destino definitivo es Dios; y la perspectiva histórica que mira a este mismo hombre en su situación concreta, encarnado en el mundo de hoy. Este mensaje de salvación que la Iglesia, en virtud de su misión, hace llegar a cada hombre e igualmente a la familia, a los diversos ámbitos sociales, a las naciones y a toda la comunidad, es mensaje de amor y de fraternidad, mensaje de justicia y de solidaridad, en primer lugar para los más necesitados. En una palabra: es un mensaje de paz y de un orden social justo. Quiero repetir aquí, ante vosotros, lo que dije a los trabajadores de Saint-Denis, barrio obrero de otra gran ciudad, París: partiendo de las palabras tan profundas del Magnificat, quise considerar con ellos que «el mundo querido por Dios es un mundo de justicia; que el orden que debe gobernar las relaciones entre los hombres se funda en la justicia. Que este orden debe realizarse continuamente en el mundo e incluso que debe realizarse siempre de nuevo, a medida que crecen y se desarrollan las situaciones y los sistemas sociales, a medida de las nuevas condiciones y de las posibilidades económicas, de las nuevas posibilidades de la técnica y de la producción, así como de las nuevas posibilidades y necesidades de la distribución de los bienes» (Homilía en Saint-Denis, 31 mayo 1980, núm. 5; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 8 de junio de 1980, pág. 8).

La Iglesia, cuando proclama el Evangelio, procura también lograr, sin por ello abandonar su papel específico de evangelización, que todos los aspectos de la vida social, en los que se manifiesta la injusticia, sufran una transformación para la justicia. ¡El bien común de la sociedad

requiere, como exigencia fundamental, que la sociedad sea justa! La persistencia de la injusticia, la falta de justicia, amenaza la existencia de la sociedad desde dentro, así como todo cuanto atenta contra su soberanía o procura imponerle ideologías y modelos, todo chantaje económico y político, toda fuerza de las armas puede amenazarla desde fuera.

Esta amenaza a partir del interior existe realmente cuando, en el campo de la distribución de los bienes, se confía únicamente en las leyes económicas del crecimiento y del mayor lucro; cuando los resultados del progreso tocan sólo marginalmente, o no tocan en absoluto, los amplios sectores de la población; existe también mientras persiste un abismo profundo entre una minoría muy fuerte de ricos por una parte y la mayoría de los que viven en la necesidad y en la miseria, por otra.

4. El bien común de la sociedad, que será siempre el nuevo nombre de la justicia, no se puede obtener por la violencia, pues la violencia destruye lo que pretende crear, tanto cuando trata de mantener los privilegios de algunos, como cuando intenta imponer las transformaciones necesarias. Las modificaciones exigidas por el orden social justo deben ser efectuadas por una acción constante —muchas veces gradual y progresiva pero siempre eficaz— en el camino de reformas pacíficas.

Es éste el deber de todos. Es éste particularmente el deber de los que tienen el poder en la sociedad, ya se trate del poder económico, ya se trate del poder político. Todo poder encuentra su justificación únicamente en el bien común, en la realización de un orden social justo. Por consiguiente, el poder no deberá servir nunca para proteger los intereses de un grupo en detrimento de los otros. La lucha de clases, a su vez, no es camino que lleva al orden social, porque corre el riesgo de invertir las situaciones de los contendientes, creando nuevas situaciones de injusticia. Nada se construye sobre una base de desamor, y, menos aún, de odio que mire a la destrucción de los otros.

Rechazar la lucha de clases es también optar decididamente por una noble lucha en favor de la justicia social. Los diversos centros del poder y los diferentes representantes de la sociedad deben ser capaces de unirse, de coordinar los propios esfuerzos y de llegar a un acuerdo sobre programas claros y eficaces. ¡En esto consiste la fórmula cristiana para crear una sociedad justa! La sociedad entera debe ser solidaria con todos los hombres, y, en primer lugar, con el hombre que tiene más necesidad de ayuda, el pobre. La opción por los pobres es una opción cristiana; es también la opción de la sociedad que se preocupa del verdadero bien común.

5. Escuchemos lo que el mismo Cristo nos dice a este respecto cuando se dirige a la multitud, venida de toda la región y del otro lado de las fronteras para verlo. Sentado en medio de sus discípulos, Jesús comenzó a instruirlos con estas palabras: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt.* 5, 3). Por encima de sus oyentes, El dirigía estas palabras también a nosotros,

reunidos aquí en Sao Paulo, en Brasil. Veinte siglos no han disminuido la importancia apremiante, la gravedad y la esperanza que encierran estas palabras del Señor. «¡Bienaventurados los pobres de espíritu!». Estas palabras son válidas para cada uno de nosotros. Esta invitación grita dentro de cada uno de nosotros. Adquirir el espíritu de pobre: es esto lo que Cristo pide a todos.

Los que tienen posesiones deben adquirir el espíritu de pobre, deben abrir el propio corazón a los pobres, pues si no lo hicieren, las situaciones injustas no cambiarán; podrá cambiarse la estructura política o el sistema social, pero sin cambio en el corazón y en la conciencia no se logrará el orden social justo y estable. Los que nada poseen, los que se encuentran en necesidad, deben también adquirir el «espíritu de pobre», no permitiendo que la pobreza material les quite la propia dignidad humana, porque esta dignidad es más importante que todos los bienes.

En este contexto, la doctrina cristiana sobre el hombre, alimentada por el Evangelio, por la Biblia y por siglos de experiencia, valoriza de modo singular el trabajo humano. La dignidad del trabajo. La nobleza del trabajo. Vosotros conocéis la dignidad y la nobleza del propio trabajo; vosotros, que trabajáis para vivir, para vivir mejor, para llevar a vuestras familias el pan de cada día; vosotros, que os sentís heridos en vuestro afecto de padres y de madres al ver a los hijos mal alimentados; vosotros que os quedáis tan contentos y orgullosos cuando les podéis ofrecer una mesa abundante, cuando podéis vestirlos bien, darles un hogar decente y confortable, darles escuela y educación con vistas a un futuro mejor. El trabajo es un servicio, un servicio a vuestras familias y a toda la ciudad, un servicio en el que el propio hombre crece en la medida en que sirve a los demás. El trabajo es una disciplina en que se fortalece la personalidad.

Vuestra primera y fundamental aspiración es, por tanto, trabajar. ¡Cuántos sufrimientos, cuántas angustias y miserias causa el desempleo! Por eso, la primera y fundamental preocupación de todos y cada uno de los hombres de gobierno, políticos, dirigentes de sindicatos y dueños de empresa debe ser ésta: dar trabajo a todos. Esperar la solución del problema crucial del empleo como un resultado más o menos automático de una orden o de un desarrollo económico, cualesquiera que sean, en los que el empleo aparece apenas como una consecuencia secundaria, no es realista y, por tanto, es inadmisibile. Teoría y práctica económicas deben tener la valentía de considerar el empleo y sus modernas posibilidades como un elemento central en sus objetivos.

6. Es de justicia que las condiciones de trabajo sean lo más dignas posible, que se perfeccione la previsión social para permitir a todos, sobre la base de una creciente solidaridad, afrontar los riesgos, las dificultades y las cargas sociales. Ajustar el salario, en sus modalidades diversas y complementarias, hasta el punto de que se pueda decir que el trabajador participa real y equitativamente de la riqueza para cuya creación él contribuyó solidariamente en la empresa, en la profesión y

en la economía nacional, es una exigencia legítima. Sobre todos estos puntos, la Iglesia, principalmente a partir de la primera gran Encíclica social, la «*Rerum novarum*», no ha dejado de desarrollar una enseñanza muy provechosa. Invito a todos, trabajadores y responsables políticos, profesionales y sindicales, a prestar renovada atención a esas enseñanzas. Nadie va a encontrar en ellas soluciones ya dispuestas, pero podrá encontrar esclarecimientos y estímulos para la propia reflexión y práctica. La tarea es delicada y este conjunto complejo de problemas en que todos los factores —empleo, inversión, salario— se enlazan unos con otros, no se ha de regular ni con la demagogia, ni mediante sortilegios ideológicos, ni con un cientifismo frío y teórico que, al contrario del verdadero espíritu científico, dejase para un futuro incierto la rectificación de sus presupuestos. Vuelvo a afirmar aquí lo que ya declaré a propósito del empleo: esperar que la solución de los problemas del salario, de la previsión social y de las condiciones de trabajo brote de una especie de extensión automática de una orden económica, no es realista y, por tanto, es inadmisibile. La economía sólo será viable si es humana, para el hombre y por el hombre.

7. Por eso mismo, es muy importante que todos los protagonistas de la vida económica tengan la posibilidad efectiva de participar libre y activamente en la elaboración y control de las decisiones que les afectan, en todos los niveles. Ya el Papa León XIII, en la «*Rerum novarum*», afirmó claramente el derecho de los trabajadores a reunirse en asociaciones libres, con la finalidad de hacer oír su voz, de defender sus intereses y de contribuir, de manera responsable, al bien común, cuyas exigencias y disciplina se imponen a todos en el ámbito de leyes y contratos siempre perfectibles.

La Iglesia proclama y sostiene esos diversos derechos de los trabajadores, porque está en juego el hombre y su dignidad. Y lo hace con profunda y ardiente convicción, tanto más cuanto que, para ella, el hombre que trabaja se hace cooperador de Dios. Hecho a imagen de Dios, el hombre recibe la misión de administrar el universo para desarrollar sus riquezas y garantizarles un destino universal, para unir a los hombres en el servicio mutuo y en la creación común de un sistema de vida digno y bello, para la gloria del Creador.

Trabajadores: no os olvidéis nunca de la gran nobleza que, como hombres y como cristianos, debéis imprimir en vuestro trabajo, aún el más humilde e insignificante. No os dejéis jamás degradar por el trabajo; antes bien, procurad vivir a fondo su verdadera dignidad que la Palabra de Dios y las enseñanzas de la Iglesia ponen de relieve. El trabajo, en efecto, hace de vosotros, ante todo, colaboradores de Dios en la prosecución de la obra de la creación. Poned en práctica —con el sudor de la frente, sí, pero sobre todo con el justo orgullo de haber sido creados a imagen y semejanza de Dios— el dinamismo contenido en la orden dada al primer hombre de poblar la tierra y de dominarla (cfr. *Gén.* 1, 28).

El trabajo os asocia más estrechamente a la Redención que Cristo

realizó mediante la Cruz, cuando os lleva a aceptar todo cuanto tiene de penoso, de fatigoso, de mortificante, de crucificante en la monotonía cotidiana; cuando os lleva incluso a unir vuestros sufrimientos a los sufrimientos del Salvador, para completar «lo que falta a las tribulaciones de Cristo, por su Cuerpo que es la Iglesia» (*Col.* 1, 24). Por eso, ese trabajo os lleva, en fin de cuentas, a sentimientos solidarios con todos vuestros hermanos, aquí en Brasil y en todo el mundo. El trabajo os hace constructores de la gran familia humana, más aún, de toda la Iglesia, en el vínculo de caridad, porque cada uno es llamado a ayudar al otro (cfr. *Gál.* 6, 2), en la exigencia siempre renovada de una recíproca colaboración, y en la ayuda interpersonal por la cual nosotros, los hombres, somos necesarios unos a otros, sin excluir a nadie.

Esta es la concepción cristiana del trabajo: arranca de la fe en Dios Creador y, mediante Cristo Redentor, llega a la edificación de la sociedad humana, a la solidaridad con el hombre. Sin esta visión, todo esfuerzo, incluso el más tenaz, es vano y caduco. Está destinado a decepcionar, a fracasar. Debéis construir sobre ese fundamento. Y si os dijeran que para defender las conquistas del trabajo, es preciso dejar a un lado, tal vez hasta borrar, esa visión cristiana de la existencia, no lo creáis. El hombre, sin Dios y sin Cristo, construye sobre arena. Traiciona la propia imagen y nobleza. Y, en fin, llega a perjudicar al hombre, a ofender al hermano.

8. Vosotros trabajáis en el ámbito de una gran ciudad, que continúa creciendo rápidamente. Ella es un reflejo de las increíbles posibilidades del género humano, capaz de realizaciones admirables, pero capaz también, cuando falta la animación espiritual y la orientación moral, de triturar al hombre.

Muchas veces, una lógica economía exclusivista, e incluso depravada por un materialismo burdo, invadió todos los campos de la existencia, comprometiendo el ambiente, amenazando las familias y destruyendo todo el respeto por la persona humana. Las fábricas lanzan sus detritus, deforman y contaminan el ambiente, hacen el aire irrespirable. Oleadas de emigrantes se amontonan en edificios viejos indignos, donde muchos pierden la esperanza y acaban en la miseria. Los niños, los jóvenes, los adolescentes, no encuentran espacios vitales para desarrollar plenamente sus energías físicas y espirituales, muchas veces limitados en ambientes malsanos, o errantes por las calles, donde se intensifica la circulación entre los edificios de cemento y el anonimato de la multitud que se desgasta sin jamás conocerse. Al lado de los barrios donde se vive con todo el confort moderno, existen otros donde faltan las cosas más elementales y algunos suburbios van creciendo desordenadamente. Muchas veces el desarrollo se convierte en una versión gigantesca de la parábola del rico y de Lázaro. La proximidad entre el lujo y la miseria acentúa el sentimiento de frustración de los desafortunados. De ahí que se imponga una pregunta fundamental: ¿cómo transformar la ciudad en una ciudad verdaderamente humana, en su ambiente natural, en sus construcciones y en sus instituciones?

Una condición esencial es la de dar a la economía un sentido y una lógica humanas. Vale aquí lo que dije con respecto al trabajo. Es preciso liberar los diversos campos de la existencia, del dominio de un economismo avasallador. Es preciso poner las exigencias económicas en su debido lugar y crear un tejido social multiforme, que impida la masificación. Nadie está dispensado de colaborar en esa tarea. Todos pueden hacer algo en sí mismos y en su derredor. ¿No es verdad que los barrios más desatendidos son muchas veces el lugar donde la solidaridad suscita gestos de mayor desprendimiento y generosidad? Cristianos como sois, en cualquier lugar donde os halléis, debéis asumir vuestra parte de responsabilidad en este inmenso esfuerzo por la reestructuración humana de la ciudad. La fe hace de esto un deber. Fe y experiencia, juntas, darán a veces luces y energías para caminar [...].

